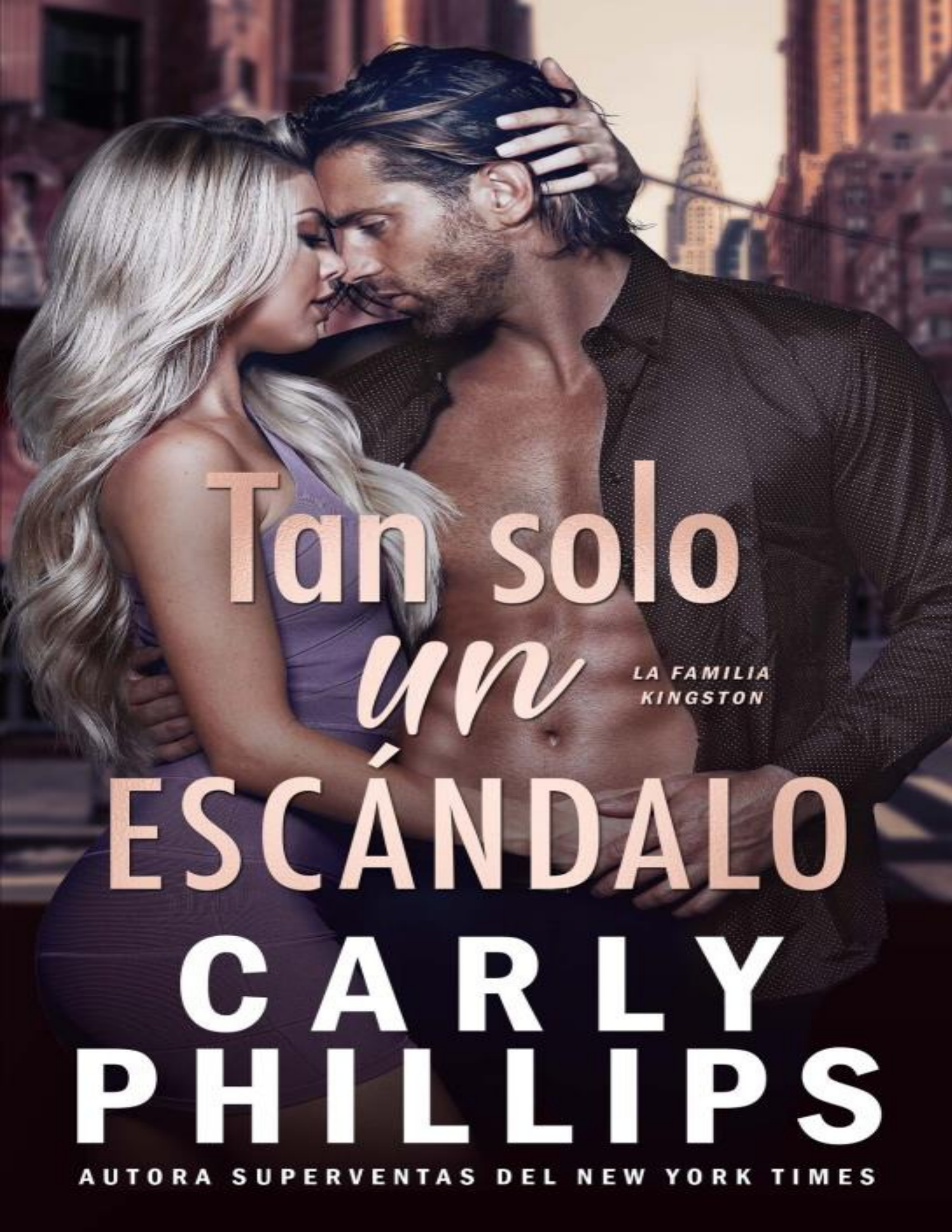




Tan solo
un

LA FAMILIA
KINGSTON

ESCÁNDALO

CARLY
PHILLIPS

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

Tan solo un escándalo

**La familia Kingston
Libro 2**

Carly Phillips

Copyright © Karen Drogin 2023

CP Publishing

Edición para Kindle

Foto de portada: Wander Aguiar

Diseño de portada: Maria @steamydesigns

Traducción al español: María José Mautone Tarigo, Well Read Translations

www.carlyphillips.com

[Suscríbete al boletín informativo de Carly](#)

[Únete a Carly's Corner en Facebook](#)

[Sigue a Carly en Facebook](#)

[Sigue a Carly en Instagram](#)

* * *

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de parte alguna de este libro por medio alguno sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto citas breves empleadas en una reseña.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, escenarios y sucesos en él son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Índice

[Título](#)

[Copyright](#)

[Acerca del libro](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo segundo](#)

[Capítulo tercero](#)

[Capítulo cuarto](#)

[Capítulo quinto](#)

[Capítulo sexto](#)

[Capítulo séptimo](#)

[Capítulo octavo](#)

[Capítulo noveno](#)

[Capítulo décimo](#)

[Capítulo undécimo](#)

[Capítulo duodécimo](#)

[Epílogo](#)

[Extracto de Tan solo una oportunidad](#)

[¿Quieres aún más libros de Carly?](#)

[Lista de libros de Carly traducidos al español](#)

[Sobre la autora](#)

TAN SOLO UN ESCÁNDALO

Una novia desechada. El ex mejor amigo de su hermano. *Que tuvieran una aventura sería todo un escándalo... ¿verdad?*

Chloe Kingston tiene todo lo que necesita en esta vida: seguridad y estabilidad. Hasta que su aburrido y predecible prometido la deja plantada el día de su boda de cuento de hadas. Mientras agota las existencias de champán del convite —sin saber dónde vivirá al día siguiente— se tropieza con el ex mejor amigo de su hermano Linc.

Ojalá Beckett Daniels fuese un ser repugnante. Pero no es el caso. Es todo lo contrario a su postrero antecesor. Sexy. Magnético. Atrevido. Y Chloe ha bebido tanto champán como para hacerle desear que ese cuerpazo de dios griego le enseñe toda esa diversión que se ha estado perdiendo.

Beck siempre está dispuesto a asumir riesgos, pero aprovecharse de la hermana pequeña de Linc no es uno que quiera aceptar. Lo que sí puede hacer es llevar ese tentador culito borracho y vestido de tul a la *suite* nupcial para que duerma la mona. Al día siguiente le ofrece mudarse a la habitación de invitados de su casa, lo que tiene el grato efecto secundario de volver loco a su hermano.

No podrán ser meros compañeros de piso durante mucho tiempo. Es imposible cuando la atracción sexual chisporrotea sin control. Pero cuando una tragedia amenaza con golpear a Beck, el dolor de su pasado les recuerda a ambos que quien no arriesga no gana... y esta vez, son sus corazones los que están en juego.

Capítulo primero

«**P**LANTADA EL DÍA de mi boda. De todos los clichés y cosas patéticas que me podían ocurrir», pensó Chloe Kingston frustrada e indignada, «¿cómo puede ser que no viera venir esta?».

Se alisó el blanco vestido de novia, ajustando el tul bajo la falda, y tomó asiento en una silla de la *suite* nupcial del hotel donde se iba a celebrar la boda.

Cogió una botella de Dom Perignon de la cubitera y engulló a morro un buen trago. Dejó que las burbujas se asentaran y volvió a la carga. Necesitaba emborracharse. Y con ese fin le dio otro gigantesco sorbo.

Había insistido en pasar unos minutos a solas desde que recibió ese mensaje en el móvil. El séquito nupcial, formado por sus mejores amigas, su hermana Aurora y sus hermanos, a los que Owen incluyó como acompañantes del novio, esperaba en la sala exterior. Y estaban muy impacientes, a juzgar por el tono de sus voces. Tampoco resultó nada fácil convencer a su madre de que la esperase fuera junto a su hermano mayor, Linc, a quien Chloe había pedido que la llevase al altar.

Su padre falleció tres meses atrás, pero lo cierto es que no estaban muy unidos. Aunque se alegró de que no estuviera allí para presenciar la estampa. Estaría furioso. No porque a su hija la dejaran plantada en el altar, sino por tener que hacer frente a la bochornosa situación delante de sus amigos, familiares y socios. Tener que lidiar con la reacción de su padre habría sido el colmo para ella ese día. Ya tenía bastante con soportar la cara de preocupación de su madre, la pena en los ojos de sus amigos o la furia en los de sus hermanos.

Lo único positivo de que Owen la dejara por mensaje era que sus hermanos no podían darle una somanta de palos. Si tuviesen la oportunidad, lo harían sin miramientos. Los hermanos Kingston eran sumamente protectores.

Echó un vistazo a la hermosa *suite* con sillones de terciopelo, los productos que usó para maquillarse esparcidos por todas partes, el velo sobre la mesa, y se preguntó cómo había llegado a verse en esa situación. Creía haber elegido al hombre perfecto. Un abogado fiscal que nunca corría riesgos, que disfrutaba quedándose en casa y que había prometido serle fiel. Cumplía todos los requisitos fundamentales para ella, le hacía sentir segura y cómoda y, lo más importante, a salvo de ser engañada tal como le había ocurrido a su madre.

Pero la pantalla de su teléfono decía lo contrario:

“Lo siento. He conocido a alguien que me completa. Mis sentimientos por ella van mucho más allá del sosiego, que es lo que siento contigo. Sé que debería habértelo dicho antes. En persona. Te prometo que iba a casarme contigo. Hasta que me desperté esta mañana y... no pude. Perdóname. Espero que encuentres el amor y te desborde la misma ilusión que yo siento ahora”.

A Chloe le retorció el estómago una mezcla de dolor y vergüenza. Menudo pusilánime... eso le pasaba por elegir a un hombre que daba apretones de mano sin fuerza y que no podía mirar a sus hermanos a los ojos. Le habían dicho en incontables ocasiones que Owen no estaba a su altura. Pero, ¿los había escuchado? No, claro que no. No quiso salir de su zona de confort, y se aferró con uñas y dientes a su decisión.

¿Amaba de verdad a Owen? Escudriñando su corazón, se vio obligada a dar una respuesta negativa. No. Se preocupaba por su bienestar, eso sí. ¿Pero amor como el que su hermano y su

mejor amiga, Jordan, habían encontrado el uno en el otro? No, Chloe no podía decir que hubiera experimentado un sentimiento tan profundo.

A decir verdad el amor le asustaba, porque su madre amó tanto a su padre que se quedó estancada en un matrimonio desdichado con un infiel empedernido y perdió la oportunidad de ser feliz siendo ella misma. Tal vez por eso estaba cabreada por lo que Owen le había hecho, pero no desolada por haberlo perdido.

«Maldita sea». Alzó la botella y bebió otro generoso trago. Debería haber reflexionado y terminado la relación antes, pero, ¿a quién quería engañar? Nunca lo habría hecho. Chloe era esa chica modosita que siempre hacía lo correcto, tomaba decisiones seguras y se comportaba tal como los demás esperaban. Chloe Kingston jamás cancelaría una boda.

Alguien golpeó la puerta con fuerza, sobresaltándola.

—¿Chloe? Voy a entrar —avisó su hermano Linc.

Llevaba mucho tiempo sola en esa habitación y había tomado una decisión, al menos respecto a esa noche. Era hora de decirle a su familia lo que tenía planeado.

—¡Vale! —gritó justo antes de que su hermano abriera la puerta. Estaba muy guapo con su esmoquin negro, y fijó de inmediato la mirada en la botella de champán casi vacía que tenía en la mano.

—No digas nada —le advirtió, agitando la botella delante de ella—. Me lo he ganado.

Linc asintió con expresión sombría:

—Así es.

Chloe volvió a llevarse la botella a los labios y la encontró vacía. «No pasa nada. Sé dónde encontrar otra». Al menos el burbujeante líquido empezaba a hacer efecto, subiéndosele a la cabeza y levantándole el ánimo.

Linc pareció aliviado, así que prefirió no aclararle que, para cuando acabara la noche, el champán sería lo más ligero que habría bebido.

—Lo siento, Chloe. Owen es un cabronazo.

—Sí. Tendría que haber hablado conmigo antes y en persona. Pero no lo hizo, y ahora tengo que arar con estos bueyes.

Linc asintió:

—Voy a salir y avisar a todos para que se vayan a casa.

—No. Bueno, a algunos invitados sí puedes decirles que se vayan.

Chloe se levantó de la silla e ignoró el mareo que tenía en la cabeza. Apenas había comido ese día, pero tenía un enorme surtido de entrantes listos para ser servidos, a los que seguiría un opíparo banquete. Al menos así estaba previsto que ocurriese después de la ceremonia.

—¿Qué estás diciendo? —Claramente preocupado, Linc se acercó y le puso una mano en el hombro—. Mamá quiere que vayas a su casa. Aurora y ella quieren estar a tu lado.

Pensó en lo que supondría pasar su noche de bodas en la mansión familiar, con su madre comiéndose las uñas para no echarse a llorar por lo que había tenido que soportar.

—No. Quiero que lleves a mamá a casa. Lleva a toda la familia a casa. —Se apartó, y la mano de Linc cayó de su hombro.

—¿Y tú? —preguntó él, entornando la mirada. Su hermano no era tonto y la conocía bien. Sin duda vio que tenía algo en mente—. Has alquilado tu apartamento, y la mudanza está hecha. Las cajas están en el trastero porque se suponía que vivirías con Owen después de la luna de miel. —Hizo una mueca de dolor ante la mención de más planes que no se llevarían a cabo.

Planes en los que aún no tenía intención de pensar.

Chloe respiró hondo:

—Tengo reservada la *suite* nupcial del hotel esta noche. Me quedaré aquí. *Después* de que mis amigos y yo aprovechemos el convite, que ya está pagado. La llamaré mi fiesta de “no boda”. —Dejó escapar una risotada inducida por el champán y dio una vuelta, agarrándose al mostrador antes de caerse.

—Chloe —dijo Linc con su voz severa de hermano mayor.

Ignorándolo se sentó, se subió el vestido y desabrochó las tiras de sus relucientes sandalias de tacón alto.

—No puedo bailar con esto —dijo, enviándolas de sendas patadas al otro lado de la habitación.

Su hermano, que siempre tenía una respuesta y una solución para todo, parecía preocupado y sin saber qué hacer. Antes de que Chloe pudiera tranquilizarlo se dirigió a la puerta, la abrió de un tirón y llamó a gritos a su prometida.

—¡Jordan! Ven aquí.

—Los refuerzos no te servirán de nada —le advirtió dejando escapar otra risa, esta vez más ligera. Al parecer había bebido más de lo que ella misma pensaba, y nunca había tenido mucho aguante.

Jordan, una hermosa mujer de pelo negro azabache, con un exquisito vestido verde esmeralda que había tenido que arreglar para hacerle hueco a su incipiente vientre de embarazada, entró corriendo:

—¿Va todo bien?

—Chloe piensa que se irá de fiesta con sus amigos esta noche. Quiere que la familia se vaya. Dile que lo mejor es que vuelva a casa con su madre y nos deje a todos cuidar de ella —ordenó Linc.

Su ceño fruncido habría asustado a la mayoría, pero Chloe lo conocía desde niño. Sabía que haría todo lo posible por ejercer su dominio, pero ella lo tenía claro. Y nunca había sido capaz de intimidar a Jordan, que miró a Chloe.

Entre ellas, de mujer a mujer, se generó una tácita comprensión.

Cuando Jordan era pequeña, su madre era el ama de llaves de la familia Kingston, pero Linc y ella llevaban años siendo mejores amigos y era su asistente personal desde que Linc se incorporó a Kingston Enterprises tras obtener su MBA. De todos, ella era quien mejor sabía manejarlo. Desde siempre.

Y también comprendía la importancia de tomar sus propias decisiones. Chloe tenía fe en que su futura cuñada la apoyaría.

—Linc —dijo Jordan, acercándose a él y rodeándole la cintura con un brazo—. Creo que Chloe sabe lo que quiere. No puedes mandonearla y esperar que te haga caso.

Parpadeó sorprendido:

—¿Crees que emborracharse es la solución a lo que ha pasado hoy? —preguntó.

—Creo que tampoco pasa nada si lo hace —dijo Jordan con parsimonia—. Deja que haga lo que quiera, y mañana podrás intervenir y hacer de hermano mayor. —Pasó la mano por la espalda de Linc—. Sé que quieres ayudar, pero no puedes. Ahora no.

Chloe miró con agradecimiento a Jordan y le dijo «Te debo una», en silencio para que le leyera los labios.

Chloe deseó que Jordan hubiera aceptado su oferta de ser dama de honor después de comprometerse con Linc. Debido a sus orígenes humildes, a Jordan le costaba sentirse cómoda en ciertos eventos, y creyó que quizás fuese un poco precipitado, y no quería crear polémica. Chloe quería que Jordan se sintiera más de la familia que sus familiares más cercanos. Y seguiría

luchando para que así fuera después de celebrar su “no boda”.

—No me gusta ni un pelo —murmuró Linc.

—No tiene por qué gustarte. —Jordan tiró de su mano—. Vamos a hablar con la familia. —Miró a Chloe—. ¿Quieres que envíe a alguien para que te haga compañía?

Chloe forzó una sonrisa:

—Haz pasar a mis damas de honor, por favor. Y dile a cualquiera que no sea de la familia que si quiere puede quedarse al convite. —Disfrutaría de esa noche como fuese.

—Chloe, ¿por qué no dejas que nosotros también nos quedemos? —preguntó Linc, en un último intento por hacerse con el control de la situación.

—Porque me cortaríais el rollo. Os quedaríais sentados con cara de funeral, esperando a que me desmoronase. Me preocuparía por vosotros, y eso frustraría el propósito de la fiesta. —La explicación era lógica, al menos para ella.

—Vámonos, Linc. —Jordan tiró de su mano y pronto lo sacó de la habitación.

Pero Linc no dio su brazo a torcer sin antes acercarse a Chloe para darle un abrazo fraternal:

—Te mereces lo mejor, y te aseguro que la persona indicada está en algún lugar esperándote. Te quiero, Chlo.

Ella lo abrazó con fuerza, sintiendo todo ese amor que nunca había recibido de su padre.

—Yo también te quiero. Déjame esta noche para mí. Mañana afrontaremos las cosas.

Linc gruñó:

—De acuerdo, Escarlata O’Hara. Mañana hablaremos.

A Chloe no le cupo duda de que así sería.

Por la mañana, Linc haría todo lo posible por tomar el mando, y entonces tendría que lidiar con él. Dios, adoraba a su familia. Puede que su vida amorosa fuese un fiasco, pero tenía una red de apoyo de la que pocos podían presumir. El problema era que al día siguiente se vería asfixiada por la preocupación de sus bienintencionados parientes.

Pero esa noche sería para ella.

Después de ver salir a Linc y Jordan, Chloe se levantó y buscó las bailarinas que tenía previsto ponerse en cuanto empezaran a dolerle los pies. Se las puso para así poder bailar. Al fin y al cabo, habían contratado a un DJ de lujo y pensaba disfrutar cada momento hasta caer rendida. Ya llegaría el momento de llorar, pero se negó a dejarse llevar por el dolor.

Justo en ese momento sus amigas abarrotaron la habitación, y una vez más tendría que hacer el esfuerzo de explicar los planes para esa noche.

Pero luego empezaría la diversión.



—CUMPLEAÑOS FELIZ, CUMPLEAÑOS feliz. Te deseamos todos, cumpleaños feliz. —La familia de Beckett Daniels terminó de cantar a su padre y culminaron la canción con un aplauso.

—Pide un deseo, Kurt —le dijo Audrey, la madre de Beck, a su marido.

Miró a su esposa, a Beck y a sus otros dos hijos, Drew y Tripp, y les dedicó una sonrisa de evidente gratitud. Hizo una pausa y sopló las velas.

Como cada año, Beck se preguntó si su padre pediría salud y felicidad para todos los presentes. Porque eso era precisamente lo que Beck pedía en todos sus cumpleaños. Tras perder a Whitney, la gemela de Tripp, cuando eran adolescentes, la familia aprendió por las malas lo efímera que podía llegar a ser la vida.

El camarero se acercó y se llevó la tarta:

—La cortaremos en porciones y en un segundo volveré para que me pidan los cafés—dijo

antes de marcharse.

—No sé vosotros, pero yo me muero de ganas de probar la tarta. Tiene una pinta deliciosa. ¿Habéis visto ese glaseado? Qué rico —dijo su madre.

Tripp, médico pediatra, sonrió:

—Yo voy a comerme una porción gigante.

Andrew miró a su padre:

—A ti te vendría bien una buena ración, papá. ¿Has adelgazado?

Beck volvió a mirar a su padre y observó que tenía la cara algo demacrada:

—Ahora que lo dice Drew, sí que parece que has perdido peso.

—Estoy bien, chicos. No os preocupéis por mí —dijo con un ademán para restarle importancia.

Beck siempre se preocupaba. Pero esa noche estaban en el asador favorito de su padre. Hubo un tiempo en que la familia Daniels no podría haberse permitido un restaurante tan elegante y caro, y Beck y sus hermanos tuvieron que costearse los estudios a base de préstamos, pero siempre habían tenido amor. Y ahora Beck, Tripp o Drew podían permitirse sobradamente invitar a sus padres a un excesivo banquete.

Su padre levantó la vista, con los ojos muy abiertos:

—Por ahí viene nuestro postre.

Beck intentó llamar la atención de su madre para ver si le daba alguna pista sobre la salud de su padre, pero estaba ocupada devorando el trozo de tarta que el camarero le acababa de poner delante. Contuvo un gruñido, diciéndose a sí mismo que no debía sacar conclusiones precipitadas. No es que se pasara el día pensando en su hermana, pero ella siempre estaba presente, lista para aparecer en su mente y recordarle lo rápido que podían cambiar las cosas. Lo rápido que la vida podía convertirse en pérdida.

—¿Beck? Te he preguntado si quieres un trozo —le dijo su madre.

Él asintió, sabiendo que eso le haría feliz:

—Venga, dale —dijo—. Y que sea grande. —Apartando esos tristes pensamientos de su cabeza, se centró en disfrutar del aquí y el ahora. Algo que todavía seguía aprendiendo a hacer muchos, muchísimos años más tarde. Había sido muy traumático y doloroso perder a su hermana por una leucemia, y todos seguían sufriendo las secuelas tanto tiempo después.

—Oye, cuando acabemos de comer, ¿quién quiere ir al bar de abajo a tomar una copa? —preguntó Drew, el hermano abogado.

—Me apunto —dijo Tripp, zampándose un trozo de pastel mientras hablaba.

Riendo, Beck levantó la cuchara llena de tarta:

—Os acompaño —dijo, y se llevó la cucharada a la boca. Casi gimió en voz alta cuando sintió el chocolate derretirse—. Esto está increíble —dijo, volviendo a llenar de inmediato la cuchara.

—¿Mamá? ¿Papá? —Tripp se volvió hacia ellos—. ¿Queréis venir?

—Oh, no. Vosotros salid y divertíos. Nosotros iremos a casa como los ancianos que somos —respondió con una sonrisa, y todos pusieron los ojos en blanco.

Su madre se casó con su padre al terminar la universidad. Luego se quedó embarazada de Drew a los veintitrés años. Y con cincuenta y ocho, no aparentaba para nada su edad. Nadie llamaría *anciano* a ninguno de sus padres. Pero si querían volver a casa, todos lo entendían.

Un rato después, tras pagar la cuenta y despedirse de sus padres, Beck, Tripp y Drew salieron del restaurante y se dirigieron al bar del vestíbulo principal.

Era uno de los lugares de moda para salir por la noche, y la entrada estaba abarrotada por una

cola que llegaba hasta la sala principal del vestíbulo y daba la vuelta a la fuente en el centro.

—Parece que nos queda un rato antes de tomarnos una copa —murmuró Drew.

—Tiene toda la pinta. —Tripp dejó de caminar para que pudieran hablar y reagruparse.

—¿Queréis ir a otro sitio? O podríamos volver a mi apartamento y beber algo allí. —A Beck no le importaba mientras estuviese con sus hermanos.

—Lo de tu casa me parece buena idea. De todas formas, esta noche no me apetece ligar —dijo Drew.

Tripp sacó su móvil:

—Pediré un Uber.

Empezaron a dirigirse hacia la entrada lateral, donde había menos ruido y podrían localizar más fácilmente el coche, cuando un estallido de carcajadas femeninas llamó la atención de Beck.

Levantó la vista justo a tiempo para ver a una novia caminando por el vestíbulo, rodeada de otras tres mujeres con vestidos a juego.

—Pues así sí que me gusta que las mujeres vayan juntas al aseo —dijo Beck a sus hermanos.

Tripp se rió, llamando la atención de dos de las damas de honor:

—Oh, qué mono eres —dijo una guapa morena.

—Yo lo vi primero, Wendy. Ve a buscarte a otro. —La dominante mujer cogió a Tripp por el codo y lo aferró con fuerza.

El hermano de Beck enarcó una ceja, pero no intentó desprenderse de su nuevo apéndice.

—Me llevaré a este, entonces. —La mujer de pelo castaño enganchó a Drew.

Beck no sabía si sentirse insultado o aliviado porque ninguna de las mujeres lo hubiera elegido.

—¡Te conozco! —La novia, que debía haberse distraído con algo porque acababa de unirse al grupo, tropezó y aterrizó contra el pecho de Beck.

Apoyó las manos en los antebrazos desnudos de ella, sosteniéndola mientras la ayudaba a erguirse. Cuando dejó de tambalearse la soltó y le miró a los ojos. Su largo cabello rubio caía en ondas alrededor de su exquisito rostro, y unos ojos azules con un borde más oscuro, que le recordaron a alguien que conocía, le devolvían la mirada.

—Beckett Daniels, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. —Sus rasgos le resultaban familiares. La conocía, pero no lograba identificarla—. Y tú eres...

—Chloe Kingston. La hermana de Linc. —Le regaló una sonrisa tan cegadora que amenazó con deslumbrarlo.

«Hijo. De. Puta». Linc, su otrora mejor amigo. Y con el que hacía años que apenas hablaba.

—Mi hermano y tú sois rivales en los negocios —dijo, y se le escapó un pequeño hipo. Estaba tan borracha como las damas de honor.

—Somos más que eso. —Pero no iba a entrar en detalles sobre la relación con su hermano. Si Linc no había considerado oportuno contarle los sórdidos detalles, él tampoco lo haría. Estaba en una época de su vida en la que prefería olvidar.

Mirando a Chloe, con las mejillas sonrojadas y en estado de embriaguez, supuso que la ceremonia ya habría terminado.

—¿Así que has conservado tu apellido de soltera? —preguntó. Porque no se había presentado como señora de Fulano de Tal.

—Oh, no. No, no, no. —Hizo un ademán agitado con sus largas uñas de color blanco pálido—. No estoy casada. —Un rubor más profundo subió a su rostro—. Me han dejado plantada en el altar.

Beck parpadeó y se quedó mirándola, atónito:

—¿Qué clase de gilipollas dejaría plantada a una mujer tan guapa como tú? —A pesar del parentesco con su enemigo acérrimo, Beck no podía negar que esa niña que conoció en la universidad había crecido para convertirse en un bombón.

—Eres un encanto —resopló Chloe, y Beck temió haber desencadenado un ataque de llanto, pero en lugar de eso forzó una sonrisa—. Ha encontrado a alguien que *“le completa”* —añadió, entrecomillando con los dedos—. Y espera que yo también *“encuentre el amor y me desborde la misma ilusión que él”*. —Terminó cerrando las comillas, y volviendo a resoplar—: Pero el muy cabrón lo hizo por mensaje. Y lo estoy celebrando porque todo está pagado, y puede que tal vez me haya hecho un favor. Aunque a veces me entren ganas de llorar. —Sus espesas pestañas negras revolotearon, y Beck temió que hiciera precisamente eso.

No sabía qué pensar de Chloe ni qué hacer con ella. Por un lado, quería darle una paliza al hombre que le había hecho daño. Por otro, tenía que recordar que era la hermana de Linc y que debía mantenerse alejado.

—En fin. —Chloe interrumpió sus pensamientos, que iban en una dirección que no le gustaba pero que seguía teniendo cierto atractivo—. No tiene sentido desperdiciar todo el banquete. ¡Así que nos vamos de fiesta! ¡Ven conmigo! —le dijo tirándole de la manga.

Miró a sus hermanos, que estaban ocupados con sus damas de honor, y puso los ojos en blanco. No importaba lo que ellos hicieran, no quería entrar allí y tener que enfrentarse a su hermano.

—No creo que sea buena idea.

Su amplia sonrisa se atenuó:

—¿Por qué no? ¿Tú también quieres dejarme plantada? —Su mohín era jodidamente adorable, y sus palabras le golpearon en las tripas.

—No, no quiero dejar plantada a una hermosa... Hummm... novia como tú. Pero Linc y yo no quedamos en los mejores términos.

—¡Oh! —Volvió a sonreír—. Bueno, eso no es problema. Linc se ha ido. Envié a todos mis familiares a casa. No quería ver sus caras tristes y preocupadas en mi fiesta de “no boda”. —Agitó el brazo, señalando hacia las puertas dobles en el otro extremo del vestíbulo.

—¿Tu hermano te ha dejado aquí borracha después de que... bueno, ¿se fue sin más? —Beck se detuvo antes de recordarle que la habían dejado.

Aún así, se sorprendió. Ella tenía tres hermanos. Si fuera su hermana, Beck no la habría abandonado en semejante noche. Por no mencionar el hecho de que su hermana no tuvo la oportunidad de enamorarse o casarse, a pesar de que lo tenía apuntado en la lista de cosas pendientes que elaboró antes de morir. Una lista de experiencias que le habría gustado vivir, y otras que deseaba que Beck viviera en su lugar.

—Ven a bailar conmigo. —Chloe deslizó su suave mano sobre la de él, le levantó el brazo y giró sobre sí misma hasta que el mareo le hizo chocar contra su cuerpo una vez más.

Beck le rodeó la cintura con un brazo y estrechó contra sí sus dulces curvas. Inhaló su delicioso y cálido aroma y quiso enterrarle la cara en el cuello y mordisquear su fragante piel. Su polla también mostró su satisfacción cobrando vida.

—¿Qué me dices? ¿Vamos de fiesta con las chicas? —preguntó Tripp, mirando a Drew y con su brazo alrededor de la morena, antes de mirar de nuevo a Beck.

Sus hermanos, al igual que Beck, picaban de flor en flor y no se planteaban sentar cabeza. Es probable que solo vieran en esas mujeres a unas presas fáciles.

Beck sintió el cuerpo de Chloe, suave y cálido, contra el suyo. Miró hacia abajo y vio que sus

preciosos ojos le devolvían la mirada con los labios fruncidos como si esperase un beso.

«Madre mía. ¿Cómo dejarla sola si iba a seguir emborrachándose?». Al menos esa fue la excusa que se dio a sí mismo cuando asintió a su hermano y dijo:

—¿Por qué no? ¡Vámonos de fiesta!

—¡Bravo! —Chloe aplaudió, con evidente regocijo. Luego lo cogió de la mano y lo condujo hacia el salón de baile, seguido de sus hermanos y las chicas.

La sala estaba engalanada por todo lo alto para la fiesta. No se había escatimado lo más mínimo en las flores, la decoración, las sillas doradas y los centros de mesa. Le partía el alma ver lo borracha que estaba la novia frustrada. Puede que despreciase a su hermano, pero Beck no la culparía a ella por los pecados de Linc, ni le desearía nada malo a otros miembros de su familia.

—Bailemos —dijo y, sin esperarlo, se deslizó por la improvisada pista de baile.

Antes de decidir si se unía o no a ella, la observó mientras empezaba a balancearse al ritmo de la música, su cuerpo cobrando vida al compás. Una auténtica princesa en traje de gala. ¿Qué clase de gilipollas dejaría plantada a una mujer así? Como trabajaba en el sector inmobiliario, sabía que era la jefa de decoración de Kingston Enterprises. Se encargaba de amueblar y decorar todos los edificios que Kingston Enterprises compraba y alquilaba, y aunque su estética era más sobria de lo que Beck y su empresa preferían, estaba claro que, además de ser guapísima, Chloe tenía mucho talento.

Y la familia Kingston, como el propio Beck, era a menudo objeto de cotilleos sensacionalistas por ser ricos y famosos. Lo que significaba que la humillación que tanto se esforzaba por ocultar pronto sería *vox populi*. No había forma de evitarlo.

Tal vez debería ayudarla a disfrutar de la noche, antes de que tuviera que enfrentarse a su futuro. Se acercó a la pista de baile justo cuando otro hombre se arrimó a ella y la atrajo contra él de un tirón, frotándose groseramente contra Chloe, que apoyó las manos en sus hombros en un claro intento de apartarlo.

Beck se precipitó hacia delante y empujó el hombro del tipo, rompiendo su agarre sobre Chloe.

—¿Qué cojones? —preguntó el hombre, y su mirada pasó de la mujer con el vestido de novia a Beck—. Ella me ha invitado. Fue antes al bar y dijo que quería fiesta. Solo estaba haciéndole pasar un buen rato.

Beck frunció el ceño, dándose cuenta de que la “*no boda*” de Chloe se le podía ir de las manos.

—Bueno, pues ha cambiado de opinión, y no quiere lo que tú le ofreces. Piérdete o haré que te echen.

—A tomar por culo —incredó el tipo a Chloe antes de darse la vuelta y salir.

«Catástrofe evitada», pensó Beck.

Chloe lo agarró del brazo y suspiró:

—¡Gracias, eres mi héroe! —Levantó los brazos y se lanzó contra él, y su nariz fue invadida por el afrutado aroma de su pelo. Una vez más sus suaves curvas le presionaron el pecho, tentándolo y haciendo a su polla reaccionar.

«*Eh, tranquilidad por ahí abajo*», pensó, porque Chloe no estaba en condiciones de acabar en la cama con alguien que era prácticamente desconocido. Eso sería abusar de ella, y Beck jamás caería tan bajo. Por no mencionar que había tenido una hermana, y le habría dado una paliza a cualquiera que se hubiese aprovechado de ella.

Levantó la vista y vio a sus hermanos divirtiéndose con las damas de honor. Parecían estar bien, y podían cuidarse solitos. Captó la mirada de Tripp, le hizo gestos de que se iba y su

hermano asintió.

Beck apoyó las manos en la cintura de Chloe y la apartó, mirando a sus ojos vidriosos. Sí, era hora de que la novia se fuese a la cama.

—Vamos, princesa —le dijo, porque eso parecía. Una princesa de cuento de hadas—. Es hora de irnos. Te llevaré a casa.

Le tembló el labio inferior, el primer signo de fragilidad y dolor que mostraba desde que lo abordó en el vestíbulo.

—No tengo casa, y todas mis pertenencias están en cajas. Iba a trasladarlas a la casa de Owen después de la boda.

—El capullo de Owen, ¿no? Vale, entonces, ¿qué tal la casa de tu madre? —Su padre falleció unos meses atrás, de un ataque al corazón. A diferencia de la mayoría de la gente de su círculo de negocios, que asistió al funeral, Beck no se presentó.

—El capullo de Owen. —Chloe soltó una risita ante el epíteto—. Y no, no quiero ir a casa de mi madre con el rabo entre las piernas como una niña pequeña. —Meneó la cabeza de un lado a otro—. No. Eso no va a pasar.

Beck bufó:

—¿A casa de uno de tus hermanos, entonces? —Y más le valía no tener que presentarse con ella en la puerta de Linc.

Volvió a negar con la cabeza, con expresión inflexible:

—No me dejarán en paz con sus “te lo dije”. —Era evidente que ninguna de las dos opciones le atraía—. Pero no te preocupes. Tengo un plan —dijo ella, sorprendiéndole—. Tengo la *suite* nupcial reservada para pasar la noche. Me quedaré allí.

Empezó a alejarse, pero si estuviese en un control de alcoholemia la multarían sin tener que soplar. Tras unos primeros pasos tambaleantes tropezó, y si no se dio de bruces contra el suelo fue gracias a una reacción felina por parte de Beck. La levantó y la sostuvo hasta que estuvo más segura. Sus delicados brazos lo rodearon, y Chloe enterró la cara en el pliegue entre su cuello y su hombro.

—Estoy cansada. —Sus labios se movieron contra su piel, y sintió su cálido aliento contra él.

Ante la excitante sensación, todo su cuerpo se estremeció de deseo. “Joder”, murmuró mientras caminaba, ignorando las miradas mientras la sacaba del salón de baile.

—No me parece mala idea —dijo ella sin levantar la cabeza de su hombro.

Beck tuvo que ahogar un gemido:

—No. Vas a subir y a quedarte frita. —Otro hombre, un hombre que ojalá pudiese ser, se aprovecharía de ella solo para demostrarle a Linc Kingston cuánto duele una traición.

Pero a Beck lo habían educado bien.

Se detuvo en la recepción y espabiló a Chloe lo suficiente para que pidiera la llave de su habitación. Obviamente ya sabían quién era, el vestido de novia lo decía todo. El recepcionista le entregó la llave. Y Beck comenzó el arduo ascenso a la habitación con la novia desmayada en brazos.

Capítulo segundo

BECK CONSIGUIÓ CON gran dificultad abrir la puerta de la *suite*, llevar a Chloe dentro y acostarla por fin en la cama. Pareció quedarse dormida de inmediato, con el vestido de novia desparramado por toda la cama y las bailarinas asomando por debajo. Le quitó los zapatos y se quedó mirando a la novia desmayada.

Podría dejarla sola para que durmiera la mona, pero quizás se despertase asustada sin saber cómo había llegado allí. Su conciencia le decía que no debía abandonarla en su frustrada noche de bodas. Tras echar otro vistazo a la vulnerable mujer, se dirigió al cuarto de baño. La amplia encimera con dos lavabos estaba llena de artículos de aseo, así que pudo lavarse los dientes con un cepillo del hotel antes de volver a la habitación.

Pero en lugar de encontrarla desmayada en la cama estaba sentada, rodeada por las capas de tul de su vestido y con lágrimas de rímel corriéndole por la cara.

«Mierda». Tenía que ocuparse de una mujer llorando. Volvió al baño y salió con una caja de pañuelos en la mano. Se acercó a la cama y extendió el brazo para que pudiera coger un clínex.

Cogió tres pañuelos y se secó los ojos, consiguiendo únicamente esparcir el negro maquillaje por toda la cara:

—Gracias.

Acomodándose a un lado de la cama, Beck le cogió la barbilla con una mano y limpió con delicadeza las manchas de su suave piel con un clínex limpio.

—Qué bueno eres —dijo ella, para acto seguido romper a llorar de nuevo. Tendría que volver a limpiarle el rostro.

Beck la dejó seguir llorando, consciente de que debía sentirse como una mierda, sentimiento que el alcohol exacerbaba. No podía hacer otra cosa por ella.

—No entiendo cómo he podido cagarla tanto. Tuve cuidado de elegir al chico bueno, al chico recatado, uno que no me jodería la vida como mi padre hizo con mi madre. Y aquí estoy, sola en mi noche de bodas. —Levantó las manos y las dejó caer de nuevo sobre su regazo con desesperación antes de seguir enumerando todas las razones por las que había elegido a su novio.

Pero el amor no estaba en esa lista, observó Beck.

Cuanto más hablaba, más aumentaba su histeria, y Beck se puso cómodo para dejar que se desahogara, extendiendo la mano de vez en cuando para secar las lágrimas negras que no paraban de brotar y así evitar que se estropeará el vestido blanco. Si alguien le hubiera dicho que así sería como pasaría la noche, se habría partido de risa. Y que fuera la hermana de Linc Kingston lo hacía aún más absurdo.

—Incluso nos gustaba quedarnos en casa por la noche y ver juntos la televisión —dijo con un plañido—. No era de esos a los que le gustan los bares y el alcohol. Fíjate si era recatado.

—Apostar a lo seguro no siempre es lo más inteligente —dijo, tendiéndole otro pañuelo.

Se secó los ojos y la nariz y le devolvió el clínex. Beck hizo un gesto afligido y lo dejó sobre la cómoda.

—Y ahora me encuentro con que no tengo un lugar donde vivir y con un trabajo aburrido con un hermano al que adoro, pero que no me deja innovar y... y... ¿qué ha pasado con mi vida? —preguntó. Miró hacia abajo y empezó a quitarse el anillo de compromiso, con un diamante

central en talla esmeralda.

—Espera. Para. —Esa lujosa alhaja podía extraviarse en la habitación de hotel—. Déjalo puesto hasta que puedas guardarlo en un lugar seguro. Entonces podrás decidir qué hacer con él.

—Detesto mirarlo —dijo. Era guapa hasta haciendo pucheros.

Beck era consciente de que estaba metido en un lío, y de que lo mejor sería que volviera a dormirse. Por la mañana se despertaría igual de triste, pero al menos sobria y, supuso, más tranquila.

—Escucha, deberías descansar un poco. Mañana verás las cosas de otra manera. ¿Qué me dices?

Ella asintió y, tomándolo por sorpresa, se acercó a donde él estaba sentado y se puso de pie. Se colocó de espaldas y se recogió el abundante y espléndido cabello hacia un lado.

—Desabróchame los botones —le pidió.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella giró la cabeza, dándole una vista perfecta de su exquisito perfil:

—Porque has dicho que debería dormir, y es imposible estar cómoda con este vestido.

Beck se tragó una maldición. Tenía razón, pero eso significaba que Chloe se quedaría dormida con lo que fuese que llevara debajo del vestido mientras él... ¿qué? ¿Debería sentarse en la incómoda silla del rincón? ¿O tumbarse a su lado, ignorando su dolorida polla?

—Vale —dijo apretando los dientes. Sus grandes dedos tardaron un rato en deslizar cada pequeño botón a través de las diminutas presillas, pero finalmente lo consiguió, dejando al descubierto centímetro tras centímetro de su piel de alabastro—. Todo listo —murmuró.

—¡Uf! —Se soltó el pelo y, mientras le caía por la espalda, se encogió de hombros y dejó que el vestido cayera al suelo antes de girar hacia él.

Llevaba un sujetador *push-up* sin tirantes de encaje blanco, con un sugerente tanga a juego y un ligero azul en un muslo. Era una estampa para el recuerdo con ese pelo rubio cayéndole sobre los hombros y ese cuerpo de diosa.

Ahogó un profundo gemido de deseo cuando ella se llevó la mano a los corchetes del sujetador.

—¡No! —No podría seguir resistiéndose si se desnudaba del todo, y Chloe acabaría arrepintiéndose por la mañana—. Métete en la cama. Estoy seguro de que estarás cómoda así.

Chloe hizo un mohín, pero hizo lo que él le pedía y se colocó al otro lado del colchón, proporcionándole una panorámica de su culo en forma de corazón con una diminuta ropa interior. Beck negó con la cabeza, preguntándose qué habría hecho mal en su vida para merecer semejante tortura.

Ella se deslizó bajo las sábanas y él suspiró aliviado. Hasta que sintió movimientos bajo el edredón y el sujetador salió volando por la habitación, seguido del ligero. Temió que le siguiera el tanga, pero Chloe apoyó la cabeza en la almohada, suspiró, cerró los ojos y, sin más, se quedó dormida.

Beck relajó los hombros y soltó un largo suspiro de alivio. Ya no tenía que lidiar con una mujer al borde del colapso, y pudo centrar su atención en dónde pasaría la noche. Un rápido vistazo a la incómoda silla le hizo descartar la idea. Tendría que tumbarse encima de las sábanas y dejar el mayor espacio posible entre Chloe y él.

Después de quitarse los zapatos, se sentó a un lado de la cama y se quitó los calcetines y la camisa, dejándolos sobre la silla en la que no dormiría. «A tomar por culo», pensó tras deliberar, y se quitó los vaqueros. Con los bóxer le bastaría.

Luego se tumbó en la cama. Utilizó la colcha que había caído al suelo para taparse, y se

recostó contra las almohadas de su lado de la cama. A escasos centímetros Chloe emitía unos ronquiditos que le sacaron una sonrisa a pesar de la situación.

Estar con Chloe Kingston le trajo unos recuerdos que siempre intentaba mantener alejados. Conoció a Linc en la universidad. Empezaron siendo compañeros de habitación y poco después ya eran mejores amigos. Mientras que Linc tenía una familia que podía pagárselo todo, lo que le daba tiempo para salir de fiesta además de estudiar, Beck había accedido a la universidad en parte gracias a una beca, pero sobre todo a base de préstamos, y tenía que trabajar para solventar sus gastos. Para el segundo año habían forjado un estrecho vínculo. Se matricularon de las mismas asignaturas, tenían los mismos objetivos en la vida y se echaron novia al mismo tiempo. Salían juntos en pareja y asistían a fiestas.

Beck recordó lo mucho que le molestaba a su novia, Jenna, que tuviera que trabajar, porque no podían pasar tanto tiempo juntos como Linc y su novia, Lacey. Estaba celosa y Beck lo sabía, pero no podía hacer nada salvo apaciguarla hasta que se calmaba.

Todo iba sobre ruedas hasta una noche en la que Beck tuvo que trabajar hasta tarde y al volver a casa se encontró a Linc, y a quien creyó que era la novia de Linc, juntos en la cama. En cuanto Beck cerró la puerta Jenna se incorporó, lo miró y empezó a llorar diciendo que lo sentía y que no fue su intención que aquello ocurriera. A pesar de los años transcurridos, Beck seguía poniéndose furioso al recordarlo, con una ira que provenía tanto por la traición de Jenna como por la de Linc. Tal vez más por la de él, porque nadie le hace algo así a su mejor amigo.

Miró a la mujer que seguía roncando a su lado, casi desnuda bajo las sábanas. Beck se había labrado una reputación de despiadado en los negocios. No le quedaba otra que ser astuto y rápido si quería ganar la cantidad de dinero que ansiaba en un sector en el que no había nacido, como era el caso de Linc. Beck logró sus objetivos, superando todas sus expectativas gracias a no mostrar nunca debilidad y utilizar cada situación para su favor. Pero esa reputación no se extendía a las mujeres.

Quizás otro tipo habría utilizado a la hermana de Linc para vengarse. Pero Beck no. Chloe estaba a salvo con él. Y Linc Kingston podía sentirse muy afortunado de que Beck tuviera principios. Más principios de los que el propio Linc tuvo cuando eran amigos.

Cerró los ojos, escuchó la respiración rítmica en la que había caído Chloe y fue cayendo en un profundo sueño. Beck no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado cuando sonaron unos fuertes golpes en la puerta que lo despertaron de un sueño poco reparador.

Echó un vistazo a la habitación, observando su entorno y recordando dónde y con quién estaba en la cama. Gracias a que se había quedado encima del edredón no se habían tropezado el uno contra el otro durante la noche, pero ella estaba más cerca, y aspiró su fragante aroma.

Los golpes que lo despertaron volvieron a sonar.

Chloe gimió y se puso de lado. Sin duda tendría una resaca de cojones.

Los golpes al otro lado de la puerta continuaron y Beck se levantó de la cama para decirle a la camarera de piso que volviera más tarde. ¿Quién más podría estar llamando a esas horas?

Tampoco iba a abrir la puerta. Ni Chloe ni él estaban vestidos.

—¿Chloe? ¡Abre! —gritó una familiar voz masculina cuando Beck tocó el pomo de la puerta.

«Linc. Vaya, la cosa está a punto de ponerse interesante».

Sin importar qué pensaría de él, Beck respiró hondo y abrió la puerta a su antiguo amigo.

Linc lo miró y quedó boquiabierto:

—¿Qué coño haces tú aquí?! —Antes de que pudiera responder, Linc pasó rozándole y entró en el salón de la *suite*—. Juro por Dios que si te has aprovechado de mi hermana, te mato.

Beck dejó que la puerta se cerrase antes de volverse hacia él con el ceño fruncido.

Mientras tanto, Linc tenía los puños apretados, lo que le recordó la paliza que le dio al encontrarlo en la cama con Jenna.

—Aprovecharse de las mujeres es más propio de ti que de mí.

Linc se estremeció ante el insulto:

—Esto no tiene nada que ver con aquello. Dejé a Chloe aquí en contra de lo que me dictaba el sentido común, y resulta que tenía razón. —La mirada de Linc observaba el escuetísimo vestuario de Beck—. ¿Dónde está mi hermana?

—En la cama. —No pudo evitar soltar las palabras que más irritarían a Linc. Pero antes de que pudiera reaccionar, continuó—: Has tenido mucha suerte de que yo estuviera allí presente para asegurarme de que llegaba a la habitación sana y salva.

Linc apretó la mandíbula e intentó parecer calmado:

—No está a salvo si está contigo.

Beck se rió, pero con hostilidad:

—Tampoco es que estuvieses tú allí para hacerte cargo.

Linc dio un paso adelante, con la clara intención de golpearle, y Beck se preparó para devolver el golpe.

—¡Linc, para! —La voz de Chloe hizo que ambos hombres se girasen hacia ella.

Se había apresurado a colocarse la bata del hotel antes de aparecer, porque se estaba atando el lazo a la cintura mientras estaba de pie, frente a ellos. Tenía el pelo enmarañado y, a pesar de las lágrimas de la noche anterior, Beck había conseguido limpiarla bastante bien. Tenía restos de rímel alrededor de los ojos, pero al menos las mejillas no estaban manchadas de maquillaje. Solo rojas por la vergüenza, pero estaba igual de atractiva, si no más, ahora que Beck veía su lado más tierno y real.

—¿Estás bien? —Linc dio un paso en su dirección, pero ella lo detuvo con la mano en alto y asintió:

—Estoy bien. ¿Qué haces aquí?

Linc entornó la mirada:

—La pregunta es: ¿qué estás haciendo con él?

—Ya que tanto te interesa, bebí demasiado y él... hummm... me ayudó a venir hasta aquí. —Le ardían las mejillas y no se atrevía a mirar a Beck a la cara.

—Más le vale que eso sea lo único que hizo —murmuró Linc—. Venga, Chloe. Vámonos.

—¿Qué? —preguntó, enderezando los hombros.

—Puedes quedarte en casa con Jordan y conmigo hasta que pongas tu vida en orden.

Chloe negó con la cabeza al igual que la noche anterior cuando Beck le hizo la misma sugerencia.

—No. Tenéis un bebé en camino, hace poco que sois pareja y necesitáis pasar tiempo juntos. No seré una sujetavelas. Y antes de que lo digas, tampoco iré a casa de mamá, ni a la de Xander o Dash. De ninguna manera. —Se envolvió en sus propios brazos, con aspecto de no saber qué hacer.

Seguramente porque, como le dijo a Beck, había alquilado su apartamento y no tenía adónde ir.

—Puedes quedarte conmigo. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas o ni siquiera pensarlas. Pero tuvo que admitir que la cara de horror de Linc hizo que la oferta mereciera la pena—. Tengo sitio de sobra en mi casa y no supone ningún problema para mí. Puedes quedarte hasta que sepas qué hacer con tu vida.

Chloe le lanzó una mirada llena de sorpresa y algo de gratitud:

—Yo...

—No. Solo te está usando para vengarse de mí —dijo Linc—. No lo permitiré.

Chloe levantó la barbilla y Beck supo de inmediato que Linc había cometido el error que inclinaría la balanza a su favor.

—¿No vas a permitirlo? Vaya, como si fuese tu decisión. —Se acercó a su hermano, invadiendo su espacio personal—. No sé lo que pasó entre Beck y tú, pero no me importa. Lo que sí sé es que anoche estuvo a mi lado y, como sigue dispuesto a ayudarme, voy a aceptar su oferta. Es hora de que te vayas. —Se apartó de Linc, caminó hacia la puerta y la abrió.

Linc cerró brevemente los ojos y volvió a abrirlos:

—Lo siento. Sé que es tu decisión pero, por favor, te ruego que dejes que seamos tu familia quienes te ayudemos.

Ella negó con la cabeza:

—Necesito tiempo para poner mi vida en orden sin nadie detrás diciéndome qué es lo mejor para mí.

—Lo entiendo, pero, ¿tiene que ser con él? —Y añadió suavizando el tono—: Por no hablar de que las revistas del corazón y las redes sociales ya se han hecho eco de la noticia. También venía a avisarte.

—Genial. —Se llevó las manos a las mejillas, enrojecidas por la vergüenza—. Así que ahora soy la comidilla de la gente.

Linc hizo un gesto desolado:

—Lo siento. Desde que papá murió y un imbécil te puso el apodo de “heredera de los Kingston”, han estado pendientes de tu compromiso.

Beck sintió lástima por ella, por verse en el ojo del huracán sin comerlo ni beberlo, pero era algo que venía de la mano con la riqueza de su familia.

—Bueno, cogeré las vacaciones de la supuesta luna de miel, me quitaré del medio y eso ayudará a que la gente se olvide de mí. Ahora, vete a casa con Jordan. Por favor. —Levantó el brazo hacia el pasillo.

Linc lanzó una mirada de advertencia a Beck antes de caminar hacia la puerta. Apoyó una mano en el marco y se giró:

—Chloe, te quiero y solo deseo lo mejor para ti. —«*Y Beck no es lo mejor*», resonó en la habitación sin necesidad de expresarlo con palabras.

—Entonces déjame tomar estas decisiones por mí misma —replicó Chloe, y Linc por fin la escuchó y salió por la puerta.



CUANDO SU HERMANO se fue, Chloe refunfuñó y apoyó la dolorida cabeza en el brazo contra el marco de la puerta, sin fuerzas ni voluntad para enfrentarse a su supuesto salvador. Lo que no dijo en voz alta, lo que no estaba dispuesta a admitir, era que no recordaba nada salvo que Beck la llevó a la habitación y la depositó en la cama.

Le habían despertado los gritos de los dos hombres y se dio cuenta de que, bajo las sábanas, solo llevaba un tanga. Entonces cogió un albornoz y entró en el salón de la *suite* donde encontró a Beck, un espléndido espécimen masculino, en bóxer y nada más.

Su voz la sacó del ensimismamiento:

—¿Chloe?

No podía seguir evitándolo, así que se enderezó y se giró hacia él:

—Hola.

—Hola —le contestó con una sonrisa.

Chloe se mordió el interior de la mejilla antes de obligarse a formular la pregunta cuya respuesta necesitaba más que ninguna otra:

—¿Qué pasó anoche? No recuerdo nada salvo que me trajiste aquí. Y gracias, por cierto. Pero, ¿hemos...? —Un furioso rubor asaltó sus mejillas.

—Tranquila, princesa. Lo único que ocurrió es que te traje aquí y te ayudé a acostarte.

—¿Princesa?

Su risa, grave y sexy, sacudió a Chloe.

—Es lo que parecías con ese vestido.

—Hummm... ¿me has desnudado tú? —se obligó a preguntar.

Beck se cruzó de brazos, exhibiendo los tensos músculos de los antebrazos y una tableta de chocolate dura y firme. Por no hablar de ese bulto bajo los bóxer que tanto le costaba no mirar.

—Te desabroché esa larga hilera de botones. El *striptease* lo hiciste tú solita. —Le guiñó un ojo, y Chloe sintió un intenso calor en todo el cuerpo.

—¡Qué vergüenza, por favor! —exclamó, con las manos en las ardientes mejillas.

—Para nada. Teniendo en cuenta el día que habías tenido, creo que lo has llevado muy bien. Excepto cuando te pusiste a llorar por cómo quedarte con el hombre predecible resultó ser de todo menos eso.

Chloe se estremeció, y los recuerdos de la noche anterior volvieron como *flashes*.

—Oh, Dios.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —le aseguró. Y cuando lo dijo, ella casi le creyó—. Vamos —la conminó Beck, agarrándola por el codo—. Veamos la carta del servicio de habitaciones. Te vendrá bien comer algo. Luego podemos ir a mi casa.

Chloe levantó la cabeza. Aunque le había dicho a Linc que aceptaría la oferta de quedarse con Beck, aún estaba lejos de haberlo decidido. Solo quería que su hermano le diera tiempo y espacio.

—No sé si es buena idea.

Él enarcó una ceja:

—¿Tienes algún otro sitio donde ir?

—Bueno, no. A menos que vaya a un hotel. —Alojarse en un lugar tan frío y estéril le apetecía tanto como enfrentarse a las miradas preocupadas y el atosigamiento de su familia por ayudarla.

Beck se encogió de hombros:

—Tú decides, pero tengo una habitación libre y la oferta sigue en pie.

—Acepto —dijo Chloe antes de que pensar le hiciera cambiar de opinión—. Pero te pongo una condición.

—Dime.

—No puedes pasearte por ahí en ropa interior.

Beck se echó a reír, y el espectáculo fue increíble. Qué guapo era con su pelo negro azabache tirando para largo, sus ojos verdes como el jade y sus rasgos cincelados. Y cuando se soltaba y reía de ese modo, se sentía aún más atraída por él.

Pero era evidente que su hermano tenía un problema con Beck. Le constaba que eran rivales en los negocios, y también recordaba que fueron amigos en la universidad hasta que tuvieron algún tipo de pelea. Linc nunca le había contado los detalles. Y tras lo ocurrido esa mañana, tampoco quería conocerlos.

Pero había algo por lo que sentía curiosidad:

—¿Beck? ¿Por qué me ayudaste anoche?

Su expresión se volvió más seria:

—Al principio os acercasteis a nosotros buscando diversión. Pero en cuanto me di cuenta de lo mucho que habías bebido y vi cómo un baboso se te pegaba como una lapa, decidí ponerte a salvo. No quería que se aprovecharan de ti. —Se encogió de hombros como si no fuera nada del otro mundo.

Pero para Chloe lo era. Claramente podría haber tenido sexo con ella para luego dejarla sola en esa enorme cama. Pero no lo hizo.

—¿Y por qué te quedaste?

Beck se pasó una mano por la cara:

—No quería que te asustaras al despertarte sola. Voy a por la carta —respondió antes de desaparecer en el salón.

Estaba claro que lo había incomodado. Aun así, se sintió agradecida porque fuera un hombre decente, algo que le llegó al alma. Conocía su reputación en el mundo de los negocios y había oído más de una vez a Linc maldecir por los acuerdos que la empresa de Beck le había arrebatado. Puede que fuese un tiburón en los negocios.

Pero sin duda se comportó como un santo en el dormitorio. Le estaba muy agradecida por ello, aunque solo porque estaba borracha. Porque no podía evitar preguntarse cómo sería el sexo con Beck estando sobria. Algo en lo que una mujer que había sido plantada en el altar menos de veinticuatro horas antes no debería estar pensando.

Debería estar sumida en la pena, el dolor y la angustia. En cambio, estaba cabreada y avergonzada, sobre todo porque ese tipo que le puso el apodo de “heredera Kingston” en las redes sociales fue alguien a quien dio calabazas tras un par de citas. Después de que ella lo dejara, abrió su propia página *web* y, como tenía un ácido sentido del humor y era guapo, la gente se sintió atraída por él y se hizo viral. «¿Y a mí qué más me da? No me importa lo que piensen los demás ni quiero que me compadezcan».

Con esa perspectiva tuvo que admitir que nunca había reaccionado ante el cuerpo de Owen como hacía ante el de Beck. Nunca se imaginó sudando bajo las sábanas con su propio prometido. El sexo entre ellos era básico, en el mejor de los casos. Jamás fue alucinante ni trascendental. Y algo le decía que enredarse con Beck sería todo eso y más.

Sacudió la cabeza al descubrirse pensando de nuevo en él, y se recordó a sí misma que no eran más que conocidos. Le estaba haciendo un favor dándole un lugar donde quedarse, y debía estarle agradecida por ello. Además, tampoco estaba precisamente devorándola con la mirada, lo cual era una lástima. Otro motivo más para centrarse en sí misma y en su futuro.

Beck y ella serían compañeros de piso. Nada más.



DESPUÉS DE DARSE un homenaje con un delicioso desayuno rico en carbohidratos que le ayudó a aplacar un poco la resaca, Chloe se dio una larga ducha caliente. Dejó que el jabón se llevara el desastre del día anterior y se quitó la laca del pelo con el champú del hotel. También utilizó acondicionador y se las apañó para peinar los largos mechones con los dedos antes de hacerse un moño desordenado.

Antes de meterse en la ducha, pudo comprobar que el personal del hotel le había hecho llegar los útiles básicos que dejó el día anterior en la sala donde se preparó y maquilló para la ceremonia, junto con la maleta de mano que había dejado en la recepción y que pensaba llevar a

su luna de miel.

Se puso la ropa que tenía preparada para el vuelo a Hawaii, ese que nunca cogería: unas mallas de punto de color taupé, una camiseta de tirantes ajustada a juego, una rebeca y sus botas favoritas de piel de serpiente. Se negaba a pensar en Owen y ella disfrutando juntos su luna de miel. Era como si en ese tiempo transcurrido desde que él le envió el fatídico mensaje, hubiese estado más preocupada por qué rumbo darle a su vida de ahí en adelante que por la tristeza de haber perdido a su futuro marido.

Ya había llegado a la conclusión de que fue un golpe de suerte que Owen descubriera lo que todo el mundo *debería* buscar en una pareja. Sin embargo, lo que le enfadaba era cómo y cuándo había gestionado la ruptura. Tendría que devolver los regalos de boda y compromiso, y su madre pasaría por el calvario de explicar a la gente el fin de su compromiso y su “no boda”. Por no hablar del dinero tirado a la basura. «Dios, Owen, qué imbécil eres», pensó, deseando poder demandarlo por los gastos aunque sabía que nunca lo haría.

Cuando salió del dormitorio encontró a Beck al teléfono, mirando por la ventana el paisaje de Manhattan. Llevaba la ropa de la noche anterior, unos vaqueros oscuros ajustados que se amoldaban a su increíble cuerpo, su culo apretado y sus muslos, y una camisa de vestir azul claro por fuera del pantalón.

—Todavía en el hotel —dijo en su móvil—. Así es. —Escuchó y contestó—: No es asunto tuyo, Tripp. Hablamos más tarde —dijo, cortante, antes de colgar.

—Hola —dijo ella, acercándose a él.

Beck se dio la vuelta:

—Hola. ¿Te encuentras mejor?

Ella asintió:

—Volviendo poco a poco a ser yo misma.

—Bueno, tienes mejor aspecto, si no te molesta que lo diga. —Le recorrió el cuerpo con la mirada, apreciando sus curvas a juzgar por el brillo de sus ojos.

Su cuerpo reaccionó y sus pezones se irguieron bajo el sujetador. Chloe no quiso mirar hacia abajo para ver si se notaba.

En cambio le dedicó una sonrisa forzada:

—No creo que estuviera deslumbrante con la cara llena de churretes de rímel. —Como tampoco lo fue que se desahogara con él y le contase con todo lujo de detalles el dolor que sentía, pero ya que no había vuelto a sacar el tema, ella tampoco lo haría.

Beck metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y soltó una risita:

—No te faltaban motivos para llorar a moco tendido.

—Pues sí, y creo recordar que fue justo lo que hice. —Los recuerdos volvieron a ella, arrancándole una mueca de dolor—. Te volcaste en ayudar a alguien a quien no conoces, y no sabes cuánto te lo agradezco —dijo. Independientemente de lo que hubiera pasado con Linc, Chloe siempre pensaría que Beck era un gran tipo.

—¿Preparada para ir a conocer tu nueva chabola? —preguntó—. Vivo en un loft restaurado en el centro.

Chloe levantó las cejas:

—Oooh, qué bien suena eso. —Estaba deseando verlo—. ¿Estás cien por cien seguro de que no te importa tener compañía?

Acortó la distancia con ella e inclinó la cabeza:

—Parece que has recuperado la memoria. ¿Recuerdas cómo te traje aquí?

Chloe percibió en su aliento el aroma a menta de la pasta de dientes.

—Me trajiste en brazos hasta aquí.

—Correcto. Así que si sigues preguntando si estoy seguro voy a tener que recurrir al mismo plan de cavernícola. —Levantó la barbilla, revelando toda su altura—. En otras palabras, no me pongas a prueba.

Chloe se quitó un peso de encima:

—De acuerdo entonces. Vámonos.

De camino al centro en un Uber, Chloe llamó a su madre para decirle que estaba bien y que se alojaría en casa de un amigo, y prometió mantenerse en contacto. Y cuando terminaran las vacaciones de luna de miel, ya habría resuelto los últimos cabos sueltos de su “no boda”.

Capítulo tercero

BECK ESTABA PREOCUPADO por esa mujer que caminaba en silencio a su lado por el pasillo hasta el loft. Había estado igual de callada durante todo el trayecto. Comprendía que tenía muchas cosas en la cabeza con las que lidiar, así que le dio su espacio, pero estuvo todo el viaje pendiente de ella. Estaban sentados muy cerca en el asiento trasero de un Uber, con el aroma a menta del champú del hotel haciéndole cosquillas en la nariz y el constante jugueteo de sus manos llamando su atención.

Se detuvo ante las puertas dobles que daban a su casa, usó la aplicación del móvil para abrir y, una vez dentro, desconectó la alarma:

—Hemos llegado. Bienvenida —dijo, tirando de la maleta que había insistido en llevarle.

Chloe entró tras él, y se le iluminó la mirada al echar un vistazo:

—¡Guau! ¡Este lugar es increíble!

—Gracias. —Sabía en lo que se estaba fijando: el oscuro parqué de madera noble del pasillo que desembocaba en una pared de ladrillo visto con un ventanal en arco, desde donde se contemplaba una panorámica del centro de Nueva York. Las cómodas sillas color crema, el sofá con *chaise longue* y el reposapiés de cuero de una esquina. El futbolín apoyado contra una de las paredes y el minibar en otra.

¿Era un pisito de soltero de manual? Pues sí. Pero se lo había ganado. El loft, junto con sus oficinas en la zona más exclusiva de Manhattan, eran las niñas de sus ojos. Le produjo una enorme satisfacción verla tan deslumbrada. Era decoradora y trabajaba en el sector de las viviendas de lujo, por lo que habría visto miles de fastuosas propiedades además de haber decorado unas cuantas. Le importaba su opinión, pero no solo porque conociera el sector y supiera reconocer la calidad y la creatividad. Beck quería que le gustara su loft.

Se detuvo junto a la ventana y se volvió hacia él:

—Me encanta este piso. Linc prefiere un enfoque más tradicional para la decoración que proyecto en las propiedades que tenemos en cartera. —Contempló con anhelo la pared de ladrillo, luego volvió a recorrer con la mirada la habitación y suspiró.

Beck sopesó si sacar o no a colación algo que ella le mencionó la noche anterior. «A tomar por saco», decidió. Estaba claro que Chloe necesitaba hacer frente a ciertos aspectos de su vida.

—Anoche mencionaste que estabas atascada en un trabajo aburrido porque tu hermano no te permite expresarte. —Dejó la maleta junto al pasillo que conducía a los dormitorios y se reunió con ella junto a la ventana.

—¿Yo he dicho eso? —Frunció la nariz de forma adorable.

Beck asintió:

—Sí. Mientras estabas sentada en la cama llorando.

Chloe torció el gesto:

—Ya me acuerdo. Mira, siento haberme desahogado contigo. Yo...

Beck negó con la cabeza y le puso una mano bajo la barbilla, obligándola a mirarlo:

—No te disculpes. ¿Por qué no me explicas mejor lo que querías decir?

Levantó las manos y las dejó caer a los lados antes de acercarse al sofá y sentarse.

—No me malinterpretes. Adoro a mi hermano...

—Cómo no quererlo —murmuró apretando los dientes. Le bastaba con oír hablar de Linc para ponerse de los nervios.

Chloe lo miró con curiosidad:

—Pero nuestros estilos son totalmente distintos —dijo, ignorando la indirecta sobre su hermano—. Él es más de diseños conservadores y de ir a lo seguro, y yo quiero que al menos una vez me deje probar a hacer algo innovador y divertido con un bloque de apartamentos o un piso piloto a ver qué pasa. Pero nunca me ha dado ni una oportunidad.

Así era Linc. Cuando eran amigos en la universidad, era de esos que nunca rompía las reglas ni sobrepasaba los límites. Hasta aquella noche, claro. Beck apretó los puños y se concentró en Chloe.

—Mira este sitio, por ejemplo. Es fantástico. —Hizo un ademán abarcando todo el espacio—. Y no es que no entienda el concepto de bajo riesgo que a Linc le gusta aplicar a los negocios. Lo entiendo. ¿Pero qué he conseguido yo apostando a lo seguro? Que me dejen plantada en el altar. —Se mordisqueó el labio inferior antes de continuar—. Me encantaría que Linc me diera vía libre para expresar mi creatividad. Pero no: “esto es lo que vende, no te salgas del presupuesto, tienes que ser eficiente” —dijo imitando a su hermano, y Beck tuvo que esforzarse por contener la risa.

Cruzó las piernas, lo que atrajo la atención de Beck a las botas que llevaba: muy altas, con un pequeño tacón y sugerentes de cojones. Por no hablar de esa ropa ceñida que acentuaba sus curvas y que lo tenía babeando desde que salió de la habitación del hotel.

Aclarándose la garganta, Beck dijo:

—Seguro que no es nada fácil trabajar con la familia o con cualquiera que no esté de acuerdo con tu enfoque. —Cruzó la habitación, se sentó a su lado y le puso una mano en la rodilla—. Pero tienes que luchar por tus sueños. Agarrar al mundo por las pelotas y comértelo.

Ella encontró su mirada y fijó sus ojos azules en él:

—¿Y si tengo miedo?

—Con más razón —respondió, encogiéndose de hombros.

Ella se mordió por un segundo el labio inferior, y él imaginó que era su boca la que presionaba, sus dientes los que mordían. Sus cuerpos fusionándose en un estrechocar de...

—Bueno... ¿me enseñas mi habitación? —preguntó.

Beck sacudió la cabeza con fuerza, recordándose que no debería estar pensando en follarse a su nueva compañera de piso. Y ella acababa de dejarle claro que no quería ni hablar de correr riesgos, así que era el momento de comportarse como un buen anfitrión.

Se levantó y le tendió la mano. Y en cuanto ambas palmas entraron en contacto y él la ayudó a ponerse de pie, las chispas que saltaron entre ellos casi incendiaron el loft.

—Vamos.

—Espera. —Chloe miraba sus manos—. Me sugeriste que lo guardara en un lugar seguro. —Retiró su mano y se quitó el anillo de compromiso del dedo—. Supongo que tendrás una caja fuerte en este apartamento.

Asintió y cogió el pesado anillo en la mano:

—¿Estás segura de que quieres confiármelo? —preguntó, tratando de aligerar la tensión.

Y por la forma en que ella puso los ojos en blanco y sonrió, supo que había logrado su objetivo. Envolvió el anillo en su mano para guardarlo en la caja fuerte de su dormitorio hasta que ella se aclarase acerca de qué hacer con él.

—El dormitorio está por aquí —dijo inclinando la cabeza. La condujo a la habitación de invitados y cogió su maleta por el camino.

El móvil le vibró en el bolsillo. Ignoró la llamada y la guió por el pasillo hasta la habitación frente a la suya.

Algo en lo que no había pensado hasta ese momento.

La mujer más hermosa que jamás hubiese visto, hermana de su ex mejor amigo, y que necesitaba su amistad más que nada en el mundo, se estaba mudando a su casa.

Mantener las manos quietas mientras le ofrecía un hombro en el que apoyarse sería todo un reto, cuando lo único que deseaba era echársela sobre un hombro y llevársela a la cama.



BECK ACOMPAÑÓ A Chloe a la habitación, dejó su maleta sobre la cama para que pudiera guardar sus cosas y se excusó diciendo que tenía que devolver una llamada como si le faltase tiempo para alejarse de ella. «Bueno, ¿y qué?», pensó Chloe. No tenía fuerzas para preocuparse por el estado anímico de un hombre más. Ya tenía bastante con arreglar su propio estado emocional y su propia vida.

Con un suspiro, se sentó en la cama y observó su entorno. La habitación era amplia y agradable, con molduras blancas de corona y paredes en lino claro. Las ventanas dejaban entrar una buena cantidad de luz natural, lo que daba al espacio un aire alegre, y el juego de edredón fruncido de color taupé era precioso y muy chic, al igual que los detalles decorativos, la iluminación y la lámpara ultramoderna que colgaba del techo. Todos esos elementos iban acordes con el rumbo que quería darle a su carrera.

Se sacudió el pensamiento y decidió ir poco a poco, empezando por deshacer el equipaje. Se levantó, abrió el cierre de la maleta y guardó primero la ropa interior, enamorándose de paso de la espléndida cómoda de roble blanco con tiradores niquelados.

Colocó toda la lencería en los cajones, incluidos los provocativos conjuntos de sujetador y bragas que había comprado para su luna de miel, e hizo todo lo posible por ignorar el nudo en el estómago que le produjo el recuerdo de lo que podría haber sido y no fue. Aunque ya tenía claro que casarse con Owen habría sido un error, no podía negar que le atraía el tipo de vida familiar que él le habría proporcionado.

Después de guardar sus artículos de aseo en el cuarto de baño privado de la habitación, fue a encargarse de la ropa que guardaría en el armario... percatándose de que en la maleta solo llevaba prendas veraniegas aptas para Hawai. Faldas pareo, bikinis, sandalias y vestidos ligeros que, además de recordarle que le habían dado calabazas, no le servían de nada en la primavera neoyorquina.

Toda su ropa estaba en cajas en casa de su madre, esperando a que las llevara a la casa que pensaba compartir con Owen. Gracias a Dios fue él quien firmó el contrato, no ella. No tenía que preocuparse de rescindir el alquiler, aunque sí por la falta de ropa. No podía hacer que enviaran esas enormes cajas a casa de Beck, y tampoco estaba preparada para ir a casa de su madre y enfrentarse a su decepción y preocupación.

Cerró la maleta y la dejó en una esquina de la habitación, sin saber qué hacer. Sonó el móvil y lo cogió de la mesilla de noche.

El nombre de Jordan parpadeó en la pantalla y Chloe contestó, ilusionada por poder hablar con alguien de la situación sin que perdiera los estribos.

Pulsó el botón verde:

—¡Hola!

—Hola, Chloe. ¿Cómo estás?

Desplomándose sobre el colchón, Chloe dejó los pies colgando de un lado para no poner las

botas encima del edredón:

—Con menos resaca, algo es algo.

Jordan rió entre dientes:

—Me alegra oírlo. Tu hermano llegó a casa echando humo, y dado que le presioné para que anoche te dejara quedarte de marcha, estoy esquivándolo un poco.

Chloe hizo una mueca:

—¿Y qué le importa a él lo que yo haga con mi vida? ¿Cuándo va a empezar a tratarme como a una adulta? —preguntó con frustración—. Da igual, es una pregunta retórica. Pero lamento que tengas que pagar por mis decisiones.

—No es para tanto, dime alguna vez que no haya podido con tu hermano. Solo está molesto porque estás con Beck. Hay entre ellos una historia... complicada —dijo Jordan.

Chloe se miró la manicura francesa y pensó en lo poco que sabía de la pelea que ellos tuvieron en la universidad:

—Recuerdo que lo conocí en un evento organizado por la facultad de Linc para las familias de los estudiantes de primero. Eran mejores amigos, pero luego no volví a saber de él hasta que entré en el negocio familiar, donde Beck es su competidor y enemigo acérrimo.

—Ajá —Jordan se negó a elaborar más su respuesta.

—Tomaré eso como que no puedes decir más, y lo respeto. Pero, ¿debería preocuparme por Beck? Me ha ofrecido un lugar donde estar en paz durante un tiempo, y lo necesito. —Chloe nunca le pediría a Jordan que traicionara la confianza de Linc, pero necesitaba saber si el hombre en cuestión la estaba utilizando de algún modo taimado, como su hermano había insinuado.

—No. No creo que debas preocuparte —dijo Jordan—. No conozco a Beck, pero cuando Linc llegó a casa y me dijo dónde estabas, indagué un poco y pregunté a gente del sector. Parece que es un tipo decente. Competitivo como nadie, pero nada que represente un problema. El asunto entre ellos es personal.

Chloe cerró los ojos y exhaló un suspiro de alivio:

—Gracias.

—Dicho esto, yo no bajaría la guardia del todo. Fue una situación desagradable y nadie sabe cómo puede reaccionar. Y eso es todo lo que puedo decir sobre el tema.

«Qué cosa más extraña», pensó Chloe, cada vez más intrigada por el asunto, antes de volver a centrar la atención en su hermano y su futura esposa.

—Cuánto me alegro de que Linc te tenga a ti, Jordan. Y de que os diérais cuenta de que dar el paso de tener una relación de verdad solo hará más profundo lo que ya teníais.

—Gracias, Chlo. Cuídate, ¿vale? Y si alguna vez cambias de opinión, eres más que bienvenida aquí con nosotros —le recordó Jordan antes de despedirse.

Luego Chloe sacó el portátil que pensaba llevar al viaje de novios y empezó a hacer algunas compras por Internet. También llamó a un par de estilistas que conocía para dotarse de un fondo de armario durante su estancia con Beck.



BECK SE RETIRÓ a su dormitorio, dejando que Chloe disfrutara del resto del loft. A pesar de ser un hombre que mantenía sus emociones bajo siete llaves, Chloe le provocaba los sentimientos más extraños, y no se refería a los que iban más allá de una mera atracción física. Su vulnerabilidad le recordaba a su hermana. Whitney tenía una sonrisa resplandeciente, una potente carcajada, y apenas comenzaba a entreverse el tipo de mujer en que se podría convertir cuando apareció el cáncer, pero también era una luchadora. Y no se rindió fácilmente.

Se dirigió al cajón de su mesita de noche, lo abrió y sacó un trozo de papel que había plastificado para que nada destruyera ese tangible recuerdo de ella. Escrito a mano, el título en la parte superior rezaba: “*Cosas que hacer antes de morir*”. Empezó siendo una recopilación de deseos que cumplir una vez que hubiera vencido al cáncer. Y cuando estuvo claro que eso no sucedería, le hizo prometer a Beck que completaría la lista por ella. Así al menos uno de los dos viviría plenamente. Él no era su gemelo, pero habían estado muy unidos.

Llegó a completar la mayoría. Saltar en paracaídas en Arizona, en pleno desierto de Sonora, que le enseñó que los deportes extremos no eran lo suyo; un paseo en globo aerostático en Albuquerque, Nuevo México, la capital mundial del globo, que fue fenomenal; y clases de surf en Kauai, Hawai. Disfrutó de la experiencia, pero prefería estar en un yate *sobre* el agua, no *dentro*. Cumplió varias cosas más de la lista, y en todas ellas sintió como si su hermana estuviera con él compartiendo esas vivencias.

Solo quedaban dos cosas. Ver la aurora boreal y casarse. De esas, ver la aurora boreal era bastante plausible. Estaba sopesando un viaje a Alaska o a Noruega, dependiendo del tiempo que quisiera estar fuera. Pero el último punto de su lista quedaría sin realizar. Casarse no entraba en los planes de Beck. Tras la muerte de Whitney decidió no permitir que nadie se le acercara lo suficiente como para volver a sufrir una pérdida así de demoledora.

El zumbido de su móvil lo devolvió al presente. Volvió a guardar el papel plastificado en el cajón y lo cerró antes de contestar la llamada de uno de sus hermanos.

—Drew, ¿qué tal? —preguntó.

—Llamaba para saber cómo te fue anoche.

Beck se rió:

—Debería preguntártelo yo a ti. Tú eras quien tenía una dama de honor encima.

—Pero tú cogiste a la *novia* y la sacaste del salón de baile. Me parece mucho más excitante. ¿Adónde fuisteis?

Beck era consciente de que su respuesta sonaría terrible:

—La llevé a la *suite* nupcial.

—¡Me cago en la leche, Beck! Por favor, dime que te limitaste a dejarla en la cama para que durmiera la mona.

Con un gruñido, se recostó en su colchón *king-size*:

—Algo así.

—¿Qué tal si me lo explicas? —Como buen abogado, Drew era experto en sortear respuestas evasivas.

Beck acomodó un brazo por detrás de la cabeza, se estiró y le contó la noche, cómo tuvo que llevar a Chloe Kingston en brazos a la habitación y ayudarla a acostarse.

—¿Kingston? ¿Chloe Kingston, la hermana pequeña de Linc Kingston? ¿La boda en la que nos colamos anoche era la suya? Carrie, la dama de honor, estaba demasiado borracha y apenas podía hablar, y al final se fue haciendo eses con su amiga, la que no dejaba en paz a Tripp —dijo Drew—. Pero no nos desviemos del tema. Dime que te limitaste a arroparla y a dejarla sola.

—Ojalá se hubiera quedado ahí. —Mirando al techo, tomó fuerzas para contárselo—. Me quedé con ella, pero no pasó nada. Esta mañana el imbécil de su hermano me montó un numerito, y acto seguido le ofrecí que se quedara en mi casa hasta que supiera qué hacer con su vida.

Beck se apartó el teléfono de la oreja mientras su hermano peroraba sobre todas las estúpidas razones por las que tener a Chloe en su casa era mala idea, empezando por que era una Kingston y acabando con que solo tenía veinticinco años y Beck treinta y dos.

—Primero, tampoco es que sea menor de edad. Segundo, no hay nada entre nosotros... —A pesar de su furiosa erección cada vez que pensaba en ella—. Tercero, no se parece en nada a su hermano, y el cuarto y último punto, ¿cómo demonios sabes cuántos años tiene? No lo sabía ni yo.

—La he buscado en Google mientras hablamos. Lo primero que apareció fue su “no boda” y que su ex la dejó plantada en el altar. El primer artículo del portal de cotilleos mencionaba su edad. Ahora dime cómo sabes que no se parece en nada a su hermano, y por qué meterías a un Kingston en tu vida después de lo que te hizo Linc —terminó Drew, con voz preocupada.

Drew, el mayor de los tres, siempre era protector con sus hermanos pequeños, y aunque Beck apreciaba su preocupación sabía lo que se hacía.

—Confío en mis instintos, y tú también deberías.

Con el paso de los años desde el incidente, Beck había llegado a aceptar que Linc estaba aún borracho la mañana en que lo encontró en la cama con Jenna. El resto de su tiempo en la universidad, Beck también vio a su exnovia en acción con otros chicos y comprendió que no era ninguna santa.

No iba a retomar su amistad con Linc ni a hacerse el simpático, pero ya no estaba tan cegado por la ira y el dolor como antes. Solo quería mantener las distancias.

—Voy para allá —dijo su hermano.

—No...

Pero Drew había colgado, así que se preparó para una inminente visita, dado que sus dos hermanos vivían cerca en uno de los edificios de Beck. Sin duda, quería conocer a Chloe para sacar sus propias conclusiones. A Beck no le gustaba que se metieran en sus asuntos, pero así era su familia.

En efecto, poco después de la llamada Drew llegó, con Tripp a rastras. Chloe llevaba casi una hora en su habitación y, en lugar de ir a verla, le dio el tiempo y el espacio que era probable que necesitase.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que vigilarme? —preguntó Beck en cuanto entraron.

—No cuando haces algo estúpido, como dejar que se mude a tu casa una mujer a la que apenas conoces —replicó Tripp.

—Y para colmo, una cuyo apellido es Kingston —apostilló Drew, cerrando la puerta tras ellos.

—¿He oído mi nombre? —Chloe apareció en la entrada, procedente del salón, y sus hermanos se volvieron hacia ella—. O mi apellido, al menos.

Beck frunció el ceño y miró a sus hermanos:

—Chloe, estos son mis hermanos. —«Gili y Pollas», pensó—. Tripp y Drew. Chicos, os presento a Chloe.

—Hola —les dijo, saludándolos con un gesto y una sonrisa.

—Hola —dijo Tripp—. Nos conocimos anoche.

Chloe se sonrojó y Beck lanzó a su hermano una mirada molesta.

—Sí, hummm... anoche no visteis mi mejor versión. Estoy segura de que ya os habréis enterado de todo. O lo habréis leído en alguna parte —añadió en voz baja.

—No es culpa tuya —dijo Beck, irritado con sus hermanos.

—¿Qué tienes de comer? Tengo hambre. —Drew se dirigió a la cocina y todos lo siguieron.

Chloe se paró junto a la nevera:

—Beck ha sido muy generoso invitándome aquí, pero me gustaría ser útil y no aprovecharme de su hospitalidad. ¿Puedo ofrecerte yo algo de comer o de beber? —preguntó a Drew—. A ver

qué tenemos. —Abrió la puerta y echó un vistazo al interior.

—Chloe no tiene por qué atenderte —dijo Beck.

—No me importa. —Ella se volvió en su dirección, y él negaba con la cabeza.

—Mis hermanos pueden buscarse la vida, no han venido aquí a comer ni a beber nada. Ahora que habéis conocido a mi nueva huésped, ¿podéis iros a casa? —les espetó.

Tripp se puso al lado de Chloe, miró en la nevera, sacó una lata de Coca-Cola light y la abrió:

—A decir verdad, quería ponerlos al corriente de una conversación que tuve esta mañana con mamá y papá. Así que cuando Drew me dijo que vendría, quise acompañarle.

Chloe alternó la mirada entre ellos:

—Vuelvo a mi habitación para daros un poco de intimidad. Solo salí para contarte que a lo largo del día recibiré unos paquetes con ropa. Lo único que tengo en la maleta son prendas de verano para la luna de miel. —Se cruzó de brazos y sus mejillas se sonrojaron—. Ha sido un placer conocerlos... hoy... que no estoy borracha... Mejor me voy. —Se dio la vuelta y salió rápidamente.

—Bueno. Espero que estéis contentos. La habéis avergonzado. —Beck frunció el ceño, consciente de que tendría que disculparse con ella más tarde.

Pero Tripp dijo que estaba allí para hablar de sus padres, y su instinto le indicaba que algo andaba mal.

—Bueno, ¿qué pasa con mamá y papá? —preguntó Beck, haciéndoles un gesto para que lo siguieran a la sala de estar para estar más cómodos.

Tomaron asiento y Drew habló primero:

—Siento haber sacado conclusiones precipitadas sobre Chloe. Quería asegurarme de que no era una trampa de su hermano.

—Estás paranoico —murmuró Beck—. Cálmate, sé amable con ella y te perdonaré. —Miró a Tripp—: Venga, suéltalo.

Tripp se inclinó hacia delante en su asiento del sofá:

—Llamé esta mañana y les presioné para que me contaran algo. Drew tenía razón: papá parece haber perdido peso, y apenas probó su comida favorita anoche.

Tripp era el médico de la familia. Si él estaba preocupado, la intranquilidad de Beck estaba más que justificada:

—¿Qué te han dicho? —preguntó, cerrando los puños y apretándolos con fuerza.

—Papá se hará una colonoscopia la semana que viene. No querían decirnos nada para no preocuparnos. La parte positiva es que lleva poco tiempo sintiéndose mal. No ha postergado la visita al médico, por lo que si encuentran algo es probable que lo pillen a tiempo. —Miró a Drew, que asintió con la cabeza antes de clavarle a Beck una mirada fija—. Me has oído, ¿verdad?

—Sí. Te he oído. —Beck tenía una tendencia a imaginar los peores escenarios cuando se trataba de asuntos de salud.

Había pasado mucho tiempo junto a Whitney el verano anterior a su muerte, haciendo las interminables listas. Tripp estaba tan afectado que no pudo pasar con ella tanto tiempo como Beck, mientras que Drew estaba haciendo una pasantía en la oficina del turno de oficio para mejorar su currículum de cara a su objetivo final de estudiar Derecho. Le costó la vida misma marcharse en otoño para empezar la universidad, menos de un mes después de la muerte de Whitney.

—Venga ya —dijo Tripp—. Aún no se sabe nada, así que no entres en una espiral de cavilaciones truculentas. Quédate con lo que sabemos, que es que le harán una prueba la semana

que viene. Eso es todo.

Beck apoyó las manos en los muslos y se puso en pie:

—Tienes razón. Estoy bien. —No hacía falta decirles que estaba preocupadísimo. Seguro que ellos también lo estaban.

Pasaron una media hora más charlando y pasando el rato antes de despedirse. Esperó a que se fueran para llamar a sus padres y enterarse por sí mismo de qué estaba pasando y cómo se encontraba su padre.



NO ERA LA intención de Chloe escuchar la conversación entre Beck y sus hermanos. No soportaba sentirse confinada en un dormitorio, así que estaba volviendo a la parte principal del loft cuando oyó sus voces.

No se había enterado de mucho. Solo que estaban preocupados porque Chloe estuviese alojada allí. Porque era una Kingston. Una vez más, sintió curiosidad por la historia entre Linc y Beck y se preguntó si en algún momento sería capaz de preguntárselo a alguno de los dos. Comprendía que los hermanos de Beck tuvieran reparos, y no se lo tomaba como algo personal.

Si hubiese metido a un extraño en su casa sus hermanos se pondrían como locos, y si uno de ellos llevase a una desconocida a vivir con él, ella también se subiría por las paredes. Se alegraba de que Beck tuviera una familia unida, como la suya. ¿Quién sabe? Tal vez en un futuro llegara a conocer a Tripp y Drew e incluso a ganárselos. «Aunque después de cómo me comporté anoche, voy a tener que currármelo», pensó, sintiendo vergüenza al recordarlo.

Se quitó las botas, se tumbó en la cama y se puso a pensar en la conversación acerca de asumir riesgos. Se inclinó, cogió el bolso que había dejado en el suelo junto a la cama y sacó un papel que llevaba semanas en su bolso. Se acercaba la fecha límite para inscribirse en un prestigioso concurso de diseño y se debatía entre presentarse o no.

El ganador del Concurso Online de Diseño Profesional de Interiores firmaría un contrato con Elevate Designs, una innovadora página web en la que, al contratar a uno de sus diseñadores *online*, el propietario recibía una exquisita caja con catálogos de colores, fichas técnicas y muestras de tejidos para proporcionarle una experiencia táctil. Se dirigían a una clientela de alto nivel, que quería una decoración de lujo pero no tenía tiempo para reuniones presenciales o ir de tienda en tienda.

Elevate Designs no era como esos sitios que contrataban a cualquier diseñador con un par de proyectos a sus espaldas. Su sede estaba en Los Ángeles, iban a abrir una oficina en Nueva York y el ganador sería la persona al mando. Todo aquello estaba repleto de riesgos, y Chloe no era de las que se arriesgaban. Pero aun así, se había estado preparando como si tuviera intención de presentarse.

En su tiempo libre había aprendido a utilizar varios programas informáticos para dibujar habitaciones y diseñar, y pasó incontables horas creando conceptos nuevos, porque nada de lo que había diseñado para Linc le servía, todo era demasiado tradicional y discreto. De modo que se puso a crear habitaciones y planos de apartamentos con un programa de diseño 3D.

Junto a sus proveedores, también podría encargarse de plasmar en la decoración ese estilo moderno que tanto se moría por probar. Había organizado para recibir las muestras de telas y materiales después de la luna de miel. Pero ya que sus planes habían cambiado, envió un correo electrónico y dispuso que llegase todo a casa de Beck. Aunque en su proyecto solo podía incluir imágenes, necesitaba tocar y sentir la calidad de los materiales con sus propias manos.

Pero participar implicaba salir de su zona de confort. Si ganaba, lo cual era una posibilidad

remota, tendría que dejar la estabilidad que le proporcionaba trabajar con Linc. Y aunque le frustrara su enfoque conservador, entendía sus motivos. Al fin y al cabo, ¿no era lo mismo que hacía ella, estancada en un trabajo que no le llenaba y prometiéndose con el tío más aburrido del mundo?

La puerta del apartamento cerrándose de un portazo la sacó de sus cavilaciones, y las voces amortiguadas que había oído antes se desvanecieron. Los hermanos de Beck se habían marchado. Lo dejó un rato más a solas antes de decidir que ya podía volver al salón.

Lo encontró mirando por una de las ventanas, con las manos en los bolsillos. Verlo por detrás era una delicia. Tenía los hombros anchos y unos marcados músculos en brazos y espalda; la camisa remangada en los puños dejaba ver su piel bronceada y, aunque la llevara por fuera del pantalón, pudo admirar su culo y la parte trasera de sus fornidos cuádriceps bajo sus vaqueros oscuros.

No creía haberse detenido nunca a estudiar a Owen de ese modo, pero mejor, porque la comparación habría sido odiosa.

Se sacudió los pensamientos acerca de su exprometido y se aclaró la garganta para anunciar su presencia:

—Hola. ¿Te interrumpo?

Se volvió hacia ella:

—No. Solo estaba pensando.

Su hermano le había dicho algo de sus padres, pero al ver la expresión apagada de su rostro decidió no hacer preguntas personales:

—¿Ya se han ido tus hermanos?

Asintió con la cabeza:

—Aprovecho para disculparme contigo. Pueden ser un poco gilipollas.

Ella se rió:

—Yo tengo tres, ¿recuerdas? Lo entiendo perfectamente. No tienes que disculparte por nada, solo estaban cuidando de ti dado que apenas nos conocimos anoche. Al menos de forma oficial, porque te recuerdo de esa vez que mis padres y yo visitamos a Linc en la universidad.

Entrecerró la mirada:

—¿Cuántos años tenías? ¿Diez?

—Once. Ahora tengo veinticinco. —Beck tenía la misma edad que su hermano, treinta y dos. Siete años de diferencia. Pero no es que importara. No había nada entre ellos—. ¿Va todo bien con tus hermanos? —La pregunta fue intencionadamente vaga.

—Ellos están bien, pero mi padre va a hacerse una prueba la semana que viene. Ha perdido peso y todos estamos preocupados por él. —La mandíbula de Beck se apretó con fuerza, lo que le dio una pista de lo mucho que lo afectaba.

Se acercó y, al ponerle una mano en el antebrazo, sus dedos entraron en contacto con su cálida piel.

—Dime si hay algo que pueda hacer, por favor.

—Gracias —dijo con voz ronca—. ¿Ya te has instalado? —preguntó, cambiando de tema.

Chloe asintió:

—Excepto por lo de la ropa, pero mis *personal shoppers* me enviarán algunas cosas esta misma tarde, así que lo tendré solucionado por un tiempo. Todas mis pertenencias están en cajas en casa de mi madre, y era más sencillo hacerlo así.

—¿Tienes algún plan? Dijiste que te tomarías esta semana libre... pero, ¿qué quieres hacer? —preguntó.

—Justo estaba pensando en eso —murmuró, no muy dispuesta a compartir sus sueños y temores con nadie—. Y no estoy segura.

—Entonces hagamos algo sencillo. ¿Qué tal una cena? ¿Quieres salir o pedimos algo a domicilio?

Chloe no tuvo que pensárselo:

—A domicilio. No estoy preparada para enfrentarme al mundo. —Había visto los cotilleos sobre su situación en Internet y lo odiaba.

—Yo me encargo, princesa.

Le gustaba el apodo, no por el apelativo en sí sino por el hecho de que le hubiese puesto uno.

Acordaron pedir comida china, y su ropa llegó mientras esperaban al repartidor. Colgó todo en el armario, pensando que se lo probaría y llamaría al estilista por la mañana. Al menos ahora tenía ropa de temporada que ponerse.

Se unió a Beck en la cocina y compartieron un delicioso pollo *General Tso*, arroz frito, gyozas de cerdo y un rollo de huevo, su plato favorito de la gastronomía china.

Con la barriga llena, se volvió hacia él:

—¿Has terminado?

—Voy a reventar —dijo Beck, asintiendo mientras cogía su plato.

Chloe negó con la cabeza:

—Yo me ocupo. Necesito ganarme el sustento —dijo, en parte en broma, mientras se ponía en pie.

Su ceño fruncido era tan sugerente como su sonrisa:

—Te ofrecí un lugar para quedarte. No tienes que ganarte nada.

—Bueno, entonces déjame ayudar. —Recogió ambos platos y se acercó al fregadero.

Después de enjuagarlos y meterlos en el lavavajillas, se volvió para verle guardando las sobras en la nevera. Aún quedaba un recipiente sobre la mesa.

Ella lo cogió y se acercó por detrás:

—Esto es lo último. —Lo rodeó y colocó la caja en un estante al mismo tiempo que él se giraba hacia ella, y ambos chocaron.

Beck estiró la mano y la cogió por la cintura, quedando cara a cara y sus cuerpos en estrecho contacto. Un intenso calor emanó entre ellos a pesar del frío del frigorífico.

Chloe separó los labios y dijo lo primero que se le ocurrió:

—Gracias por todo. —Que era mucho más apropiado que «*Oh Dios mío, qué bueno estás*».

Beck levantó la mano, le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla:

—No hay de qué.

Chloe se puso de puntillas, con la intención de darle un beso en la mejilla. Un pequeño gesto de agradecimiento. Pero en el último momento Beck giró la cabeza y sus labios se encontraron.

No era su intención besarle, pero al sentir el firme contacto de su boca no pudo apartarse. Él tampoco, y lo que empezó como un accidente enseguida se convirtió en algo más. Algo intenso, inesperado y totalmente nuevo, y cuando sus lenguas se rozaron saltaron chispas.

La mano de Beck se posó en su nuca, la agarró posesivamente y la sujetó mientras la besaba con todas sus fuerzas. Disfrutando de cada momento, Chloe deslizó las manos por su pelo y se apretó contra su duro cuerpo.

Él gimió y profundizó más en su boca. No estaba segura de cuánto tiempo permanecieron enredados el uno en el otro, pero era consciente de dos cosas: nunca le habían besado así, y quería más. Más de ese deseo que crecía en su interior y más de Beck.

Sin previo aviso, le puso las manos sobre los hombros y rompió la conexión:

—Chloe, no. Esto está mal.

Ella parpadeó sorprendida. El gélido frío del frigorífico sustituyó a su calor, y Chloe se dio cuenta que la habían vuelto a rechazar.

—Tienes razón. Ha sido un error. —Se rodeó con los brazos y dio un paso atrás.

Él también se apartó y cerró la puerta de la nevera, en un claro intento por ganar tiempo antes de volver a mirarla, aunque a Chloe no le bastó para recomponerse y fingir que no le había afectado que la repudiase. No importaba. Teniendo en cuenta no solo que ella había provocado el beso, sino que además era una invitada en su casa, le debía una disculpa.

—Lo siento. No debería haberte besado. Era un pequeño gesto de agradecimiento, pero giraste la cabeza y... —Se interrumpió, pues no quería ahondar en su vergüenza—. Has sido muy amable, y si te he puesto en una situación incómoda y quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo.

—No te irás a ninguna parte —dijo en un tono ronco—. Y no tienes nada de qué disculparte, porque ese beso no fue un error. —Su mirada verde se encontró con la de ella, y era cualquier cosa menos desinteresada o desapasionada.

—Entonces, ¿por qué has dicho que está mal? —preguntó ladeando la cabeza, esperando a que se lo explicara.

—Es simple. Porque cuando nos acostemos, y vaya si *lo haremos*, no será por gratitud o despecho. Será porque no puedes dejar de pensar en mí. —La miró fijamente con inconfundible deseo antes de darse la vuelta y salir de la habitación, dejándola atónita. Y muy excitada.

Capítulo cuarto

HABÍA PASADO YA una semana desde que Chloe se mudó a casa de Beck. Una semana en la que se dio permiso para llorar su pérdida: no la de Owen, sino la del proyecto de vida que creía que tendría con él. Sí, una parte de ella deseaba casarse y tener hijos con quien consideraba el hombre correcto, y tenía la certeza de que su boda sería el primer paso en esa dirección.

Pero en lugar de eso, se veía obligada a revisar sus decisiones, y las conclusiones no le gustaban ni un pelo. Una mujer con un título de diseño de interiores pero que había tomado el camino fácil entrando en el negocio familiar y acatando los dictados de su hermano en cuanto a diseño, combinaciones de colores y estilo. Una mujer que hacía lo que su familia esperaba de ella. Una mujer que eligió a su pareja por tener unos valores completamente opuestos a los de su padre, o al menos eso había creído, y no por estar perdidamente enamorada de él.

Analizándolo desde esa nueva perspectiva se dio cuenta de que Owen se valió de todos los clichés y argumentos para convencerla de sellar el compromiso: que encajaban en la vida del otro o que tenían los mismos objetivos en la vida, por no hablar de que sus padres aprobaban la relación. Y cuando al padre de Chloe le diagnosticaron demencia, volvió a caer en ese patrón de la niña que quería hacer felices a sus progenitores. Se había aferrado a la falsa idea de que su padre amaba a su familia, solo que no era capaz de ser fiel. Pero a sus hermanos nunca les gustó Owen, y ese debería haber sido el mayor indicio.

Ella no quiso escucharlos. En pocas palabras, había estado bailando al son que le dictaban todos, menos su corazón.

Saltó de la cama y cogió la caja con las muestras que recibió a mediados de semana. Las examinó y supo que había sido un acierto. Desde los azulejos, pasando por la pintura y todo lo demás, se aseguró de que cada elemento fuera perfecto.

«A tomar por saco», pensó, cogió el portátil y abrió el formulario para inscribirse al concurso, que ya estaba rellenado y guardado. Solo tenía que pulsar “Enviar”, pagar la tasa y, cuando estuviera lista, enviar su propuesta.

Ya era hora de que se valiera por sí misma, pero eso no significaba que no estuviera nerviosa y asustada por dar ese paso que la alejaba de su familia. Era consciente de lo protegida que había estado en su vida y quería que eso cambiara. Y a pesar de tener decidido sus próximos pasos, no compartiría la noticia con nadie. Si no ganaba el concurso, o ni siquiera llegaba a la final, nadie tenía por qué saberlo excepto ella.

Respiró hondo, introdujo los datos de la tarjeta de crédito y pulsó «intro». Por fin apareció en la pantalla la página con el pago aceptado. Hecho. Lo había conseguido.

Primer paso hacia la independencia.



BECK ENTRÓ EN el edificio donde se encontraba su despacho. Por lo general contemplar sus propiedades, sobre todo ese inmueble, le producía un inmenso placer. Recreaba el ambiente de un hotel de los años treinta, y se sentía tremendamente orgulloso de los marcos de las ventanas de acero negro, la grifería de bronce y la refinada decoración. Nunca olvidaba que creció en un

hogar humilde, ni todos los esfuerzos que tuvo que hacer para llegar adonde estaba.

Pero ese día ni los recuerdos de su camino hasta el éxito le daban la paz que necesitaba. Sentado en su escritorio, se distraía por múltiples razones. A las nueve de la mañana le harían la colonoscopia a su padre, y su madre no dejó que Beck ni sus hermanos le hicieran compañía mientras esperaba. Insistía en que todo saldría bien, que la prueba no era más que un trámite y que estarían de regreso enseguida.

Así que tenía que esperar a que lo llamaran, lo que lo tenía en vilo y con tiempo libre. No podía centrarse en el trabajo, y eso lo inducía a pensar en su invitada.

Llevaba poco más de una semana viviendo bajo el mismo techo que Chloe Kingston. Era una buena compañera de piso: ponía cuidado en limpiar no solo lo que ella ensuciaba sino lo que él dejaba para lavar, y siempre estaba dispuesta a ayudar y mostrarse agradecida. No se comportaba como una princesa mimada, a pesar del apodo que le puso. Del mismo modo que le resultaba fácil tenerla en casa, también le resultaba difícil no pensar en ella.

Beck estaba en todo momento pendiente de cada uno de sus movimientos. Cuando preparaban algo en la cocina y compartían la comida, o acurrucada en el sofá del salón, leyendo en su iPad o mirando la pantalla como si tuviera muchas cosas en la cabeza, o cuando dormía al otro lado del pasillo. Su ligero aroma a canela le acompañaba a todas partes, provocándole un perpetuo estado de excitación. Sobre todo después de aquel beso.

El recuerdo de su dulce boca lo dejó duro como una roca y sin poder dormir, pensando en que la había rechazado. Poner fin al beso antes de que fuese a más había sido lo correcto. Decirle que acabarían acostándose juntos, no tanto. Y los detalles del proyecto de urbanización que el arquitecto le acababa de enviar se encargaron de recordarle el por qué.

Beck hizo un trato con Kenneth Kingston, el padre de Linc y Chloe, que había fallecido un par de meses atrás. Acudió a Beck con una propuesta para asociarse y le ofreció una parte de Kingston Enterprises como garantía si no podía pagar cuando cerraran el contrato. Kenneth murió antes de que llegara ese momento, y su hijo no estaba al tanto del negocio.

Linc estalló al enterarse, y Beck mentiría si dijera que le puso las cosas fáciles a su némesis. Linc consiguió el dinero y, como no quería tener nada que ver con él, dejó que Beck se encargara del trato.

No fue hasta más tarde que descubrió que Kenneth Kingston sufría demencia y en sus últimos meses de vida no estaba en sus cabales a la hora de negociar. No era de extrañar que Linc estuviera enfadado, y Beck no lo culpaba por guardarse esa información. Hacerla pública pondría en peligro el imperio Kingston.

Estaba claro que Chloe no sabía nada de los asuntos de Linc y Beck, ni personales ni de negocios. Tener algo con ella causaría todo tipo de complicaciones en su vida, en un momento en que ella necesitaba a su familia. Además Chloe, la novia despechada, pretendía sentar cabeza, y Beck era un hombre decidido a vivir sin ataduras. «Si no estás atado a nadie, no te duele perderlos».

Esa mañana había dejado a Chloe durmiendo, o eso supuso, porque no la había visto antes de salir. Sin duda estaba cayendo en un estado, quizás no depresivo, pero sí de apatía, y necesitaba que alguien le diera un empujoncito y la pusiera en marcha de nuevo en la dirección que le hiciera feliz.

Aún no le había confiado mucho sobre su vida, salvo su frustración por trabajar acatando las normas de Linc. Eso no le daba muchas pistas sobre cómo ayudarla.

Cada noche, durante la cena, le hacía preguntas inquisitivas sobre cómo pasaba el día, y ella siempre daba respuestas vagas.

Su móvil sonó. El nombre de su hermano apareció en la pantalla y Beck contestó de inmediato:

—Tripp. ¿Se sabe algo de papá?

—Todavía nada, pero aún es pronto. Dudo que se lo hayan llevado ya. Tranquilo.

Beck soltó un suspiro entrecortado:

—Vale. ¿Qué ocurre entonces?

—Una de las enfermeras tenía abierta Page Six, ya sabes, esa página de cotilleos de famosos y, ¿a qué no sabes sobre qué estaba leyendo? Acerca de tu novia despechada —dijo Tripp sin darle tiempo a responder.

Beck cerró los ojos y gruñó:

—Joder. No le dan un respiro a la pobre mujer. —Ya había pasado una semana desde su “no boda”, como a ella le gustaba llamarla—. ¿Por qué siguen centrándose en ella?

—Porque se ha visto a su exprometido paseándose con otra mujer, y mostrándose muy cariñoso en público. La gente se pregunta por qué no hay noticias de la novia despechada —dijo Tripp.

—Porque no ha salido de mi apartamento —murmuró Beck.

—Exactamente. Mira, tengo que ir a ver a un paciente. Quien tenga noticias de mamá primero, que llame a los demás. Hablamos pronto. —Y colgó.

Consciente de que quedándose allí no adelantaría nada de trabajo, Beck decidió volver a casa y esperar allí la llamada de sus padres. Salió de su despacho y se detuvo junto a la mesa de su asistente:

—He terminado por hoy. Cancela mi cita de la tarde. Llámame solo si hay una emergencia —le dijo a Ronnie.

Levantando la vista del ordenador y con una sonrisa contestó:

—Sí, señor Daniels.

—Gracias. —Se dirigía hacia el ascensor cuando oyó su nombre, y al girarse vio a Natasha Banks, amiga de la infancia y la actual diseñadora de Beck Realty caminando hacia él, iPad en mano.

Natasha había sido amiga íntima de Tripp y Whitney cuando eran más jóvenes, y desde entonces estaba muy unida a todos ellos.

—Beck. ¿A dónde vas tan temprano?

—A casa a esperar noticias de mi padre. Le van a hacer una prueba y no puedo centrarme en el trabajo.

—Vaya, lo siento. —Extendió la mano y se la puso en el hombro—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres compañía?

—No, gracias. Necesito estar solo. —Salvo que no estaría solo. Chloe estaría en su apartamento. Y de repente estar con alguien mientras la espera le destrozaba los nervios no le pareció tan malo.

—De acuerdo, bueno... te llamaré más tarde. —Le apretó el hombro y sonrió—. Saluda a tu padre de mi parte.

—Lo haré. —Caminó hacia el ascensor y se dirigió a casa, donde le esperaba una belleza de ojos azules.



CHLOE ESTABA SENTADA frente a su recientemente descubierta hermana, Aurora, y su adorable hija, Leah, un bebé de diez semanas. Cuando Aurora la llamó y le preguntó si podía ir a visitarla,

Chloe aceptó de inmediato. No creía que a Beck le importase que recibiera visitas en su casa, y su hermana estaba preocupada por ella y su “no boda”. Tuvo que sincerarse consigo misma y confesar que estaba escondiéndose en casa de Beck, pero aún no tenía claro qué iba a hacer con su vida.

Pasó la mañana charlando con Aurora, y le enseñó la ropa que le habían enviado en un ambiente distendido. No quería preocupar a su familia más de lo que ya lo estaba, así que puso especial atención en no darle ninguna información que pudiera inquietar más a sus hermanos o su madre.

—Me encanta tu ropa nueva —dijo Aurora—. Estoy deseando recuperar la figura y poder comprar ropa bonita que me quede bien. —Le dio unas palmaditas en la espalda a Leah hasta que la niña soltó un eructo que enorgullecería a cualquiera de sus tíos. Aurora se rió—: Se le da superbien.

Chloe sonrió:

—Quiero cogerla. —Cogió al bebé con ternura, acunándolo en sus brazos y respirando el delicioso aroma de su champú—. Eres un encanto —le susurró al oído.

—Dices eso porque a ti no te tiene despierta toda la noche con sus gritos —dijo Aurora con ironía. Se recogió el pelo rubio en una coleta y bostezó.

—¿Quieres echarte una siesta en mi habitación? Puedo cuidarla mientras tanto —ofreció Chloe.

Aurora negó con la cabeza:

—Dormiré la siesta cuando vuelva a casa. Tu madre dijo que se la llevaría un rato esta tarde.

Su madre era una santa, acogiendo en su casa a Aurora embarazada y dándole un hogar y una familia. Toda una santa, teniendo en cuenta que era la hija ilegítima de su marido.

—Mamá adora a Leah —murmuró Chloe. Melly la trataba como si fuera su primera nieta, y a Aurora como a una hija más.

Había tenido una vida muy dura, por lo que todos en la familia querían que se sintiera cómoda en su nuevo entorno. Acababa de cumplir diecinueve años, y Chloe no sabía cómo se las había arreglado para buscarse la vida antes de que Linc la encontrara, viajase a Florida para conocerla y llevarla a su nuevo hogar.

—¿Por qué no vuelves a casa? —preguntó—. A tu madre y a mí nos encantaría que te quedaras allí.

—Querrás decir que te gustaría tener ayuda extra con el bebé —rió Chloe.

Aurora puso los ojos en blanco:

—Sería de *gran* ayuda, pero no me refería a eso.

—Lo sé, y te agradezco que me quieras allí. —Conocer a su nueva hermana había sido toda una alegría.

Aurora se removió en su asiento:

—A Linc no le hace ni pizca de gracia que estés aquí. —Hizo un ademán con el brazo, abarcando el apartamento—. Dice que no conoces a Beck en absoluto y que tu lugar está junto a la familia.

Chloe suspiró:

—Por favor, dile a Linc que estoy aquí precisamente porque Beck no es de la familia, y no intentará obligarme a tomar decisiones para las que no estoy preparada. Sé cuánto me quiere, pero estoy bien en esta casa. Tengo tiempo y espacio para pensar en qué voy a hacer con mi vida... sin que nadie me presione.

—Se lo diré. Pero, ¿a qué te refieres con eso de que tienes que pensar qué vas a hacer con tu

vida? —Aurora arrugó la nariz, confundida—. Ya tienes un trabajo. Solo necesitas un lugar donde vivir.

—Esta situación inesperada me ha forzado a salir de mi zona de confort. No voy a casarme, y eso me está obligando a reevaluar qué es lo que me hace feliz. ¿Te vale con eso?

Chloe se mordió el interior de la mejilla. Mentir no era algo habitual en ella, pero no quería poner a Aurora en una situación incómoda diciéndole que no era feliz trabajando con Linc, ni quería que nadie supiera lo del concurso al que se había presentado ni sobre la perspectiva de un cambio de rumbo profesional si ganaba. Independientemente de los cambios que Chloe decidiera hacer en última instancia, tenía que enfrentarse a su hermano ella sola.

—Claro. Lo entiendo.

Se oyó el sonido de la puerta al abrirse, seguido por los pasos de Beck entrando en la habitación donde estaban sentadas:

—Veo que tenemos compañía.

Su voz ronca hizo que por las venas de Chloe corrieran oleadas de excitación. Con el bebé en brazos, se puso en pie:

—Beck, esta es mi hermana, Aurora. Aurora, te presento a Beck Daniels, el chico que tan amablemente me está acogiendo.

Al verlo, los ojos de Aurora se abrieron de par en par, y Chloe no podía culparla. El hombre era un espécimen masculino excepcional.

Ese día, sin embargo, tenía un aspecto alterado y desaliñado. Parecía haber estado pasándose los dedos por los mechos de su largo cabello y, aunque iba vestido para el trabajo con unos vaqueros negros que se ajustaban a sus firmes muslos y una camisa de vestir remangada y desabrochada, que mostraba su bronceado pecho, había algo *extraño* en su apariencia. No hacía mucho que lo conocía, pero su mirada era bastante elocuente y le hizo preguntarse qué le estaba pasando.

Aurora se levantó y extendió la mano, estrechando la de Beck:

—Encantada de conocerte. Y ahora entiendo por qué Chloe prefiere quedarse aquí. Contigo. —Mirando a Chloe, Aurora sonrió.

Chloe cerró los ojos y bufó. Había olvidado que Aurora se expresaba sin ningún tipo de filtro. Se las había apañado para convivir con ese hombre y relegar ese beso que se dieron al fondo de su mente. De lo contrario, estaría permanente oscilando entre sentir vergüenza y excitación esperando al momento en que *por fin* dormirían juntos. Porque él le había dejado bien claro que tarde o temprano ocurriría.

Pero no necesitaba que Aurora avivase la llama. Lanzó una mirada de advertencia a su hermana, que se limitó a encogerse de hombros:

—¿Qué? Solo digo lo que veo.

Beck soltó una carcajada, e incluso esa reverberación desde lo más profundo de su pecho fue tremendamente seductora.

—Encantado de conocerte, Aurora. Necesitaba reírme esta mañana, así que gracias.

Aurora regaló a Chloe una sonrisa de satisfacción:

—Es hora de llevar a Leah a casa. Como ya ha comido, espero que duerma todo el trayecto y se despierte al llegar. Justo a tiempo para que tu madre se haga cargo de ella.

—Asegúrate de dormir un poco mientras mamá la cuida —dijo Chloe, devolviendo a Leah a su madre.

Aurora preparó la bolsa del bebé y avisó al conductor de que estaba lista para salir. Como aún no había aprendido a conducir, Linc había insistido en que tuviera un chófer a su disposición

para que el bebé viajara con seguridad en su sillita en lugar de depender de aplicaciones para moverse por la ciudad.

Chloe sacudió la cabeza, preguntándose cómo estaría asimilando su hermana todos esos cambios en su vida siendo tan joven. Podría habérselo preguntado, pero ¿qué derecho tenía a interrogar a alguien si ella no estaba dispuesta a responder a ninguna pregunta?

Aurora se despidió y se dirigió al ascensor.

Chloe esperó a que la puerta se cerrara y volvió a entrar al apartamento, donde encontró a Beck todavía en la sala de estar.

Estaba junto a la ventana con las manos en los bolsillos, contemplando el paisaje. Chloe se acercó, mirando en silencio. Si tenía algo que decir o compartir, esperaba que confiara en ella lo suficiente como para hacerlo.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, él soltó un fuerte quejido:

—Mi padre se está haciendo una colonoscopia esta mañana, y estoy esperando noticias. No podía centrarme en el trabajo, así que vine a casa.

«Hummm», pensó ella, y preguntó con la esperanza de que no fuese nada grave:

—¿No es normalmente una prueba rutinaria?

Beck se giró para mirarla:

—Sí. Pero ha adelgazado, y mis padres nos estuvieron dando largas hasta que no tuvieron más remedio que contárnoslo. —Cuando él inclinó la cabeza, Chloe casi pudo sentir la pesadumbre sobre sus hombros.

—¿Cuándo se supone que tendrás noticias?

Beck consultó su Rolex de oro:

—En cualquier momento. —Veía la tensión en sus hombros, y tuvo la sensación de que había mucho más que no le estaba contando.

—¿Qué tal si preparo café y esperamos juntos?

La miró con gratitud en sus ojos verdes:

—Me encantaría.

Unos minutos más tarde estaban instalados en la cocina, sentados en los taburetes de la barra con sendas tazas de café en la mano.

—Hablemos de otra cosa —dijo Beck—. Cuando iba a la universidad con Linc, tú eras la hermana menor de los Kingston. ¿Cómo llegó Aurora a ser familia?

Chloe dio un sorbo a su bebida caliente:

—Bueno, es una historia complicada. Cuando mi padre falleció hace un par de meses, Linc encontró un montón de cheques cobrados en su escritorio. Pagos mensuales de una cuenta bancaria que desconocíamos, y cuya beneficiaria resultó ser una mujer que fue su secretaria hace casi veinte años. Linc hizo algunas pesquisas y descubrió uno de los trapos sucios de papá.

—¿Tuvo una aventura? —Beck adivinó con facilidad.

Chloe asintió con la cabeza:

—Una de tantas pero seguir el rastro nos llevó a descubrir que teníamos una hermana. Para no aburrirte con los tristes detalles, mi padre dejó embarazada a la madre de Aurora. Como ella se negó a abortar, él le pagó para que se fuese lejos y criara sola al bebé. —Se estremeció ante la crueldad de las acciones de su padre. Aún le dolían.

—¿Así que Linc encontró a Aurora y a su madre cuando fue a buscarlas? —preguntó Beck, con la mano bajo la barbilla y claramente interesado en la historia.

Chloe rodeó la taza con las manos y sacudió la cabeza:

—Encontró a Aurora. Dejémoslo en que mi padre le financió a esa mujer una vida de

diversiones y ella dejó a su hija en una casa de acogida. Y antes de que preguntes, sí, mi padre estaba al tanto y tampoco movió un dedo. —Sintió un nudo en la garganta al contar con brevedad la historia de su hermana, tan triste que le rompía el corazón.

Por su expresión le pareció que lo había entendido, y Beck extendió la mano y la apretó:

—Lo siento.

La calidez de su tacto le hizo sentir un chisporroteo, y le costó mucho resistirse para no inclinarse hacia él:

—Gracias —logró decir con una sonrisa—. Cuando Linc se enteró de su existencia, hizo todo lo posible por dar con ella y convencerla de que viniera a Nueva York con él. Y cuando por fin la localizó, se topó con una joven con un embarazo casi a término. —Chloe se encogió de hombros—. Y aquí estamos.

Beck dejó escapar un silbido bajo:

—Tiene suerte de que Linc la encontrara.

—En aquel momento acababa de empezar a rehacer su vida, pero todos estamos muy contentos de que decidiera venir a Nueva York y conocernos —dijo.

Él sonrió:

—Lo he notado al veros juntas. —Tamborileó con los dedos sobre la encimera y le aparecieron arrugas en la frente, haciéndole saber que su mente volvía a preocuparse por su propia familia. Pero antes de que a ella se le ocurriera otro tema de conversación, se anticipó—. ¿Qué más has estado haciendo para mantenerte ocupada mientras estoy en el trabajo? ¿Has salido de casa?

Chloe forzó una sonrisa. Como le pasó con Aurora, no quería que Beck se preocupase por ella, así que lo toreó lo mejor que pudo:

—Estoy haciendo cosas —dijo vagamente, y cuando vio la mirada de decepción en sus ojos, supo que tenía que darle más detalles. Pero no le contaría nada de su inscripción para el concurso—. Lo mismo de siempre. Ver la televisión, leer un libro y mirar las redes sociales, ignorando las páginas de cotilleos. Y no, no he salido. No necesito nada más en este momento.

Odiaba formar parte de una familia que generaba interés en el público, pero la riqueza tendía a provocar ese efecto. Aunque el compromiso de Linc y Jordan había saltado a los medios, aún no se sabía que iban a tener un hijo y planeaban celebrar pronto una ceremonia íntima. No habían querido eclipsar la boda de Chloe casándose deprisa.

—Yo tampoco suelo prestar atención a esos cotilleos de mierda. Nadie se merece estar en el punto de mira. —Desvió la mirada y luego preguntó—: ¿Tú estás bien? ¿Después de todo lo que pasó con la boda? —Era la primera vez que le preguntaba por su estado emocional, y no pudo evitar sincerarse.

Pasó el dedo por el borde de la taza:

—Estoy triste por haber perdido la vida que creía que quería. Pero no por Owen. Estoy mejor sin él.

Beck sonrió:

—Me alegra oírlo. Es importante hacer esa distinción. Te ayudará a sanar más rápido. —Ella asintió, y él siguió preguntando—: ¿Y lo de volver a trabajar para Linc? ¿La luna de miel no duraba una semana?

—Dos semanas. Nadie me espera todavía. —Y ahora que se había presentado al concurso, quería perfeccionar su presentación.

—¿No te aburres en casa? —Él bebió un trago de café, y la mirada de ella se dirigió a sus labios, de aspecto suave. Labios que la habían besado con talento y pericia, excitándola más allá

de lo imaginable.

—¿Chloe?

Atrapada por la mirada y consciente de lo que había estado recordando, sacudió la cabeza con la esperanza de no estar sonrojada.

—Estoy bien. Descansar y relajarme me viene bien. Como una luna de miel, ¿eh?

El timbre del teléfono de Beck frustró cualquier posible respuesta.

Lanzándole una mirada de disculpa contestó con evidentes signos de nerviosismo:

—Mamá, ¿cómo ha ido todo?

Chloe agarró su taza con fuerza mientras él escuchaba lo que su madre le decía, rezando por que fuesen buenas noticias. No podía descifrar mucho de los gruñidos y “ajás” que oía.

—Vale, mamá. Lo entiendo. Te quiero, y dile a papá que a él también. Luego te llamo. — Escuchó un poco más y añadió—: Estoy bien, te lo juro. Hablaremos pronto. —Colgó y miró a Chloe con expresión sombría.

—¿Y bien?

Expulsó una profunda bocanada de aire:

—Han encontrado algunos pólipos y les realizarán las correspondientes biopsias. Tenemos que esperar los resultados.

Ella asintió:

—Vale, que no haya malas noticias es una buena noticia, ¿no?

Con la mandíbula tensa, se encogió de hombros:

—Ya veremos. He aprendido a no fiarme de lo que prometen los médicos. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Chloe entrecerró la mirada, preguntándose qué le había hecho desconfiar tanto de la profesión.

—Tu hermano es pediatra, ¿verdad? —Beck lo había mencionado en algún momento de la semana pasada. Él asintió con la cabeza, y ella añadió—: Sé que no es lo mismo, pero ¿por qué no le preguntas su opinión? —Odiaba verlo tan disgustado.

—Gracias por tu ayuda. Mejor me cambio y voy al gimnasio a hacer ejercicio. Me sentiré mejor después de darle al saco.

Lo miró irse, preocupada por lo retraído que se había vuelto de repente.



PASARON UN PAR de días, durante los cuales Beck esperó con angustia los resultados de su padre. Intentaban no hablar del tema, pero la sombra planeaba sobre todo lo que Beck sentía y hacía. Pasó mucho rato en el gimnasio, machacando el saco de boxeo, tratando de aliviar la frustración que le producía la posibilidad de volver a lidiar con un cáncer en la familia. Solo de pensarlo, el viejo miedo a lo que eso suponía resurgía en él.

De vuelta al apartamento, a menudo percibía una expresión de preocupación en el rostro de Chloe, que lo miraba fijamente, sintiendo su angustia. ¿Por qué no le contaba que había perdido a su hermana por un cáncer, la misma enfermedad por la que temía perder a su padre? Porque no soportaba hablar de ello. Cuando pensaba o hablaba del pasado, el dolor volvía con la misma intensidad y brutalidad del primer día.

Prefería centrarse en otras cosas que pudiera controlar, y tras un par de días observando a Chloe abatida por la casa, se dedicó precisamente a eso. Esperaba que a Linc le gustaran las sorpresas, porque estaba a punto de recibir una grande.

Beck, que nunca había querido contar con un conductor privado, cogió un Uber hasta

Kingston Enterprises. Se acercó al mostrador de recepción, se identificó con su carnet y, tras una rápida llamada telefónica, fue escoltado al despacho de Linc.

Una recepcionista lo guió a través de la oficina, decorada tal y como le había dicho Chloe, en un sobrio azul marino y taupé, como tantos otros lugares que había visto. No era de extrañar que Chloe estuviera deseando innovar. La mujer vibrante que había conocido la noche de su boda y la mañana siguiente se iba marchitando lentamente cuanto más tiempo permanecía encerrada en su apartamento. Y no mejoraría si seguía trabajando con Linc.

Pero lo más urgente era sacarla de ese estado depresivo. Estaba claro que no tenía ningún plan para el futuro, y al parecer necesitaba a esas personas que estaba evitando más de lo que quería admitir.

Se acercó a un escritorio, donde su prometida y asistente personal se sentaba, custodiando su despacho.

Jordan se puso en pie al verlo:

—Tengo que admitir que me sorprendí cuando el vigilante llamó y dijo que habías venido a ver a Linc.

—Yo también. —Linc, vestido como siempre de traje y corbata, estaba en el marco de la puerta—. Pero ya que mi hermana se está alojando en tu casa, supongo que tendremos algo de qué hablar. Pasa. —Miró a Jordan—. ¿Quieres venir? De todas formas vas a escuchar —dijo con una sonrisa que Beck sabía que reservaba para muy pocos—. Imagino que no te importa.

—En absoluto —dijo Beck. No había sido una pregunta, de todos modos.

Beck hizo un gesto a Jordan para que le precediera y entraron en el despacho. Jordan cogió una silla. Linc se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados.

Y Beck se quedó de pie frente a él:

—Qué despacho más acogedor.

—Déjate de tonterías —refunfuñó Linc—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Chloe está bien?

—Sí —contestó de inmediato, porque no quería que Linc pensara que a su hermana le pasaba algo—. Pero la encuentro rara. No sé si está deprimida, pero sí muy abatida.

Linc se puso rígido:

—¿Y cómo lo sabes? Apenas la conoces —dijo, apretando los dientes.

—Linc. —Jordan se levantó y se acercó a él, poniéndole una mano en el hombro—. Deja que se explique sin saltarle a la yugular.

Beck le dedicó una sonrisa de agradecimiento:

—Chloe no ha salido ni una sola vez del apartamento, y no parece tener motivación para hacer nada. Se lo pasó muy bien cuando Aurora fue a visitarla, pero ni se planteó salir a dar un paseo. Tal vez fuese por el bebé, no lo sé. Pero creo que deberías saberlo.

Linc asintió, asimilando las palabras de Beck:

—Necesita a su familia, que es lo que llevo diciendo desde el momento en que ese capullo la dejó plantada en el altar —murmuró.

—Pero es adulta y eligió quedarse conmigo. Estoy teniendo el detalle de venir en persona para informarte de cómo se encuentra.

A sus palabras le sucedió un largo silencio, y Beck pensó que Jordan tendría que darle un codazo a Linc para que le diera las gracias, pero este consiguió hablar primero:

—Gracias —dijo finalmente.

—Lo hago por Chloe. —Beck necesitaba dejar clara su posición.

—Cuidaremos de ella —dijo Jordan, y Beck no dudó de que lo decía en serio. Linc también.

Al igual que Beck y su familia, los Kingston estaban muy unidos.

Una vez cumplida la misión, Beck se dio la vuelta y salió de la oficina, dirigiéndose de nuevo al centro, a su loft. El hecho de que Chloe estuviera allí esperándole lo hacía mucho más bonito.

Capítulo quinto

EXCEPTO POR LA visita de Aurora, Chloe había conseguido mantener alejada a su familia durante más de una semana. Y si hubiese sido Linc quien la hubiese llamado para verla, habría intentado posponerlo. Pero a Xander no podía hacerle eso. Su hermano, un *exmarine* reconvertido en escritor de novelas de intriga, llevaba un estilo de vida solitario, pasando la mayor parte del tiempo en su casa de East Hampton y viajando a su apartamento de Manhattan solo cuando era necesario.

Si Xander quería verla, Chloe no podía negarse. Sugirió que se reunieran en la finca de su madre en Brookville, que estaba a medio camino, una hora de viaje para ella y media hora más para él. Le dejó una nota a Beck para que no se preocupase por ella cuando volviera del trabajo, pidió un Uber y se dirigió a casa de su madre.

Cuando el coche se detuvo delante de la verja, Chloe bajó la ventanilla e introdujo el código. Las puertas se abrieron lentamente y el conductor se detuvo ante la casa en la que había crecido. Enorme y con suficiente terreno como para que su padre la denominara la Hacienda Kingston, así era su hogar.

Dio las gracias al conductor y salió del vehículo, y al instante vio no solo el todoterreno BMW de Xander, sino también el Range Rover de Linc y el extravagante superdeportivo Ferrari V12 edición limitada de Dash. Para su hermano el vocalista de los Original Kings y rutilante estrella de rock, el coste de un deportivo así era calderilla. Su fama era tal que, en comparación, todo el bombo que se le daba a su “no boda” en redes sociales y Page Six parecía una nimiedad. Le sorprendió que también estuviera en casa de su madre. Tendría que estar concentrado componiendo y ensayando las canciones para la gira que el grupo estaba organizando. Sin embargo, Dash estaba allí con toda la familia.

Solo podía significar una cosa: le habían montado una encerrona.

Una oleada de cólera la inundó aunque al mismo tiempo comprendía cuán preocupados estaban. Al fin y al cabo, si la situación fuese la inversa y a uno de sus hermanos lo hubiesen dejado plantado en el altar para acto seguido refugiarse en casa de un extraño, ella también estaría terriblemente preocupada. Pero eso no les daba carta blanca para manipularla.

La puerta principal no estaba cerrada con llave y entró, siguiendo el sonido de las voces hasta el gran salón familiar, que su madre reformó poco antes de que el padre de Chloe falleciera de un ataque al corazón.

Se detuvo en la amplia entrada, observando los recargados muebles tapizados con motivos florales en contraste con la oscura madera. Todo del gusto de su madre. No el de Chloe.

En silencio esperó hasta que uno por uno se percataron de su presencia.

—Cariño, cuánto me alegro de que estés en casa. —Su madre se acercó y la abrazó, y Chloe dudó que fuese cómplice de la emboscada.

—Hola, mamá. —Le devolvió el abrazo, empapándose de su familiar aroma.

Al separarse encontró la mirada de Xander:

—Tú —dijo, señalando a su barbudo hermano—, te has aprovechado de mi confianza.

—¡Ey! —Levantó ambas manos—. Solo te dije que quería verte. Con un poco de insistencia por su parte. —Xander inclinó la cabeza hacia Linc y Jordan refunfuñó.

—¿No puedes mantener la boca cerrada? —farfulló Linc.

—¿Qué? ¿No es obvio que esta reunión es para darle *la charla* a Chloe? —apuntó ella, entrecomillando con los dedos la palabra *charla*.

—Creía que solo habíais venido de visita —dijo su madre, mirando con desaprobación a sus hijos varones.

Linc se acercó a Chloe:

—Bueno, ahora que has venido, ¿puedes entender al menos que estemos preocupados por ti? ¿Encerrada en casa de Beckett Daniels, un hombre al que ni siquiera conoces? —Extendió una mano para tocarle el brazo, y ella se apartó de un tirón.

Chloe bajó los hombros y volcó sobre ellos gran parte de su enfado:

—Claro que entiendo que estéis preocupados. Yo también lo estaría si os hubiese pasado a vosotros. Pero me quedo en casa de Beck precisamente porque él no me presiona. Me da tiempo para pensar y reevaluar mi vida. Que es justo lo que tengo que hacer después de todo lo que me ha pasado.

Dash, que estaba apoyado contra una pared lejana, se enderezó:

—Está bien que se tome un tiempo para sopesar sus opciones y decidir qué quiere hacer con su vida —dijo, y Chloe le lanzó una mirada de agradecimiento.

—¿Sin hacer nada? ¿Sin siquiera salir del apartamento? —preguntó Linc—. No creo que eso sea sano.

Chloe entrecerró la mirada:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Yo no he dicho nada! Lo juro. Excepto transmitir tu mensaje a Linc—dijo Aurora, obviamente temerosa de que Chloe pensara que había filtrado algo que provocara esa encerrona después de visitarla en casa de Beck.

—Lo sé. —Chloe suavizó su expresión al encontrarse con la mirada de su hermana—. No has hecho nada malo. —Por desgracia, tenía la sensación de saber quién estaba en realidad detrás de esa reunión.

Y si Beck quería que se fuera, solo tenía que pedírselo. No hacía falta que se reuniera a sus espaldas con su hermano, un hombre a quien ni siquiera soportaba, para librarse de ella.

Un agudo dolor comenzó a gestarse en su interior:

—¿Qué te ha dicho Beck? —preguntó a Linc, hablando por encima del doloroso nudo en la garganta.

Jordan se adelantó y apartó a Linc de un codazo:

—Basta. Ya le has hecho bastante daño —dijo—. Mira, Chloe, como Beck te ha visto muy abatida y está preocupado por ti, pensó que quizá te vendría bien hablar con tu familia.

Tragándose el sentimiento de traición para después, asintió:

—Os lo agradezco, pero nadie tiene que preocuparse por mí. Tengo un par de ideas en mente —dijo en un intento de tranquilizarlos.

—¿Como volver al trabajo? —preguntó Linc, sonando esperanzado.

—Linc, deja de ser tan insistente. Chloe ya sabe cuánto te preocupas por ella, pero te estás pasando. —Su madre la miró y le dedicó una cálida sonrisa—. ¿Y *qué* has decidido, cariño?

Chloe se frotó las manos por los brazos. Suspiró, sabiendo que no le quedaba otra opción que soltarlo, y se volvió hacia su hermano mayor:

—Hace tiempo que no estoy contenta en el trabajo.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? —preguntó Linc.

Chloe parpadeó, pensando en lo obtusos que podían ser los hombres. No captaban las señales

más obvias.

—Sabes de sobra mi deseo de innovar con un diseño más ecléctico en las construcciones modernas y de poder mostrar mejor mi talento. Pero tú siempre lo cortas de raíz.

Él frunció el ceño y no respondió de inmediato, lo que significaba que al menos estaba teniendo en cuenta sus sentimientos. Linc la adoraba. Todos la adoraban y, dado que había sido Beck quien promovió esa reunión, Chloe podía entender que estuvieran aún más preocupados.

—Lo hago porque mi filosofía es no cambiar lo que funciona —dijo por fin.

Chloe suspiró:

—Y respeto tu olfato para los negocios, pero necesito algo que me haga sentirme realizada como diseñadora. —Respirando hondo, añadió—: Me he presentado al Concurso Online de Diseño Profesional de Interiores de Elevate Designs. —Exponerse no le fue fácil. Contarle a su familia sus intenciones significaba que, si fracasaba y no ganaba el concurso, lo sabrían. De ser así, tendría que arrastrarse hasta Linc con el rabo entre las piernas, y no quería ni pensar en esa posibilidad.

La sorpresa inundó la mirada de su hermano mientras el resto de la familia permanecía en silencio. Supuso que los demás no tenían ni idea de qué iba el concurso, pero él sí. Le había mostrado los proyectos ganadores de años anteriores y él los había desdeñado diciendo que “*no encajaban con el estilo Kingston*”.

—¿De qué va el concurso? —preguntó Aurora.

Chloe sabía que era el momento de dar ese salto al vacío y revelar sus sueños y esperanzas:

—Es un importante concurso de diseño de interiores. Este año el ganador, además de ser contratado por la empresa, será el director de la sucursal de Nueva York que planean abrir el año que viene.

Linc se quedó pasmado:

—¿Estás pensando en dejar el negocio familiar?

Chloe levantó la barbilla, orgullosa:

—Si gano, sí.

Xander aplaudió, apoyándola:

—¿Por qué no? Ni Dash ni yo formamos parte de Kingston Enterprises. —Tras acercarse a grandes zancadas, pasó un brazo por los hombros de Chloe—. Aurora tampoco.

—Pero ella tiene esa opción si lo desea. —repuso Linc, mirando a Aurora con cariño—. Y en cuanto a vosotros dos, tenéis talentos que os han llevado por otros caminos —dijo sobre Xander y Dash.

—¿Y yo no? —preguntó Chloe, dolida por su insinuación.

Linc negó con la cabeza:

—No quería decir eso. Es solo que...

Chloe agitó la mano en el aire, cortándole el diálogo:

—Sé que tienes buenas intenciones, pero ahora mismo no estás ayudando sino empeorando las cosas.

Estaba en la naturaleza de Linc tomar el mando, para ella la figura paterna que su padre nunca había sido. Pero estaba en un punto en el que quería vivir su propia vida y necesitaba desesperadamente que Linc lo entendiera. Todos los demás parecían hacerlo.

Recorrió la habitación con la mirada:

—Os quiero a todos y os doy las gracias por preocuparos. Prometo que si os necesito, os llamaré. —Sacó su teléfono, abrió la aplicación de Uber y pidió un coche.

Acto seguido salió de la sala, dejándolos hablando detrás de ella.

Respiró el aire primaveral y, como tenía tiempo, se sentó en los escalones de la entrada. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras esperaba a que la recogieran.

Linc quería que todo el mundo fuese feliz, pero bajo su protección y sus condiciones. Durante años Chloe respaldó sus ideas, lo que podía darle a entender que su forma de hacer las cosas era la mejor. Sin embargo, había dado el primer paso hacia la independencia y estaba aterrorizada por lo que pudiera pasar si fallaba.

Oyó el ruido de la puerta principal al abrirse, pero no se volvió para ver quién era.

Xander se agachó junto a ella, estirando sus largas piernas en los escalones que conducían al sendero de piedra azul:

—Hola.

—Hola. —Chloe apoyó la barbilla en las rodillas.

—Sabes que Linc solo quiere lo mejor para ti, ¿verdad? —preguntó Xander.

Ella le disparó una mirada de asombro:

—¿Lo estás defendiendo?

Xander refunfuñó:

—Los dos sabemos que su forma de decir las cosas no siempre es la más delicada, pero lo hace porque te quiere. Nos quiere a todos. Y terminará acostumbrándose a que hagas lo mejor para ti, aunque no sea lo que a él le gustaría. Te lo prometo.

Chloe consiguió sonreír:

—Lo sé. Y en realidad no estoy enfadada con él ni con nadie de la familia. —Lo de Beck era otra historia.

Xander le dio un abrazo fraternal:

—Por cierto, creo que lo vas a petar en ese concurso.

—Gracias. Eres un hermano mayor bastante guay —dijo, riendo y apoyando la cabeza en su hombro.

—Mira, yo tampoco conozco a ese Beck Daniels, pero tengo la enorme casa de East Hampton y el apartamento de Nueva York, que normalmente está vacío. Puedes quedarte conmigo y tener toda la privacidad que quieras y necesites.

Si se marchaba de casa de Beck, quizás aceptase la oferta de Xander, pero ya lo decidiría después de hablar con su anfitrión.

—Gracias. Si lo necesito, prometo avisarte.

De todos los miembros de su familia, Xander era el que mejor comprendía su necesidad de tiempo y espacio. Sufría un leve trastorno de estrés postraumático por su experiencia como *marine* y prefería los solitarios Hamptons al bullicio de Nueva York. Y toda su familia lo respetaba. ¿Por qué no podían hacer lo mismo con ella?

Se sentaron en silencio hasta que llegó el coche y Chloe volvió a casa para ocuparse de Beck.



CHLOE TUVO UNA hora de viaje de vuelta hasta la ciudad para rumiar su ira y frustración con Beck. Si le preocupaba su bienestar o quería deshacerse de ella, debería habérselo dicho sin rodeos. Entró en el apartamento con la aplicación que él le había programado en su teléfono y lo buscó, empezando por la cocina y la sala de estar, pero no encontró al hombre con el que necesitaba hablar.

Se dirigió a su habitación, dejó el bolso y se quitó los zapatos, observando en el pasillo que la puerta del dormitorio de Beck estaba cerrada. Después del largo día que había tenido, unido al viaje y el tráfico, estaba agotada. Incluso pidió al conductor que parara en un restaurante de

comida rápida para comer algo durante el camino. Pensó que necesitaría toda la energía posible para la confrontación que se avecinaba. Y no pensaba esperar hasta el día siguiente para tenerla.

Salió de su habitación y cruzó el pasillo, llamando a la puerta de su habitación:

—¡Beck, abre! Tenemos que hablar. —Volvió a golpear, y tenía la mano en el aire cuando la puerta se abrió de golpe y Beck se plantó frente a ella.

Le agarró la muñeca antes de que su mano, ya en movimiento, pudiera golpearle en el pecho.

—Joder, ¿qué pasa?

Tenía intención de arremeter contra él por haberle echado encima a su familia, pero no tenía previsto que la recibiera con un chándal gris y el torso desnudo exhibiendo unos definidos pectorales, abdominales, bíceps y tríceps. Por no mencionar el efecto que tiene un chándal en un hombre bien dotado. A Chloe se le secó la boca al ver el formidable bulto bajo el pantalón.

—¿Chloe? —preguntó mientras soltaba su agarre y ella bajaba la mano a su costado.

Se recompuso, enderezó los hombros y recordó el motivo de su visita a la habitación:

—Si quieres que me vaya, solo tienes que pedírmelo. No hacía falta que acudieras a mi familia para que me montaran una encerrona y llevarme de vuelta a casa. —Aunque para ser justos, el único que de verdad la había presionado era Linc.

Beck entornó la mirada:

—No era esa mi intención. Llevas más de una semana sin salir de este apartamento. Has admitido que eres infeliz en tu trabajo, y hasta donde sé no tienes ninguna perspectiva sólida para el futuro. Una mujer brillante y hermosa como tú se merece algo mejor y, dado lo unida que estás a tu familia, creí que ellos podrían ayudarte a salir de ese estado depresivo en el que estás inmersa.

—Oh. —Su mente se regodeó en las palabras “*brillante*” y “*hermosa*”, y parte de su rabia se desvaneció.

—Sí. *Oh*. Y para que conste, si quisiera que te fueras, tendría los cojones de decírtelo yo mismo. —Dio un paso atrás, con una mano en el marco de la puerta—. Entra, hablemos.

De repente quiso hacer algo más que hablar. La idea de acercarse a aquel hombre, de verse envuelta en toda esa piel desnuda y caliente, la tenía excitada y descentrada.

Excesivamente afectada por su presencia entró en el dormitorio, contemplando su espacio personal por primera vez. Una pared de madera detrás de la cama matrimonial aportaba calidez a la habitación. Los tonos tierra le daban un aire masculino, y había un televisor en la pared frente a la cama. A pesar de que la decoración estaba pensada para un hombre, Chloe se sentía cómoda allí. O lo estaría si la cama no estuviera desarreglada y deshecha, ofreciéndole a su ya acalorado cuerpo sucios pensamientos de lo que podrían hacer entre aquellas sábanas.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Beck de brazos cruzados con una seductora sonrisa, al darse cuenta de que la había sorprendido mirando su cama.

—Me encanta —sin precisar adrede a qué se refería.

Pasó junto a ella y se sentó en el borde del colchón, haciendo un gesto con la palma para que Chloe también se sentara.

Se acomodó a su lado, dobló una pierna y su rodilla rozó su duro muslo:

—Pero en serio, deberías haber hablado conmigo antes si estabas preocupado... por mí.

Beck asintió con la cabeza:

—Tienes razón. Estaba más centrado en que tu familia te ayudara que en cuál era la manera correcta de hacerlo. Lo siento.

Sus labios se crisparon ante su disculpa:

—Estás perdonado. —Hizo una pausa—. ¿Sigue pareciéndote bien que me quede en tu casa?

—Me gusta tenerte aquí. —Sus ojos brillaron con un súbito calor, que igualaba la chispa que él encendía dentro de ella.

—Y a mí me gusta estar aquí.

Le sostuvo la mirada y ella captó la pregunta en sus ojos... ¿Había llegado el momento de que pasara algo entre ellos?



EL PROVERBIAL DIABLO se le sentó en un hombro, instando a Beck a recostar a Chloe en su cama y darse un festín con su tentador cuerpo. En el otro, un ángel le recordaba que acababa de salir de una relación, que era vulnerable y que, si quería volver a intentarlo con otro hombre, no debería ser con uno que tuviera problemas con su familia o, al menos, no con uno de esos hermanos a los que tanto adoraba.

Quería ayudarla, no complicarle la vida. Pero pensar en Chloe con otro hombre que no fuera él sacaba a relucir un cavernícola interior que desconocía.

—Le estás dando demasiadas vueltas. Y te aseguro que puedo hacerme cargo de mis propias decisiones. —Apoyó las manos en el espacio entre ellos y se inclinó hacia delante—. Solo quiero dejarme llevar y pasarlo bien.

Sus labios húmedos le resultaron irresistibles, pero Beck no daría ese paso sin antes decirle toda la verdad:

—No quiero ataduras —verbalizó sin rodeos.

Chloe levantó un hombro con delicadeza:

—Acabo de salir de una. Yo tampoco estoy para ataduras.

—¿Y qué me dices de que eres el tipo de mujer que tiene la palabra *matrimonio* tatuada en la frente? —Y de que se había prometido a sí mismo no incluir en su vida a más personas a las que pudiese perder.

—No pensé que fueras el tipo de hombre que me encasillara sin motivo, solo porque cuando me conociste llevaba un vestido de novia.

Ella se rió de su propio chiste, y él no pudo evitar sonreír también.

—¿Qué hay de nuestro acuerdo de compartir piso? —preguntó Beck.

—Esto solo complicará las cosas si nosotros lo permitimos. ¿Qué tal si nos dejamos llevar?

Beck enarcó una ceja, disfrutando de ese lado descarado y seguro de sí misma, y que tanto le recordó a la mujer que conoció una semana y media atrás. Y ella tenía razón. Dependía de ellos.

Chloe se acercó, con sus labios flotando cerca de los de él. Provocándolo. Tentándolo. Con la polla dura como una roca, lo único que tenía que hacer era tumbarla en la cama y tomar lo que ella le ofrecía.

Porque ella *se estaba ofreciendo*.

—Parece que estamos en sintonía —dijo Beck cerrando la distancia y capturando su boca con la suya.

El beso no fue suave y cariñoso, sino intenso y lleno de deseo y vida, algo que no había experimentado con una mujer... jamás. Con Chloe no se trataba de sacarse las ganas y purgar el deseo, ya era más que eso.

Desde el momento en que la vio, incluso después de enterarse de que era una Kingston, quiso protegerla. No había otra explicación a que la llevase a la *suite* nupcial. Que se quedara a su lado. Le brindase un lugar donde dormir. Que hablase con Linc porque estaba preocupado. Si alguien tenía que entrar en sintonía con no complicar las cosas y levantar muros, era él. Y lo haría.

Pero después de llevarla a la cama.

Separó su boca, se levantó y tiró de ella para ponerla en pie.

—¿Qué haces? —preguntó Chloe.

—Quitarte la ropa para verte desnuda en mi cama. —El deseo en su voz le sorprendió a sí mismo.

Y sin más preámbulos le quitó la chaqueta corta de los hombros y ella se contoneó hasta que cayó al suelo. Luego le levantó el bajo de la camisola y, con su ayuda, la seda le pasó por la cabeza y los brazos, uniéndose al montón de ropa en el suelo al que él había dado inicio.

Su mirada se centró en el provocativo sujetador beige con encaje en los bordes de las copas, sus pezones enhiestos y visibles a través de la fina tela. Estiró la mano y pellizcó una erguida punta, retorciéndola hasta que ella meció las caderas y gimió.

Complacido por su reacción, le prodigó las mismas caricias al otro pezón, sujetándolo mientras ella se aferraba a sus hombros y le clavaba las uñas en la piel. Le gustaba que mostrase sus emociones, que no le ocultara sus reacciones. Desabrochó el sujetador y se lo quitó, dejándolo junto al montón de ropa.

Beck levantó la cabeza y le rozó los labios con un beso antes de desabrochar el botón de sus vaqueros de tiro bajo. Enganchó los dedos en la cinturilla y lo bajó junto al tanga, ayudándola a quitárselos hasta que por fin quedó desnuda.

La miró de arriba abajo y exhaló un fuerte suspiro, con la polla abultándole el chándal y presa de una oleada de deseo casi insoportable. Se arrodilló, le agarró las caderas y le dio delicados besos sobre el vientre, donde antes tenía el tanga. Su sexo goteaba por la excitación, y el aroma le indicaba cuánto lo deseaba. Del mismo modo que su polla palpitante deseaba aliviarse e introducirse en ella.

Chloe arqueó las caderas, empujando su dulce coño hacia delante. Sin más esperas, le separó los labios con los pulgares y le pasó la lengua por el clítoris. Las piernas de Chloe temblaron y volvió a aferrarse a sus hombros, esa vez clavándole las uñas con más fuerza, tanta que no le extrañaría que le quedaran marcas.

La lamió por todas partes, acariciando sus hinchados labios y estimulando su clítoris con los dientes antes de apaciguarla con largos y húmedos lengüetazos.

—¡Oh, Dios! ¡Más, Beck, por favor! Necesito más —dijo, con el cuerpo tembloroso y agitado. Arqueó las caderas y se puso de puntillas, apretándose contra su boca.

La sujetó con fuerza, sin soltarla, sin romper el contacto, decidido a proporcionarle esa liberación que tanto necesitaba. No tuvo que esperar mucho para que explotara y, cuando llegó, levantó la vista justo a tiempo para verla inclinar la cabeza hacia atrás y gritar; y el dolor de las uñas arañándole los hombros no fue nada en comparación con el embeleso del clímax que su boca le producía.

La lamió hasta que se recuperó del orgasmo. Antes de que se desplomara, la cogió en brazos y la recostó en el centro del colchón.

Ella echó el cuerpo hacia atrás contra las almohadas con un gemido:

—Sabes lo que te haces —dijo mientras pugnaba por recuperar el aliento.

Él se rió, le gustaba esa chica:

—Me lo tomaré como un cumplido. —Se bajó el chándal, liberando su dura erección, y se lo quitó de una patada.

Beck trató de recuperar el control sobre sí mismo, cerró un momento los ojos para serenarse y, cuando los abrió, ella lo miraba fijamente con una expresión hambrienta en el rostro.

—Madre mía, Chloe. Deja de mirarme así o no llegaremos a la mejor parte.

—Yo ya he tenido la mejor parte. Estoy esperando a ver cómo lo superas.

Se contagió de la risa de Chloe, y gimió antes de abrir el cajón de la mesita y sacar un condón. Nunca llevaba mujeres a su santuario privado, pero guardaba los preservativos allí para tenerlos a mano antes de salir alguna noche en la que necesitara desahogarse o pensara que los necesitaría.

Rasgó el envoltorio y enrolló el preservativo sobre su anhelante mástil antes de subirse a la cama. Chloe flexionó las rodillas y él cogió una de ellas y la puso contra su vientre, a la vez que se inclinaba sobre su cuerpo y colocaba la polla en su húmeda entrada.

Beck no sabía dónde fijar la mirada, si en su bello rostro o en la visión de ella recibéndolo en sus entrañas. Al final no pudo apartar la mirada de sus cuerpos unidos y, cuando la penetró, el encaje fue tan perfecto que casi se le pusieron los ojos en blanco. Y entonces se enterró por completo en ella y miró sus ojos azules, nublados por el deseo.

Meció las caderas y se hundió aún más. Sus paredes internas se contraían en torno a él, aferrándolo con fuerza, y tras un revoloteo de pestañas Chloe cerró los ojos:

—Qué bueno.

—Puñeteramente perfecto —murmuró Beck antes de retraerse y volver a embestirla, cogiendo un ritmo devastador que ella no tuvo ningún problema en recibir y sostener. Estaban rodeados por los sonidos del sexo: los gemidos de ella, los gruñidos de él, el deseo que lo inundaba a un ritmo tan frenético que le costó no explotar enseguida.

Le preocupaba que ella no pudiese seguir su impetuoso ritmo, y cuando aminoró la marcha Chloe le cogió la cara con las manos:

—Más fuerte, por favor —exigió, y enseguida estuvo bombeando duro dentro de ella.

Por los gritos que resonaban a su alrededor, no le cabía duda de que iba a correrse de nuevo, y esperó a que explotara para dar rienda suelta a su ardor. Se le tensaron los testículos, y cuando el orgasmo la atravesó lo arrastró con ella.

«Hostia puta». Nunca había sentido algo así en su vida. Tirado encima de su cuerpo, luchaba por recuperar el aliento, y ella hacía lo mismo debajo de él.

—Entonces así es un polvo de reconciliación. —Chloe abrió los ojos y se encontró con su mirada—. Tengo que admitir que es bastante impresionante.

Perdido dentro de ella todo había sido perfecto pero, justo en ese momento, junto con la conciencia llegó el pánico. Dios, había sentido demasiado, y eso no formaba parte del plan.

«No puede ser».

Beck no iba a permitirlo y se separó de su lado, rodando sobre su espalda sin contestarle nada.

Chloe lo miró confundida, y él no supo qué decir. Se limitó a levantarse, quitarse el preservativo y dirigirse al baño para tirarlo a la basura antes de volver y encontrarla poniéndose la ropa sin mirarlo.

«Mierda».

—¿Qué estás haciendo?

—Evitando que entres en pánico. O mejor dicho, evitar que el pánico que ya sientes desemboque en un ataque de ansiedad. —Se abrochó los vaqueros, se puso la camisola, y recogió el resto de sus cosas.

Beck bajó los hombros y se dio cuenta de que se estaba portando como un imbécil. Eso era exactamente lo que habían acordado. Divertirse sin pensar en el futuro. Lo que podía incluir doble sesión de sexo en una noche. O que ella se durmiera en su cama y en sus brazos.

—Vuelve —dijo, sentándose en la cama.

Pero Chloe negó con la cabeza:

—Ya te lo he dicho, conozco las reglas del juego. También lo que quiero y necesito. Puedes estar tranquilo, Beck. Linc no va a aparecer con una escopeta para obligarte a que te cases conmigo. Hasta mañana.

Salió y cerró la puerta, mientras él no paraba de maldecirse.

Capítulo sexto

CHLOE NO CONSEGUÍA dormir bien por las noches a causa de lo que había sentido como un desplante por parte de Beck, pero esa mañana fue diferente. Se despertó con una actitud completamente distinta. Trató de convencerse que la reacción de Beck no había herido sus sentimientos. Solo se estaba recuperando de una relación fallida y de que la dejaran plantada en el altar. El sexo desenfrenado le venía de perlas. Y el sexo con Beck había sido justo así. Además de alucinante. Alteraría su vida solo si ella lo permitía. Y no iba a permitirlo.

Tras dejar esa noche en el pasado, estaba decidida a volver al mundo. Se duchó, maquilló y eligió uno de sus nuevos conjuntos favoritos, un par de vaqueros negros ajustados, bailarinas Chanel y una masculina camisa blanca cuya parte delantera metió por dentro del pantalón. Se dejó el pelo suelto mostrando sus ondas naturales, se recogió la mitad al estilo JLo y se miró al espejo.

Como sería la primera vez que saldría de casa desde que *eso* ocurrió, si alguna cámara la captaba quería que todo el mundo viera que Owen no la había destruido. Tras tomarse el tiempo necesario para lamerse las heridas, ya no había quien la parase.

Puede que no quisiera volver a trabajar con Linc pero necesitaba un lugar donde centrarse, y esperaba que Beck le permitiera ir a su oficina y así avanzar en su proyecto para el concurso de diseño. También quería empezar a buscar piso. Después de lo ocurrido la noche anterior, no podía quedarse allí mucho tiempo o perdería la cabeza y el corazón.

De camino a la cocina, escuchó la voz de Beck. Percibió que estaba en una llamada de negocios, de modo que cogió su teléfono y se puso a mirar las redes sociales para darle privacidad.

Cotilleando Instagram, se encontró con una foto de Owen entrando en un restaurante de moda con una mujer que era todo lo contrario a ella. Mientras que Chloe tenía curvas, ella era delgada como un palo; la otra era morena y con el pelo por los hombros, en contraposición a su larga melena rubia; y su complexión era mucho más menuda. Él la rodeaba con el brazo —una excesiva muestra de cariño que nunca se había permitido con Chloe— de una forma que denotaba un amor profundo, y el fotógrafo los había pillado mirándose a los ojos.

Tragó saliva. ¿Cómo no se le había ocurrido bloquearlo? Se quedó congelada mirando la foto y se obligó a pensar. No eran celos por el hombre en sí —había aceptado que entre ellos no había ni pizca de emoción—, ni tampoco le cogía de sorpresa que estuviera con alguien. Había sido sincero y le explicó por qué no se presentó en el altar. Pero aún no había superado la insensibilidad con la que manejó el asunto, y nunca había visto tanta felicidad en su rostro. Al menos no cuando estaba con ella.

Beck la llamó desde la cocina:

—Chloe, ¿estás bien? Estaba volviendo a mi habitación y te he llamado dos veces. Te has quedado ahí de pie en estado de *shock*.

Tragando saliva, giró la pantalla de su teléfono hacia él:

—¿Sabes? No es que quiera que vuelva. Es que... —Se interrumpió, sin querer terminar la frase en voz alta.

Owen tenía algo que ella temía no encontrar nunca. Alegría. Satisfacción. Y la certeza de

tener a su lado a la persona perfecta y que correspondía todos esos embriagadores sentimientos de amor verdadero.

—¿Es que qué? —preguntó Beck con ternura.

No pudo mirarle a los ojos ni terminar la frase. Iba en serio cuando le dijo que quería una aventura para pasar el rato, pero también le dijo que casarse era lo último en que pensaba.

Y en eso había mentido.

Y para colmo después de compartir esa increíble experiencia se cerró en sí mismo, y en vez de correr hacia ella corrió *de* ella. Beckett “No quiero ataduras” Daniels no era el hombre indicado para ella.

—Nada importante. —Volvió a coger su teléfono—. ¿Sabes algo de tus padres?

Pudo verle en la cara que se había dado cuenta de que estaba cambiando de tema.

—Si consiguen hablar con el doctor en cuanto abran, a las ocho y media, no debería tardar mucho en tener novedades.

Ella asintió:

—Voy a comer algo, pero quería preguntarte si puedo ir a la oficina contigo... ¿Tienes algún despacho o espacio extra donde pueda diseñar unos bocetos?

Si él no se hubiera cerrado en banda la noche anterior, le habría contado lo de su participación en el concurso y sus sueños para el futuro. Seguro que se habría enorgullecido de que siguiera su consejo y venciera el miedo. Pero de momento se limitaría a ser lo que habían convenido. Una compañera de piso con la que darse un revolcón de vez en cuando.

Beck pareció pensar en algo y asintió lentamente:

—Sí. Tengo una pequeña sala de conferencias que hace las veces de despacho donde puedes instalarte. ¿Te parece bien?

Ella asintió:

—Sí, gracias. —Necesitaba alejarse de la asfixiante oficina donde no había podido expresarse, y ya no quería esconderse del mundo.

—¿En qué estás trabajando?

Abrió la boca para contestar con algún tipo de evasiva y excusa cuando sonó el móvil de Beck, que le dirigió una mirada de disculpa, sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla. Se puso pálido al pulsar el botón de aceptar:

—¿Mamá?

Chloe no lo dudó. Se acercó y le puso la mano en el hombro en señal de apoyo mientras escuchaba las novedades.



BECK TERMINÓ DE hablar con su madre y se reclinó hacia atrás, necesitando el sostén de la pared en su espalda tanto como necesitaba a Chloe. Aunque no quería *necesitar a* nadie.

Ella lo miró fijamente con preocupación en los ojos. Por muy cabrón que hubiera sido, no se alejaría de él en un momento así. Eso demostraba su fuerza, y en ese momento ella tenía más que él.

—¿Y bien? —preguntó.

—Cáncer. —La palabra le supo agria en la boca, y aún no podía hacerse a la idea de que tendrían que volver a pasar por aquel horror.

—Oh, Beck, cuánto lo siento. —Dio un paso adelante y lo estrechó entre sus brazos, ofreciéndole consuelo, y él no fue lo bastante duro como para no aceptarlo—. ¿Qué más sabes?

—Mi madre no ha entrado en detalles, solo que lo han detectado a tiempo. Al parecer está en

estadio uno, tiene que ver a un oncólogo, y probablemente hará falta operar la zona donde se extirpó el pólipo. Y con suerte no hará falta hacer ningún tratamiento después. Y bla, bla, bla —concluyó, sin poder evitar el sarcasmo en su voz.

Chloe entrecerró la mirada:

—Vale, vamos a sentarnos a hablar. —Lo cogió de la mano y tiró de él por el pasillo hasta la habitación, haciendo que se sentara en el borde de la cama—. Antes dijiste que no confiabas en las promesas de los médicos. Y ahora esto. ¿Por qué eres tan escéptico?

Tardó en contestar, no estaba acostumbrado a hablar de su pasado.

—Vale, te lo preguntaré de otra forma. ¿Cómo notaste a tu madre? ¿Le preocupa que los médicos se equivoquen? ¿Quiere una segunda opinión? ¿Está asustada? ¿Desconfiada? —Chloe se aferró al tema y se negó a soltarlo.

Beck bajó la cabeza:

—Dice que confía en el médico, y sigue asegurándose que mi padre estará bien. Pero decía lo mismo cuando diagnosticaron a Whitney. —Sacudiendo la cabeza, murmuró una maldición—. Mierda.

Chloe posó su mano sobre la de él y preguntó con ternura:

—¿Quién es Whitney?

Gimió y se obligó a mirarla:

—Mi hermana, la gemela de Tripp. Murió con dieciséis años. Leucemia.

Chloe se quedó sin aliento:

—No tenía ni idea. Madre mía, Beck. Lo siento mucho. —Le aferró la mano con más fuerza—. Si no quieres hablar del tema, lo entiendo.

Se hizo el silencio entre ellos y, una vez más, se debatió entre abrirse con ella o no. La noche anterior tuvieron conexión física. Hablar de Whitney en ese momento crearía también una conexión emocional, justo lo que quería evitar.

—Ya sabes que mi padre murió de repente —dijo ella, retomando la conversación que él no podía seguir—. De un ataque al corazón. Pero lo que nadie sabe es que para entonces ya sufría síntomas de demencia.

Beck hizo una mueca de dolor. No era el momento adecuado para hablar del reciente lío comercial entre Linc y él, y era irrelevante decirle que había oído rumores sobre la enfermedad de su padre. O hablarle de su acuerdo con él. Eso solo conduciría a tener que hablar de lo que pasó con su hermano. Y sería demasiado para el difícil día que tenía que afrontar. De modo que la dejó continuar.

—Y por muy distante que fuera con mi madre y con nosotros, no quería que él, ni ninguno de nosotros, sufriera viendo cómo la enfermedad lo iba deteriorando. Cuando murió, en parte agradecí que no tuviéramos que hacerlo. Y luego me sentí culpable por alegrarme de que se hubiera ido. —Estaba confiándole algo muy íntimo, con la clara intención de animarlo a que él hiciera lo mismo.

—Lo entiendo, pero no tienes que sentirte culpable. —Beck miró su mano, que aún cubría la suya, y supo que no podía evitar contarle lo de su hermana.

Tragó saliva:

—Tripp era su gemelo, y no pudo soportar ver cómo se iba apagando. Drew estaba muy ocupado haciendo prácticas. Fui yo el que estuvo con ella durante los tratamientos y cuando llegaban los efectos secundarios —respiró hondo antes de continuar—. Los médicos dijeron que tenía muchas posibilidades de vencer al cáncer, y ella les creyó. Mis padres les creyeron. Todos, incluido yo, nos aferramos a esa esperanza. Hasta que fue evidente que no lo conseguiría.

Chloe llevó la mano a su cuello y le enredó los dedos en el pelo mientras se sentaba cerca de él y hacía lo único que estaba en su mano. Escuchar.

—Por eso no me trago todas esas peroratas de los médicos. Hablar es muy fácil. Las estadísticas son solo números y referencias. Nadie sabe realmente qué va a pasar, y mi experiencia con Whitney me enseñó a ponerme siempre en lo peor.

Chloe suspiró:

—Nada de lo que pueda decir cambiará lo que le pasó a tu hermana. Y no puedo prometer que lo de tu padre saldrá bien. Pero una vida sin optimismo no merece la pena. Si siempre esperas lo peor, te perderás todas las cosas buenas que hay en el camino.

Escuchó sus palabras. Pero no estaba seguro de cómo asimilarlas.

—Gracias por decírmelo —dijo en voz baja.

Permanecieron un rato en silencio. La sensación de los dedos en su cuero cabelludo era magnética y reconfortante, aunque también excitante. Pero no actuaría en consecuencia. No era un buen momento.

Diablos, no sabía si volver a estar con ella sería lo más inteligente, teniendo en cuenta cuán profundo le llegaba. Esa escena había sido demasiado íntima.

—Vamos a la oficina —dijo, poniéndose de pie.

Ella asintió:

—Me parece buena idea. Déjame coger mis cosas de la habitación. Ah, ¿y podemos parar en algún sitio para pedir el desayuno? No he podido comer nada y muero por un café.

Ella sonrió, y a Beck le sorprendió la facilidad con la que había aceptado el cambio de tema. Qué fácil era estar con ella, y qué comprensiva era con sus necesidades, ya fuera dándole espacio o apoyo. Su princesa era la mujer perfecta. Para cualquier hombre que no fuera él.



ERAN LAS DIEZ menos cuarto cuando salieron rumbo a la oficina de Beck. Durante el trayecto en Uber Chloe permaneció en silencio, dándole tiempo para que procesara la situación con su padre sin añadir sus propios problemas a la ecuación. Le había brindado un remanso de paz cuando más lo necesitaba, pero él también tenía su vida y sus propios problemas, lo que significaba que ya era hora de mudarse del apartamento. Estaba preparada. Ahora que comprendía mejor qué había detrás del comportamiento de Beck, más le valía estarlo.

Beck siempre esperaba que ocurriese lo peor, temía sufrir una pérdida y, en consecuencia, levantaba muros a su alrededor. No creía en las promesas de los médicos y no quería ataduras. Todo cobraba sentido ahora, en especial su distanciamiento de la noche anterior. Y aunque no tenía por qué gustarle, sí debía respetar sus sentimientos.

Llegaron a la oficina, y se quedó maravillada con el fabuloso edificio:

—Me encanta el vestíbulo —dijo mientras recorrían la entrada. El suelo era de hormigón pulido, las ventanas de acero negro y los apliques de bronce.

—Gracias. Estoy muy orgulloso de todo esto —dijo.

Ella sacudió la cabeza y se rió:

—No es para menos.

Entraron en el ascensor y subieron a la última planta, donde una mujer se sentaba tras un escritorio de mármol.

—Buenos días, señor Daniels.

Beck sonrió:

—Buenos días, Annabelle. Esta es mi amiga Chloe Kingston. Por favor, asegúrate de que no

le falta de nada.

—Con mucho gusto. Encantada de conocerte, Chloe —dijo la guapa morena.

—Lo mismo digo —respondió Chloe con una cálida sonrisa.

Le hizo un recorrido que concluyó en la sala de descanso, donde Beck le dijo que había una cafetería en la planta baja y le presentó a su asistente personal, a quien preguntó si podía conectar el portátil a una impresora de forma inalámbrica.

La atractiva pelirroja, llamada Ronnie, prometió pasar por la sala de conferencias y asegurarse de que tenía la clave del wifi. También dijo que la ayudaría a configurar su ordenador para imprimir.

Beck la acompañó a su lugar de trabajo, una pequeña habitación en la que se instaló. Llevaba meses perfeccionando su propuesta para el concurso antes de dar el salto y presentarse. El escrito incluía una breve síntesis de cincuenta palabras y una descripción del proyecto, que ejercía de guía orientativa para que el cliente confiara en su trabajo y así poder demostrar que comprendía a fondo sus necesidades e incorporaba equilibrio, fluidez y ritmo acordes a la proporción y la escala del proyecto.

Cada vez que revisaba su trabajo, terminaba introduciendo modificaciones en el proyecto y en las propuestas. Pero también existía la posibilidad de terminar perdiendo la perspectiva y lo que lo hacía especial, y si seguía retocando corría el riesgo de que su proyecto se volviera demasiado predecible. Como esos diseños que hacía para Linc y que tanto quería dejar atrás.

Ronnie entró y la conectó a Internet y a la impresora tal como le había prometido, y Chloe estuvo trabajando durante más de una hora. Necesitaba un descanso y se dedicó a buscar piso. Linc la ayudaría en un santiamén si se lo pidiera, pero quería encontrar por sí misma un lugar donde vivir.

Cogió el móvil y llamó a una amiga agente inmobiliaria para explicarle el tipo de vivienda que quería. Amelia prometió enviarle ese mismo día un listado para que le echara un vistazo.

Chloe tuvo que admitir que no le gustaba nada la idea de mudarse del loft de Beck. No solo le encantaba el espacio y la decoración, también disfrutaba de su compañía. Había sido un buen amigo y un gran apoyo, pero cuando le reveló por qué no podía confiar en él a largo plazo, y le contó sus razones... supo que lo mejor sería hacerle caso.

Pasaron un par de horas durante las cuales Chloe, a pesar de sus advertencias internas, perfeccionó aún más la parte escrita. La agente inmobiliaria le envió anuncios de alquileres de diversos tipos de viviendas para que las viera. Imprimió las que le parecieron más prometedoras porque quería ver los planos en un formato más grande.

Luego se dirigió a la sala de descanso y echó un vistazo a la cafetera de cápsulas, pero le apetecía un café de Starbucks. Había visto uno al otro lado de la calle, solo tenía que coger su teléfono para poder pagar con él.

Volvió a la sala y encontró a Beck mirando la pantalla de su ordenador. El archivo del estudio en 3D que estaba diseñando estaba abierto.

—¿Beck?

Se volvió hacia ella. Si ya le parecía sexy antes de acostarse con él, después se lo parecía aún más. Ignorar el tirón de la atracción no era fácil, pero se había prometido a sí misma que lo haría.

—Has hecho una transformación espectacular —dijo, sin volver la mirada a la pantalla—. Has convertido un desangelado estudio en un espacio multifuncional donde vivir. —Se acercó más—. Me encanta la mampara de cristal. Permite que la luz natural llegue a todo el apartamento.

Su entusiasmo la reconfortó. No recordaba la última vez que Linc se había emocionado con

sus diseños o su trabajo. No porque no le gustara lo que hacía. No escatimaba en cumplidos, pero ese entusiasmo era otra cosa.

—Sí. —Se puso al lado de Beck—. El estudio medio mide cuarenta y ocho metros cuadrados, así que tenía que aprovechar hasta el último centímetro sin saturarlo. Mira. —Señaló con el dedo sin tocar la pantalla—. He camuflado una cama abatible que tiene estantes para guardar cosas cuando está cerrada, y estos espejos dan sensación de amplitud.

—¿Esa pared la has pintado de morado intenso? —preguntó.

—Es violeta oscuro, para crear un contraste.

—Humm.

No supo si le gustaba o no el color que había elegido. De repente estaba revelando un secreto que llevaba guardando mucho tiempo, y sintió que estaba exponiendo su corazón y su alma.

—Me gusta —dijo al fin.

Y que validara su trabajo le hizo darse cuenta de cuánto había deseado que admirara sus diseños. Su aprobación le importaba, porque no le había pasado con mucha frecuencia en su vida. Claro que sus hermanos querían lo mejor para ella, aunque con esa óptica de “sé qué es lo mejor para ti porque soy tu hermano mayor”. Pero Beck no tenía nada que ver con su familia. No solo le importaba su opinión, le importaba *él*.

«Menos mal que lo nuestro es puramente físico», pensó con ironía, frustrada consigo misma.

Beck se volvió hacia ella, con curiosidad en la mirada:

—¿Para quién es esto? Porque no puede ser para Linc, es demasiado vanguardista.

Chloe respiró hondo:

—¿Recuerdas cuando hablamos de luchar por nuestros sueños y de ese miedo que a veces me paraliza?

Una sonrisa cómplice levantó sus sensuales labios:

—Sí, y te dije que lucharas por ellos, agarraras al mundo por las pelotas y te lo comieras.

Ella asintió:

—Así es. ¿Has oído hablar del Concurso Profesional de Diseño de Interiores de Elevate Online?

Él asintió con la cabeza:

—Nuestra interiorista me ha hablado de él, junto con las ventajas que conlleva ganar. No quería perderla, así que le subí el sueldo para que se quedara y se abstuviera de participar. —Se encogió de hombros—. No quería que ganara y se fuera de la empresa, no puedo perderla.

Chloe se rió, admirando su actitud chulesca y su olfato para los negocios:

—Bueno, ya he enviado el formulario de inscripción. Y esta es mi propuesta —dijo, agitando una mano hacia el portátil con el corazón palpitándole en el pecho.

Puede que fuese una simple inscripción. Pero para Chloe era un paso de gigante hacia la independencia.

—¿En serio? Es fabuloso —Se volvió hacia ella, la levantó en brazos y le dio una vuelta como celebración—. ¡Enhorabuena!

Cuando la bajó, sus cuerpos se rozaron y una oleada de deseo la recorrió, irguiéndole los pezones. «Gracias a Dios que llevo esta camisa holgada», pensó, aliviada porque no pudiera ver el efecto que provocaba en ella.

—¿Cuándo vas a enviarlo? —preguntó él, con una voz ronca que indicaba que había sentido las mismas chispas que ella.

Centrarse en responder a su pregunta no le resultó nada fácil mientras su cuerpo ardía de calor.

—Cuando deje de intentar que sea perfecto —confesó.

Beck entornó la mirada:

—¿Cuánto te falta para terminarlo?

Pero ni ella podía negar la verdad:

—Ya está terminado. Y cada nuevo retoque le quita personalidad. —Se frotó las manos por los brazos, mostrando de nuevo sus nervios.

Beck apoyó las manos sobre sus hombros:

—Entonces, ¿qué te parece si lo envías ahora mismo? ¿Y esta noche salimos a cenar para celebrarlo?

—¿De verdad? ¿Seguro que estás de humor para una cena? —Había sufrido un duro revés esa mañana, y estaba preocupado por su padre.

Beck inclinó la cabeza:

—No puedo cambiar el diagnóstico, ¿verdad? Quedarme encerrado en casa no me servirá de nada. Este fin de semana veré a mis padres. De modo que sí, estoy seguro. Tenemos que hacer lo que nos haga felices, y hoy toca celebrar tu logro. Sin darle más vueltas, que la vida es corta.

«Se refiere a su hermana», pensó. Podía comprender mucho mejor a Beck, y ella también podría aprender una lección de su pérdida.

Chloe se agarró las manos:

—Las fotos y los pies de foto están colocados y formateados, y los planos completos. La parte escrita también está terminada. —Se mordisqueó el labio inferior—. Tienes razón. Ya es hora.

Sonriendo, le cogió la mano y la acercó al portátil:

—Bien. Es hora de ir a por todas.

Le ayudaba tenerlo a su lado, animándola. Trabajaba en el sector inmobiliario, conocía el diseño y la estética, y confiaba en que no la dejaría hacer el ridículo.

El corazón le dio un vuelco cuando movió la silla y se sentó frente a la pantalla. La mano firme de Beck no se separó de su espalda mientras cerraba el programa en el que había estado trabajando y comenzaba el proceso de envío.



BECK PODÍA SENTIR la tensión que inundaba la habitación. Desde los hombros rígidos de Chloe hasta la forma en que le temblaban las manos al pulsar las teclas, sabía que dar ese paso le estaba costando la vida misma. Y estaba muy orgulloso de ella.

La había presionado, sí, pero en la dirección que ella quería seguir. Solo necesitaba el estímulo adecuado.

Pulsó la tecla final y se quedaron mirando, esperando a que apareciera la confirmación en la pantalla. Y una vez que llegó, le hizo una captura de pantalla.

—¡Hecho! —Se giró hacia él, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas—. Lo he conseguido.

—¡Sí! —Hizo un gesto triunfal con el puño—. ¡Vamos, Chloe! —exclamó, poniéndola de pie—. ¿Cómo te sientes?

Ella le regaló una amplia sonrisa, la más sincera que había visto desde que la conoció en su “no boda”.

—¡Me siento libre! Me preocupaba mucho sentirme una fracasada en caso de no ganar o llegar a la final, pero ahora que ya me he presentado... no pasa nada si no gano. Encontraré otra cosa y volveré a intentarlo. Tengo sueños, y tengo derecho a ellos. —Sus ojos brillaban con

seguridad.

—¡Esa es mi Chloe! —dijo—. Quiero decir...

Chloe sacudió la cabeza:

—No pasa nada. Sé lo que quieres decir. —Ella se alejó, en un claro intento de poner distancia.

Una distancia que él había establecido en primer lugar. Tenía que aclararse con respecto a Chloe, y más le valía hacerlo rápido. No era su estilo jugar al tira y afloja.

Se aclaró la garganta:

—Para que lo sepas, los jueces del concurso son profesionales del diseño, y es bastante probable que alguien se fije en tu trabajo independientemente de si terminas primera o última.

A Chloe le brillaron los ojos:

—No sabes cuánto valoro que creas en mí. Hacía tiempo que nadie confiaba en mi talento. Mis hermanos son maravillosos, pero...

—Ellos tienen su propia versión de qué es lo mejor para ti. Lo entiendo. Creo que si Whitney viviese, nosotros tres haríamos lo mismo. —Dejó escapar un profundo suspiro, sorprendido de lo bien que se sentía confesándolo en voz alta.

Nunca hablaba de Whitney. Se lo guardaba todo en su interior bajo siete llaves, recuerdos que podía sacar y volver a guardar cuando el dolor se le hacía insoportable. Siempre creyó que mirarlos a la luz del día sería demasiado doloroso, pero esa confesión no le dolió tanto como hubiera pensado.

—Oye, ¿estás bien? —Chloe le cogió las manos, y sus frías palmas lo devolvieron al presente.

Parpadeó y se centró en su hermoso rostro:

—Sí. Estoy bien.

—De acuerdo, entonces. —Ella sonrió—. ¿Iba en serio lo de salir a cenar?

—Sí. —Le diría a Ronnie que les hiciera una reserva—. Por supuesto.

—Entonces, ¿te importaría si vuelvo al loft para descansar un rato? Puedo reunirme contigo en el restaurante si te viene mejor.

Su mirada repasó su vestuario, unos vaqueros negros ajustados con una camisa blanca de hombre que no debería realzar su atractivo, pero lo hacía. Y con el pelo ondulado apartado de la cara, recordó el aspecto que tenía la noche anterior con su dura polla dentro de ella y su cálido cuerpo bajo el suyo.

Se aclaró la garganta:

—Pasaré a recogerte, no te preocupes. Tenía planeado tomar una copa con mis hermanos sobre las seis. ¿A las ocho es demasiado tarde?

Ella negó con la cabeza:

—Para nada. —Cerró el portátil y recogió sus cosas—. Llamaré un Uber.

—Deja que te llame un coche —dijo él al mismo tiempo.

Chloe rió, era evidente que estaba de muy buen humor.

—Gracias, pero me encargo yo de volver a casa. Nos vemos esta noche.

Salió dando saltitos de la habitación y la vio marcharse con el pelo oscilando sobre su espalda. Tenía la polla dura bajo los pantalones y el cerebro desbocado, confundido sobre qué hacer con sus sentimientos encontrados hacia ella. De ahí las copas con sus hermanos. Ellos no sabían que iban a quedar, pero los llamaría en ese mismo momento. Necesitaba que lo ayudaran a resolver su conflicto.

Miró hacia la mesa y vio unos papeles que Chloe había dejado allí. Dio un paso adelante para

cogerlos y dárselos más tarde cuando vio la primera página.

Un listado con pisos en alquiler.

Chloe quería mudarse.



DURANTE EL RESTO del día, Beck sintió el deseo de Chloe de marcharse como un puñetazo en la boca del estómago, lo cual no tenía ningún sentido teniendo en cuenta la insistencia de él en mantener las distancias. Por suerte, sus hermanos estuvieron más que contentos de quedar después del trabajo, y a las seis de la tarde entró en el TEN29, una discoteca de lujo no muy lejos de su loft que también abría por la tarde para las copas de después del trabajo.

Beck conoció a los tres propietarios cuando les alquiló el inmueble, de su propiedad. Habían pasado cuatro años desde la inauguración y el negocio iba viento en popa, y Beck les respetaba por ello. Asistía con frecuencia con amigos o con sus hermanos para tomarse una copa a la salida del trabajo y quedarse hasta la noche si le apetecía.

Como quería hablar con Tripp y Drew optó por una mesa en lugar de sentarse en la barra, y esperó a que llegaran admirando la estantería de cristal que ocupaba toda la pared del fondo, atiborrada de botellas de licor.

—¡Hola! —Jason Dare, uno de los propietarios de la discoteca, se le acercó. Compartía el negocio con dos amigos íntimos de la universidad, Tanner Grayson y Landon Bennett. Lo habían bautizado así en honor al hermano de Landon, que murió años atrás durante una novatada que terminó mal.

—Hola, Beck, ¿cuánto tiempo! ¿Cómo te va? —le preguntó, caminando hacia él.

—Ocupado como siempre. ¿Y tú?

Jason se encogió de hombros:

—Igual. Excepto que... —Hizo una pausa, con una sonrisa en la cara que despertó la curiosidad de Beck.

—¿Excepto qué?

—¡Mi mujer está embarazada! —exclamó Jason, con evidente ansia por compartir la noticia. Beck se levantó de su asiento y le dio una palmada en la espalda:

—¡Eso es genial! ¡Enhorabuena!

Jason asintió:

—¿Puedo invitaros a ti —preguntó, mirando por encima del hombro de Beck— y a tus hermanos a una copa para celebrarlo? Aprovecha, que llevo unos días muy generoso.

Beck se rió porque Jason y sus socios nunca le dejaban pagar, lo cual era ridículo y fuente de constantes discusiones. Era su casero y amigo, pero tenía que pagar como cualquier otro parroquiano.

Tripp y Drew se unieron a ellos justo en ese momento.

—Su mujer está embarazada —explicó Beck a sus hermanos.

—¡Enhorabuena! —dijeron Tripp y Drew al mismo tiempo.

—Gracias. Y ahora, ¿qué os pongo? ¿Macallan, como siempre? —preguntó Jason.

—Sí, muchas gracias. Y dale recuerdos a tu hermosa esposa —dijo Beck.

—Y de nuestra parte —añadió Tripp por él y por Drew.

Se acomodaron en las sillas y Beck volvió a sentarse. Hicieron el paripé de ponerse al día con temas laborales hasta que una camarera trajo la botella de whisky escocés y los vasos.

—De parte del señor Dare, que disfruten de la velada. Ha tenido que ocuparse de algo, pero dijo que los verá más tarde. —Les sirvió y se marchó, dejándolos solos de nuevo.

—Ahora que tenemos provisiones, —dijo Tripp— ¿qué está pasando? Supongo que esta reunión a último momento tiene algo que ver con tu huésped. —Alzó su copa—: Por la salud de papá.

—Amén —dijo Beck, entrechocando su copa con las de ellos.

Beck bebió un largo trago mientras pensaba cómo responder.

—Apuesto a que estás loco por Chloe y no sabes qué hacer con ella. ¿Es eso? —preguntó Drew, buscando la mirada de su hermano.

Y Beck ya se arrepentía de haber llamado a esos dos para hablar. Sus hermanos ni siquiera estaban en una relación ni nada parecido. Debería haber resuelto el problema por sí mismo.

—Vale tío, lo siento. Es obvio que algo te preocupa. —Drew se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa—. Desembucha.

Beck frunció el ceño, pero sus opciones eran limitadas. Sus hermanos eran lo único que tenía:

—Ahí voy. Sí, me acosté con ella, y ahora estoy en ese juego de tira y afloja. Lo cual no me gusta nada, porque no es justo para ella. El tema es que Chloe no es como las demás mujeres que he conocido. —Necesitaba un trago, así que bebió otro sorbo, disfrutando del ardor al bajar por su garganta.

—¿Te está presionando para que tengáis algo más serio? —preguntó Tripp, que acababa de salir de una ruptura.

Beck negó con la cabeza:

—En absoluto. Le dije desde el principio que no quiero ataduras, y ella respondió que no quiere meterse en otra relación.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Drew—. Me parece que eres tú quien está complicando las cosas.

«Vaya directo a la mandíbula». Beck bebió un gran sorbo de whisky.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tripp.

—Siento algo por ella —murmuró, no muy contento consigo mismo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la boca de Tripp:

—La madre que me parió.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó Drew.

Beck giró la cabeza para aliviar la tensión de sus hombros:

—Eso no cambia nada. Sigo sin querer tener algo serio con nadie. Los dos sabéis por qué, y no voy a volver a sacar el tema ahora. Y el hecho de que papá esté enfermo es solo un recordatorio de que tengo razón —concluyó antes de apurar el último trago.

Drew levantó la botella y le sirvió otro vaso.

Beck negó con la cabeza:

—No quiero más. Voy a salir a cenar. Con Chloe.

—Escucha. —Tripp se inclinó hacia delante y habló con esa voz tranquilizadora de médico que podía resultar hasta molesta—. Chloe no se quedará en tu casa para siempre, así que diviértete mientras tanto. Explícale tus condiciones y haz que las entienda, y así evitarás comerte el coco, por no hablar de ese tira y afloja que quieres evitar. —Se encogió de hombros—. Es simple.

«Más simple de lo que imaginas, Tripp. Chloe planea mudarse».

—Tiene razón. —Drew dejó su vaso sobre la mesa—. Tampoco estoy del todo de acuerdo contigo acerca de no querer nunca una relación seria. Mira a mamá y papá, y todo lo que han sobrevivido juntos. Me hace pensar que quizás no sea tan malo lo del amor eterno.

Los músculos de Beck se tensaron ante la idea:

—No estoy de acuerdo contigo. No es solo una persona más a la que querer... sino alguien a quien podría perder. —Se aclaró la garganta—. Pero el consejo de Tripp tiene bastante lógica. — Y le ayudó a aliviar el nudo que se le estaba formando en el pecho.

Cambió de opinión, así que cogió su vaso y le dio un último sorbo, aún sopesando sus opciones para al fin decidir que Tripp tenía razón. Si ponía límites a su relación con Chloe, podría manejarlo sin que ninguno saliera lastimado. Y repetiría ese mantra hasta que se lo creyera.

Capítulo séptimo

BECK TENÍA PREVISTO llevar a Chloe al exclusivo club en el corazón de Hudson Yards del cual era socio. Solo la flor y nata podía acceder, y no era una expresión que Beck usara a la ligera. Era el más elitista de los clubes sociales privados. Nunca antes se le había pasado por la cabeza cenar en uno de los reservados fuera del alcance de las miradas curiosas y con acceso restringido, y era probable que jamás volviese a hacerlo. Tenía a su disposición chefs con estrellas Michelin y personal cualificado elegido con esmero de entre los mejores del mundo.

Ya había decidido llevarla allí antes de que Tripp compartiera con él sus sabias palabras acerca de cómo actuar con Chloe, porque Beck quería darle lo mejor. Sí, su familia podía permitirse pertenecer al club, y creía haber escuchado que Linc era socio. Tampoco es que fuera pasando lista de quién lo era y quién no. Pero su instinto le decía que nadie había tratado a Chloe como la princesa que parecía la noche de su fallida boda. Quería ser él quien lo hiciera, sin pararse a pensar en los motivos.

Antes de reunirse con sus hermanos le había mandado un mensaje diciéndole que se pusiera el mejor vestido que tuviese en el armario. Y que en caso de no contar con un conjunto elegante, encargara uno de inmediato. Iba a necesitarlo para la ocasión, y sabía que Chloe tenía los contactos para hacerlo posible.

Eran casi las siete y media cuando entró en su loft, y aún tenía que ducharse y cambiarse. El día se estaba haciendo mucho más largo de lo previsto.

Tan cansado estaba que casi llegó a desear no tener planes para la noche. Hasta que vio a Chloe aparecer por el pasillo. Le bastó una mirada para quedar encandilado. Llevaba un ceñido vestido blanco sin mangas por encima de la rodilla, que abrazaba su estrecha cintura y sus pronunciadas caderas. Pero lo que más le llamó la atención fueron unos tirantes de cuero negro que rodeaban el cuello, pasaban por los hombros y se entrecruzaban en la cintura, acentuando sus pechos. Unos pechos que había sostenido en sus propias manos y que su boca había saboreado.

Ya tenía la polla dura solo de mirarla, pero recordar la noche anterior se la puso como una roca. Forzó a sus ojos a subir hasta su precioso rostro, que lo miraba con interés. El maquillaje destacaba sus ojos azules y sus carnosos labios estaban pintados de un bonito rosa. Se metió una mano en el bolsillo delantero y se acomodó el miembro con muy poca sutileza.

Chloe le dedicó una sonrisa cómplice:

—¿Vas a decir algo o te quedarás mirándome toda la noche? Porque, a decir verdad, me vale cualquiera de las dos cosas.

Beck sonrió, dando un paso adelante y tomando su mano:

—Estás preciosa, Chloe. Tu belleza me ha dejado sin palabras.

—Me alegro de que te guste —dijo con una sonrisa de satisfacción en sus hermosos labios.

«Joder, ¿cómo no va gustarme?», pensó Beck.

—Una ducha rápida y estaré listo para irnos.

Ella asintió:

—Date prisa. Tengo hambre.

Otra cosa que le gustaba de Chloe Kingston. No ocultaba cuánto le gustaba comer.

—No te preocupes. He planeado una noche especial que complacerá todos tus deseos. —Y

con un guiño, se dirigió a la ducha. Y puede que también a aliviar la tensión en su entrepierna para sobrevivir a una larga cena antes de disfrutar del postre en la cama.



CHLOE MIRÓ AL seductor hombre al que no tenía ningún derecho a comerse con los ojos, muy guapo en pantalones negros, chaqueta a juego y una camisa blanca desabrochada en el cuello. Recién duchado, el aroma con un toque almizcleño de su *after shave* era irresistible y la embriagaba dentro de la limusina Rolls Royce Phantom de camino al restaurante.

Era más que una limusina, para él era todo un símbolo, que sus hermanos también utilizaban. Por supuesto a Dash, la estrella del rock, le gustaba hacer sus apariciones por todo lo alto; a Xander, el escritor de novelas de suspense, le brindaba espacio y privacidad. A Linc simplemente le gustaba la calidad. Era todo un derroche, y conociendo la sencillez de Beck, que solía desplazarse por la ciudad en Uber y al que no gustaba presumir de ser el hombre rico en que se había convertido, Chloe valoró ese gesto aún más.

Y con respecto al local, se trataba de un club al que también pertenecían su padre y su hermano, pero en el que nunca había estado. Linc no era muy de alternar, pero lo utilizaba para agasajar a los clientes y lograr contratos. Chloe solo sabía que se trataba del lugar más exclusivo de la ciudad, y que Beck tenía un reservado solo para ellos dos.

Otra vez estaba enviando mensajes contradictorios.

—Beck —dijo cogiendo su copa de champán y bebiendo un sorbo del burbujeante líquido—. Sé que aún no nos conocemos bien, pero hay algo que deberías saber sobre mí.

—¿De qué se trata? —preguntó, escrutándola con la mirada. De hecho, apenas podía apartar los ojos de ella, lo que significaba que el vestido estaba cumpliendo con su cometido.

Chloe quería que le prestase atención y comprendiera que no era esa mujer llorona a la que rescató, ni la mujer necesitada que se escondió en su loft durante una semana. No solo estaba encontrándose a sí misma, sino también luchando por sus sueños.

—No soy de andarme con juegucitos, y espero que tú tampoco.

—Vaya, te me has adelantado, pensaba hablar sobre ese tema. —Aunque había bebido un sorbo de champán para brindar por su valentía y la esperanza de un futuro lleno de éxitos, también había pedido un Macallan con hielo, del que bebió un trago en ese preciso momento.

No sabía qué le diría pero no quería ponérselo fácil, así que esperó en silencio. Después de todo, fue él quien la noche anterior se cerró en banda para esa mañana dar otro giro de ciento ochenta grados. Si Beck había estado meditando sobre ello, quería escuchar su explicación.

Beck se reclinó en su asiento, sosteniendo su bebida:

—Te he contado lo de mi hermana. —Chloe asintió, y tuvo el poderoso impulso de cogerle la mano y consolarlo, pero esperó—. Whitney tenía una... especie de lista de cosas que quería hacer cuando se recuperase... y cumpliera los dieciocho. Porque claro, para saltar en paracaídas, volar en globo o ver la aurora boreal necesitaba el permiso de sus padres. O ser mayor de edad. —Le temblaba un músculo de la mandíbula, pero continuó—. Cuando se hizo evidente que no superaría la enfermedad, me hizo prometerle que yo viviría todas las experiencias en su lista.

Dejó el vaso sobre la mesa y ella, incapaz de seguir resistiéndose, se acercó y le puso la mano encima. Él la miró con gratitud.

Le pareció asombroso que su hermana fuese tan madura a una edad tan temprana. Pero enfrentarse a una enfermedad potencialmente mortal haría crecer rápido a cualquiera. Chloe estaba muy triste, tanto por la chica que no tuvo la oportunidad de vivir sus sueños como por Beck, destrozado por haberla perdido.

—La cuestión es —dijo retomando el hilo de la conversación— que le prometí que si no podíamos hacerlas juntos, yo completaría la lista por ella. Y lo he hecho, casi todo. Me falta ver la aurora boreal y el último elemento de su lista.

—¿Cuál es? —preguntó curiosa y con un nudo en la garganta que su historia le había creado.

Beck la miró a los ojos:

—Enamorarme y casarme. —Y acto seguido retiró la mano de debajo de la suya.

Chloe volvió a abrir y cerrar la boca, pero no sabía qué decir.

—El problema es que para entonces ya me había prometido a mí mismo no admitir a nadie nuevo en la lista de personas cuya pérdida me destrozaría. —Tenía el cuerpo tenso, sus músculos rígidos, y de repente parecía estar a punto de salir corriendo.

Pero ella captó el mensaje, y entendía y aceptaba sus motivos.

—Así que nada de ataduras —dijo Chloe—. Y nada insensato como enamorarse o casarse. —¿Por qué se le retorció el estómago tras pronunciar esas palabras?

Beck inclinó la cabeza:

—Lo de anoche fue... intenso, y por un momento me asusté. Pero tras pensarlo mucho he llegado a la conclusión de que el problema está solo en mi cabeza. Tú me has dicho que tampoco buscas nada serio, de modo que no tenía razones para tratarte con frialdad.

Chloe bebió un sorbo más largo de champán, para ordenar sus pensamientos y darle una cuidadosa respuesta:

—Y lo dije en serio. Tampoco estoy interesada en una relación. —Y de verdad no debería interesarle, dado que estaba saliendo de una ruptura.

Beck estudió su rostro, como evaluando si le decía la verdad o no. Y como se relajó, fue evidente que le creyó.

—Por lo que no hay motivo para que no podamos seguir divirtiéndonos mientras te quedas en mi casa. Si eso es lo que quieres. —Levantó una ceja y esperó, y las palabras quedaron flotando entre ellos.

Su sugerencia de seguir durmiendo juntos pero con un límite temporal la tomó desprevenida. Otra vez.

¿Quería enrollarse con Beck hasta que se mudara? Claro que sí. Aunque tuviese que tener mucho cuidado con sus sentimientos, porque la realidad es que ya le pasaba algo con ese hombre que, obviamente, quedó roto cuando su hermana murió y que tenía demasiado miedo de pasar página abriéndose a otras personas.

—¿De eso se trata todo esto? —Hizo un ademán como abarcando la habitación—. El exclusivo club, el reservado, la música ambiental, la ropa elegante... ¿acaso me ha invitado a cenar con la esperanza de convencerme para que vuelva a acostarme con usted, señor Daniels? —Porque tenía que confesar que, si ese era el caso, no requería de tanto esmero por su parte.

Una provocadora sonrisa salió de sus labios:

—En realidad, no. Lo hago porque te lo mereces. Has dado un gran paso y eso hay que reconocerlo y celebrarlo. —Deslizó los dedos entre los de ella y le besó el dorso de la mano—. Y eso es justo lo que vamos a hacer, independientemente de lo que decidas sobre nosotros.

Chloe parpadeó y suspiró. Siempre conseguía sorprenderla. ¿Cómo no derretirse teniendo él esos detalles tan bonitos, como preocuparse por sus necesidades y alentarla a cumplir sus sueños?

No podía rechazar su oferta. Aprovecharía el tiempo con él y lo disfrutaría mientras pudiera.

—Trato hecho —susurró—. Hasta que me mude.

Sus preciosos ojos verdes se clavaron en los de ella:

—¿Y es algo que piensas hacer pronto? Te dejaste un listado de alquileres en la sala de conferencias, y quiero que sepas que no tengo ninguna prisa porque te vayas.

No pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza. Otra vez esos mensajes contradictorios.

—Es el momento de que empiece a buscar algo. Ya es hora de que me valga por mí misma. —Hizo una pausa—. Y mientras tanto, aprovechemos al máximo el tiempo que nos queda.

—Brindo por eso. —Acercó su copa a la de ella, echó la silla hacia atrás y se levantó.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniéndome cómodo. —Rodeó la mesa y se deslizó a su lado en el cómodo banco. Le pasó el brazo por la espalda y sus ásperos dedos le rozaron el hombro desnudo.

Un calor inundó todo su cuerpo y la excitación se disparó en su interior. No estaba segura de lo que le esperaba pero, una vez superada la incómoda conversación, pudo relajarse y disfrutar. A pesar de tenerlo pegado a ella y de tener su cuerpo en alerta máxima, tuvieron un divertido y relajado toma y daca.

Desde que se mudó, había aprendido mucho sobre él. Prefería los *thrillers* a las comedias, tanto en el cine como en la lectura, prefería un libro físico a uno electrónico, leer a ver la televisión, y no tenía paciencia para maratones de series. Ella, en cambio, siempre prefería las comedias románticas, le gustaba leer novelas de amor en una tableta o en su teléfono, y tampoco disfrutaba perdiendo horas y horas atracándose a series.

Pero esa noche no se trataba de lo cotidiano. Esa noche era la primera en la que se centraban exclusivamente el uno en el otro de un modo que permitía que la tensión sexual estuviera presente y bullera entre ellos. Y a pesar de su amistad, que le constaba que era auténtica, la velada estuvo plagada de insinuaciones, desde el momento en que él echó su silla hacia atrás y tomó asiento junto a ella. Sin contar que de primer plato pidieron ostras.

Beck le acercó una para que comiera directamente de la concha, y ella lo hizo sin apartar la mirada de sus ojos, cargados de deseo, mientras masticaba y tragaba. Acto seguido pudo observar el movimiento de su garganta al comer, y una corriente de deseo la golpeó con fuerza y sus bragas se humedecieron solo de verlo.

Por desgracia, aún les quedaban tres platos por delante, pero se dedicó a disfrutar cada uno de ellos. Ensalada de rúcula con peras y *prosciutto*, pechuga de pato con salsa dulce de cerezas como plato principal y un succulento *soufflé* de chocolate con helado de vainilla. Todo acompañado de Bling H2O servida en una botella de edición limitada de cristal esmerilado y cubierta de cristales de Swarovski aplicados a mano.

A pesar de lo privilegiada que había sido su vida, una botella de agua de cincuenta dólares era un despropósito incluso para ella. Pero apreciaba el mimo que le había puesto a esa comida y nunca olvidaría que lo había hecho para que se sintiera especial.

La conversación fue derivando de cómo llevaba su familia el diagnóstico de su padre, algo que Beck no sabría con seguridad hasta que cenara con ellos la noche siguiente, a si ella tenía un plan B en caso de no ganar el concurso. Se descubrió contándole que quería abrir una tienda de diseño donde poder elegir a sus propios clientes de acuerdo a su visión creativa. Una vez más, él la apoyó y le ofreció toda la ayuda que necesitara. Sin hacer preguntas.

Se encontraba tan relajada y a gusto que no pudo contener la pregunta:

—Bueno, y ¿qué pasó entre Linc y tú? Cuando fui de visita a la universidad los dos vivíais juntos y erais mejores amigos, luego escuché que te mudaste y él no volvió a hablar de ti. Hasta que ambos acabasteis siendo rivales en el sector inmobiliario.

Beck se quedó inmóvil, claramente sorprendido por la pregunta:

—Tuvimos una discusión —dijo por fin.

«No me digas», pensó con frustración.

—Por supuesto que discutisteis, pero ¿no vas a contarme por qué? —Le había dado pequeños bocados a su *soufflé* y posó el tenedor tras decidir que ya no podía comer ni un bocado más.

—En realidad no hubo un *por qué*, más bien un *por quién*. —Se frotó las manos antes de mirarla a los ojos—. Y por mucho que me gustaría contártelo, por respeto a ti y a tu relación con tu hermano, no seré yo quien lo haga.

—¿Os habéis peleado por una chica? —preguntó, atando cabos. Se sorprendió, porque esa idea no se le había pasado por la cabeza.

—Chloe... no insistas con esto. Mejor háblalo con Linc. —Beck hizo ese característico gesto con la mandíbula que hacía cuando pensaba mantenerse en sus trece—. Confía en mí, ¿vale? Si creyera que me corresponde a mí contártelo, lo haría.

—Pero no lo harás porque estás protegiendo mi relación con Linc. —No lo entendía, pero aceptaba su petición—. De acuerdo.

—Gracias. Entonces, ¿tenías ese vestido o lo encargaste a uno de tus *personal shoppers*? —preguntó, con sus iris oscureciéndose al posarse en sus pechos, ligeramente elevados por los tirantes que los sostenían.

Chloe transigió con el cambio de tema y sonrió:

—¿Tú qué crees?

Beck pasó el dedo por la tira de cuero, y todo el cuerpo de Chloe tembló ante su contacto, que incluyó deliberadamente la parte inferior del pecho.

—Creo que has encargado algo especial solo para mí. —Recorrió con el pulgar sus pezones duros y erguidos por sus provocadoras caricias—. Y te agradezco el detalle, porque no puedo apartar los ojos de ti. —Su mirada era ardiente y seguía clavada en el pecho de ella.

A pesar de no llevar nada de escote y de que sus pechos estuviesen cubiertos, el vestido conseguía provocar, justo lo que ella quería.

—¿No quieres más postre? —preguntó Beck.

—No, gracias. —Negó con la cabeza y suspiró—. Ha sido la mejor cena de mi vida.

La sonrisa con la que Beck le respondió la calentó por dentro.

—Ese era el plan —dijo—. Y ya que los dos estamos llenos, bailemos antes de irnos a casa.

Por muy llena que estuviese, se moría de ganas de restregar su cuerpo contra él.

Se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse sobre sus tacones. Como si lo tuviese preparado, la música subió de volumen y la estrechó entre sus brazos.

Durante los primeros minutos mantuvo una posición respetuosa mientras se balanceaban al ritmo de la música, pero conforme avanzaba la canción, más íntimo se volvía el contacto. Él dirigió la mano a la parte baja de su espalda, y luego bajó los dedos para ceñirle el culo y atraerla contra su dura y gruesa erección.

—Hace tiempo que no bailo —le murmuró Beck al oído.

Ella subió las manos a sus hombros:

—Esto ya no se parece en nada a un baile —dijo, y la grave risa de Beck resonó en su interior.

—Es que no lo es. Son preliminares.

Esas palabras fueron como una descarga directa a su clítoris.

—Es una tortura que aún nos queden veinte minutos de coche para llegar a casa. —Y ya estaba empapada por él.

—El interior de la limusina tiene un tabique separador que deja la cabina completamente

insonorizada. —Inclinó la cabeza, posó los labios en su cuello, y le acarició la oreja con la nariz antes de pellizcarle el lóbulo.

Sus pezones se tensaron aún más y se frotó contra su erección, provocando un poderoso estremecimiento que la recorrió por dentro, y clavó las uñas en la tela de su chaqueta.

—Tenemos que irnos. —Ya le flaqueaban las rodillas al pensar que pronto lo acogería en su interior.

Sus ojos verdes, ardientes de deseo, encontraron los de ella y respondió con un rápido ademán de cabeza:

—Vamos.

La cogió de la mano y se dirigieron hacia la puerta, deteniéndose apenas para que Chloe cogiera su bolso antes de salir corriendo hacia la limusina.



BECK NO SABÍA qué tenía Chloe para atraerlo tanto, y que la relación se volviera tan cercana a pesar de sus intentos por evitarlo. Qué fácil resultaba conversar con ella. Lo consolaba con el asunto de su padre, sentía curiosidad por su vida y su trabajo, y a pesar de haberse criado entre algodones tenía los pies en la tierra. No esperaba que la trataran como a una princesa, y se sorprendía y daba las gracias cada vez que tenía un detalle con ella.

Al contrario de muchas de las mujeres con las que había salido, que claramente se le acercaban por su dinero y los privilegios. Por eso rara vez tenía más de dos citas con la misma chica. Como máximo, tres. Había oído a sus hermanos utilizar la palabra “*follamiga*” y, aunque entendía el concepto, le preocupaba que las mujeres interpretasen una tercera cita como una señal de que quería algo más.

Claro que habría mujeres de las que poder fiarse, pero la mayoría solía decirle que les parecía bien tener “solo sexo” cuando en el fondo esperaban ser la que lo metiera en vereda.

Sin embargo ahí estaba, con la cabeza hecha un lío por Chloe Kingston. Lo irónico era que, cuando ella le dijo que tras el fracaso de su compromiso no estaba preparada para una relación, él la creyó. Y aunque no podía definir lo que había entre ellos, de algo estaba seguro, no era “solo sexo”. «Seguro que su hermano se pone a dar saltos de alegría», pensó con ironía.

Ella le preguntó por qué se había enemistado con Linc, pero estaba convencido de que hizo bien al no contestar. Si hubiese querido vengarse de él, le habría contado toda la sórdida historia y empañado la imagen que tenía de su hermano mayor. Pero le importaba más Chloe que pergeñar un elaborado plan de venganza contra Linc. Eso no estaba en su naturaleza. Puede que lo estuviese haciendo sufrir un poco, sí, pero no estaba con ella por ese motivo.

Cortó sus pensamientos cuando se acercaron a la limusina y el conductor se bajó para abrirles la puerta. Ella entró primero.

—Por favor, conduzca por donde le apetezca hasta que le indique otra cosa —instruyó al conductor, cuya discreción iba incluida en su elevado salario.

—Sí, señor.

Beck subió y la puerta se cerró tras él. De inmediato pulsó el botón para elevar el panel de separación. Encerrados dentro del lujo y el silencio, se volvió hacia Chloe. Tenía un brillo de chica mala en los ojos y, antes de poder pensar en cuál sería su próximo movimiento, ya se había subido el vestido y estaba a horcajadas sobre él con las rodillas a ambos lados de sus muslos.

Deslizó una mano entre sus piernas y se quedó sin aliento al notar lo húmeda que estaba.

—Madre mía.

Ella unió sus labios con los de él al tiempo que balanceaba sus caderas y frotaba el coño

contra el bulto de sus pantalones, lo que puso su polla aún más dura. Esperó poder aguantar, y cerró un puño. Pero la descarada Chloe repitió el movimiento y una oleada de deseo inundó todo su cuerpo.

Beck cerró los ojos y gimió:

—Me muero por estar dentro de ti.

Ella se estremeció al oírlo. ¿Era su imaginación o sus palabras la habían mojado aún más?

—Tengo una solución para calmarte —respondió con voz provocativa.

—¿Sí? —Le apartó el pelo de los hombros y recogió los largos mechones en una mano—. ¿Y cuál es?

Ella se deslizó hacia atrás, obligándole a soltarle el pelo mientras se arrodillaba en el suelo de la limusina. Levantó la mano, le desabrochó el botón de los pantalones y bajó la cremallera que albergaba su anhelante polla. «Vaya, esto no me lo esperaba», pensó Beck. El plan era que esa noche él la complacería a ella.

Sin embargo, él levantó el culo para que ella le bajara los pantalones y los bóxers, y se acomodara entre sus piernas separadas. Acto seguido se alzó sobre sus rodillas, rodeó su duro miembro con los dedos y empezó a bombear con la mano.

Beck no pudo hacer otra cosa que gemir de placer ante sus cálidas caricias, y no le sorprendió que una gota de líquido preseminal se acumulara en la cabeza. Cerró los ojos para contenerse, pero cuando sintió el roce caliente de su lengua un sonido gutural escapó de su garganta.

Al bajar la mirada se encontró envuelto en su boca, y ella levantó los ojos para buscar su mirada. Necesitaba tocarla y tomar algún tipo de control sobre una situación en la que en realidad no tenía ninguno, y enredó la mano en su pelo una vez más. Cuando ella empezó a mamar hasta el fondo, él tiró de su larga melena.

Ella gimió con su polla en la boca, y el sonido reverberó en su interior.

—Tócate —le ordenó Beck, sabiendo que no iba a durar mucho, no con aquellos deliciosos labios envolviéndolo en ese húmedo calor.

Fue apenas consciente de que la mano que Chloe tenía libre, que estaba en su muslo, bajó hasta donde él ya no pudo verla. Pero oyó el sonido de la tela y un trémulo suspiro de placer. Imaginó sus dedos cubiertos por sus jugos y deslizándose sobre su clítoris, moviéndose en pequeños círculos y excitándola.

Su imaginación comenzó a confundirse con la realidad, y cuando el cuerpo de ella empezó a vibrar el contacto de su boca con la polla perdió intensidad.

Saber que ella se estaba tocando los labios de su sexo aumentó y disparó su propio deseo, que se hizo más ardiente. Todo su ser se tensó. De repente, tras detenerse unos segundos, ella comenzó a estremecerse gritando y corriéndose con fuerza, y Beck esperaba con la polla anhelante a que su clímax acabara.

Su mano pasó de tirarle del pelo a deslizarse suavemente por su sedosa melena. Y entonces Chloe volvió a entrar en acción, colocando una mano en la base del pene que subió y bajó, acompañando el ritmo de succión de su boca. Le tiró del pelo y empujó con las caderas hasta que sus bolas le avisaron de que estaba a punto de correrse.

—Princesa, apártate —le advirtió, pero ella se limitó a acogerlo con más intensidad. Tanto su boca como su mano lo agarraron con más fuerza, llevándolo hasta el fondo de su garganta.

De repente sintió cómo toda contención desapareció al estallar el orgasmo apoderándose de él, llenándolo de placer, mientras su largo clímax parecía no tener fin.

Chloe no lo soltó y se tragó todo lo que tenía para darle, y no lo liberó hasta que cayó desplomado contra el respaldo del asiento.

—Hostia puta —murmuró, completamente extasiado.

Chloe se levantó y volvió a sentarse a su lado.

Beck giró la cabeza hacia un lado, encontrando su mirada intensa. Tenía los labios rojos e hinchados y una expresión de satisfacción en el rostro. Se acomodó el vestido con la respiración entrecortada y acelerada.

—¿Estás bien? —preguntó Beck.

Ella se recostó en el asiento:

—Mejor que nunca, y lo digo en serio. —Su expresión se suavizó—. Está muy bien esto de la satisfacción mutua.

Beck entornó la mirada, consciente de que podía tomarse aquel comentario de muchas maneras, ninguna buena para ella. Aunque el placer se lo proporcionó ella misma, él se lo exigió, y se habían corrido casi al mismo tiempo. Tenía la fuerte corazonada de que era la primera vez que le ocurría.

Por puro instinto le pasó una mano por la nuca y la atrajo hacia sí para darle un beso largo y profundo. Uno que él necesitaba y esperaba que ella también.

Impactado una vez más tras ese encuentro sexual, le costó la vida no cerrarse en banda y volver a ser un gilipollas. Sin embargo, se entregó a lo que realmente quería.

Cogió el teléfono y llamó al conductor para pedirle que los llevara a casa. Su cama le esperaba y no había terminado con Chloe. Ni mucho menos.

Capítulo octavo

YA DE VUELTA en el apartamento Chloe se quitó los tacones, y estaba a punto de entrar en su habitación cuando Beck la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia su dormitorio.

—Aún no hemos terminado —dijo con voz ronca.

Teniendo en cuenta que su cuerpo todavía le hormigueaba pero lo sentía sorprendentemente vacío, Chloe no le llevaría la contraria. Dejó los tacones junto a su gran cama y se sentó en el colchón. Él ya había empezado a desvestirse, haciendo un montón con los zapatos y los calcetines. Se quitó la chaqueta, la dejó sobre la cómoda y procedió a desabrocharse la camisa.

Apoyándose con una mano en el colchón, Chloe decidió observar el espectáculo. Cuando se quitó la camisa blanca su piel bronceada quedó a la vista, junto con unos músculos ondulados que debía costarle mucho esfuerzo mantener en forma.

—¿Qué haces en el gimnasio? —preguntó, haciendo lo posible por que no se le cayera la baba.

Beck sonrió y empezó a quitarse los pantalones:

—Hago *cardio* en la cinta de correr, pesas con un entrenador y le doy al saco de boxeo. —Enganchando los pulgares en los laterales, se bajó los pantalones y los bóxers y los envió de una patada a la pila de ropa.

Y si antes creía que su cuerpo le había fascinado, en ese momento el embeleso fue aún más grande. «Muy, *muy* grande», pensó, conteniendo a duras penas una risita muy poco digna de una dama. Sus cincelados pectorales desembocaban en esa forma de V que tanto gustaba y excitaba a las mujeres, y le divirtió constatar que a ella también la encendía.

—Te toca a ti —dijo Beck.

Chloe se puso de rodillas sobre el colchón, le dio la espalda y se apartó el pelo:

—¿Me lo desabrochas?

Se colocó detrás de ella, sintiendo el calor de su cuerpo mientras le bajaba la cremallera del vestido y le besaba el cuello y la espalda. Chloe se estremeció, sus pezones se irguieron en duros picos y su excitación se tornó cada vez más caliente y húmeda.

Con un simple giro de muñeca le desabrochó el sujetador. Y a partir de ahí le resultó fácil quitarse el vestido y la ropa interior de seda, y dejar que le bajara hasta las rodillas. Beck la rodeó con los brazos y le pasó los pulgares por los pechos. Ya estaban muy sensibles, y su respiración se volvió más pesada.

De repente la levantó en peso, le dio la vuelta y la tumbó en la cama, moviendo su culo hasta el borde del colchón. La cama tenía la altura perfecta para devolverle el favor de la limusina, y Chloe no pensaba oponer resistencia. Ya había experimentado el talento de su boca y su lengua, y quería volver a repetirlo.

Beck se arrodilló, le separó los muslos y bajó la cabeza hasta que le acarició el sexo con la lengua. Le puso las piernas por encima de los hombros y procedió a devorarla como si estuviera muerto de hambre. No tardó mucho en hacerla saltar por los aires con un clímax rápido y furioso.

En el tiempo que tardó en volver en sí, él ya tenía puesto el condón y la estaba penetrando, y su cuerpo volvió a reaccionar. Fue más duro y rápido que la primera vez... un frenesí provocado por toda una noche de preliminares. Los dos se habían corrido ya, sí, pero eso no mermó en nada

su deseo.

Bombeando a un ritmo implacable, la levantó por las caderas formando un ángulo que le permitía impactar en su punto G, llenándola de increíbles sensaciones. Pero ella necesitaba más.

—Otra vez, Beck. Esta vez más fuerte. —Sus dedos intentaron aferrarse al edredón pero, antes de que pudiera agarrarlo, Beck se retiró y volvió a embestirla una y otra vez, hasta penetrarla tal como ella le había pedido.

Chloe gimió y se arqueó para recibir sus acometidas, contrayendo sus paredes internas en torno a su potente erección.

—Joder, Chloe, me encanta tenerte así —Ella intensificó el agarre de sus caderas y no tardó en explotar en un clímax avasallador pero en el buen sentido de la palabra.

Tres embestidas después el gemido de Beck hizo temblar la habitación. Pasaron unos segundos de silencio, él aún dentro de ella con tal intensidad que la dejó impresionada. Pero esa vez Chloe sabía a qué atenerse.

En cuanto Beck se retiró y se dirigió al baño, aprovechó para levantarse de inmediato y coger su vestido y sus zapatos. Con suerte ya estaría en su propia habitación antes de que él volviera y entrara en pánico.

Prefirió cubrirse el cuerpo, aunque fuese solo para cruzar el pasillo, de modo que dejó su ropa sobre la cama y cogió la camisa de Beck. Se la puso antes de recoger sus cosas y caminar hacia la puerta.

—Chloe, para. —Su voz ronca le obligó a girarse, sujetando la ropa contra el pecho. Sus ojos verde esmeralda la miraron fijamente, deseando que creyera en su sinceridad—. Quiero que te quedes.

—No creo que sea buena idea. —Por muchas razones, siendo la más importante que dormir acurrucada en sus brazos haría que mantener la distancia emocional fuera mucho más difícil.

Más difícil de lo que ya era.

Tuvo que reconocer que él la escuchó e hizo una pausa en la que pareció debatir consigo mismo. Chloe pudo ver la contienda que se libraba tras sus ojos, y percibió el momento exacto en que tomó una decisión. Le dio un vuelco el corazón cuando él se acercó, le quitó la ropa de las manos y la colocó encima de su chaqueta sobre la cómoda.

Luego extendió el brazo y esperó a que ella le cogiera la mano.

Chloe apretó los labios, frustrada con él y sus mensajes contradictorios. Apenas habían pasado unos días desde que entró en pánico y la mandó a dormir al otro lado del pasillo:

—Tenemos que establecer unos límites sensatos.

A Beck le brillaban los ojos con determinación:

—Tenemos un tiempo muy limitado hasta que te mudes, ¿por qué entonces privarnos del placer?

Beck empezó a bajar el brazo cuando ella también tomó su decisión, aceptando que tenía razón:

—El sentido común me dice que algo falla aquí —murmuró, aceptando su invitación al colocar la palma de la mano en la de él.

Le quitó la camisa, dejándola desnuda y extremadamente vulnerable. Y mientras volvían a la cama y él la estrechaba entre sus brazos, se prometió a sí misma que no interpretaría esos momentos como algo más, que seguiría su ejemplo y no le buscaría tres pies al gato en momentos así. Bastante daño le había hecho a su orgullo la ruptura con Owen y ser “la novia desechada”. A pesar del poco tiempo que llevaba conociéndolo, ya sabía que enamorarse de Beck pondría a su corazón en serio peligro.



BECK DURMIÓ PLÁCIDAMENTE y se despertó con los brazos alrededor de un cálido cuerpo de mujer. No era algo a lo que estuviera acostumbrado, pero no pudo soportar ver cómo Chloe se marchaba a la otra habitación. La vez anterior la echó, y sabía que su retirada era una forma de adelantarse a sus movimientos y protegerse antes de que él le pidiese que se fuera. Pero Beck se había concienciado de antemano, y confiaba en que ella cumpliría su parte del acuerdo temporal.

Necesitaba que ella fuera fuerte. Al ver la parte inferior de su camisa rozándole los muslos, las mangas demasiado largas y el escote a la vista, solo pudo pensar en que todo encajaba. Lo bien que le quedaban su ropa, su habitación y su casa. *Los dos* tendrían que ser fuertes.

Y tendría que mantener su corazón enjaulado en el pecho. No debería ser tan difícil. Al fin y al cabo se había convertido en un experto en mantener distancias con los demás.

Apartando esos pensamientos de su cabeza, se centró en el presente y procedió a despertar a Chloe bajando entre sus piernas, algo que le producía un enorme placer.

Cuando se lo hacía a ella.

A lo que siguió una sesión de sexo más tranquila que la de la noche anterior. Planeaban levantarse temprano, pero él estaba contento donde estaba, con ella tumbada a su lado en la cama. Chloe había sacado el móvil del bolso y lo estaba consultando mientras él hacía lo mismo, comprobando que no hubiera ninguna emergencia en el trabajo.

Chloe gruñó y él giró la cabeza hacia ella:

—¿Qué pasa?

Con el ceño fruncido respondió:

—Esto. —Giró la pantalla hacia él, mostrando una foto de su exprometido sonriendo junto a una mujer de pelo castaño que lo rodeaba con los brazos y le daba un beso en la mejilla—. Y esto. —Volvió a coger el teléfono y le mostró otra imagen cogidos de la mano, mirándose a los ojos—. ¡Qué poco tacto!

—Sí. —A la nueva mujer de Owen no le vendrían mal un par de platos de potaje, y su ex no tenía ninguna vergüenza. Después de poner tierra de por medio en su propia boda y dejar tirada a la mujer a la que supuestamente amaba, andaba por la vida como si nada—. ¿Por qué no lo bloqueas y te ahorras el disgusto?

Chloe se encogió de hombros:

—Yo misma me lo pregunté el otro día. Es como una especie de curiosidad morbosa, como cuando pasas por delante de un accidente y no puedes evitar mirar.

Beck se rió entre dientes, le cogió el teléfono y pulsó “Bloquear” por ella.

—Ya está en el lugar que le corresponde. Ojos que no ven, corazón que no siente —añadió, devolviéndole el móvil. No quería que tuviera que volver a ver a ese gilipollas nunca más.

Ella le regaló una sonrisa:

—Gracias. Me cabrea mucho ver a Owen la mar de tranquilo mientras yo tendré que pasarme un día entero en casa de mi madre escribiendo notas de agradecimiento a los invitados que acudieron a la ceremonia y llevaron regalos, así como devolver los regalos de compromiso. —Su madre incluso se ofreció a devolverle el anillo a Owen, detalle que Chloe le agradecía en el alma.

—Llevas toda la razón, pero tienes que enfocarte en que estás pasando página y haciendo cosas que ni te habrías planteado si aún estuvieras con él. Y no olvides nunca que si lo piensas bien, te hizo un favor.

Porque la mujer vibrante que llevaba dentro no tenía nada que ver con ese aburrido abogado fiscal que nunca habría apoyado sus sueños.

—Gracias a él te estás convirtiendo en quien estabas destinada a ser. —Y lo estaba logrando

en un tiempo récord.

Se inclinó hacia Beck y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó sorprendido.

—Porque eres muy dulce y me apoyas siempre.

Vale, aceptaba su cumplido en cuanto al apoyo, pero jamás se consideró a sí mismo “dulce”. No supo qué responder, y su teléfono sonó salvándolo de entrar en una charla sobre emociones.

Cogió el móvil de la cama y, al ver que era su madre, contestó de inmediato:

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

—¿Va todo bien? —Chloe se deslizó fuera de la cama, se acercó a la cómoda y empezó a ponerse la camisa—. Espera, mamá. —Miró a Chloe—: ¿A dónde vas?

Ella lo miró fijamente:

—Quiero darte un poco de intimidad, y de paso me doy una ducha y me visto.

Beck asintió y volvió a su llamada:

—Lo siento. ¿Cómo va todo? ¿Papá está bien?

—Tu padre está bien. Deja de preocuparte. ¿Es esa la mujer que Tripp me dijo que se está quedando en tu casa? —preguntó su madre.

Beck se recostó en la almohada y refunfuñó. Qué cotillas podían llegar a ser sus hermanos.

—Sí. La estoy ayudando en un momento difícil.

—Muy amable por tu parte. Te llamaba para recordarte lo de la cena de esta noche. Tus hermanos no vendrán porque irán al partido de los Yankees.

—Sí. Me pidieron entradas. —Sabían que tenía contactos en el equipo. Lo habían invitado, pero no estaba de humor para asistir a un partido—. Por supuesto que iré, mamá. —No quería perderse ni un solo minuto con sus padres.

—Estupendo. Trae a tu *amiguita* —dijo enfatizando la palabra, pero él no pudo evitar sacudir la cabeza ante la insinuación.

Tragándose un quejido contestó:

—Mamá, creo que...

—Oh, vamos. Si tan mal lo está pasando, seguro que le gustaría salir del loft, por muy bonito que sea. Y puede que su presencia sirva para contrarrestar un poco tu negatividad y pesimismo. Soy optimista con lo de tu padre y espero que tú también.

—Por supuesto, mamá. Sabes que haría cualquier cosa por ti. —Y lo decía en serio.

—¡Genial! Pondré un cubierto más en la mesa. ¿Sobre las seis está bien?

—Estaremos allí a las seis. —Colgó y se quedó mirando al techo. Llevaría a Chloe a casa de sus padres, y su madre se daría cuenta enseguida de que eran algo más que amigos. Tenía un sexto sentido para esas cosas cuando se trataba de sus hijos, y nada le haría más feliz que ver a uno de ellos sentar cabeza.

Sin importar si ese hijo lo deseaba o lo tenía planeado.



OJALÁ CHLOE HUBIESE tenido más tiempo para prepararse antes de la cena en casa de los padres de Beck. Con un año quizás le habría bastado. No sabía por qué, pero tenía los nervios a flor de piel. Fue corriendo a comprar una tarta de lima de los Cayos en Petee's Pies, una de las mejores pastelerías de Nueva York, para no llegar con las manos vacías.

—¿Estás seguro de que tus padres quieren cenar con una persona a la que no conocen con la que está cayendo? —Chloe preguntó como por tercera vez de camino a casa de sus padres en

Great Neck, un pequeño pueblo costero en Long Island, a una hora de Manhattan.

Mientras Beck conducía, una sonrisa sexy se le dibujó en las comisuras. Sus gafas de sol aumentaban su atractivo.

—Te juro que fue idea de mi madre. Yo no le insistí.

—¿Entonces *tú* no quieres que vaya? —No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que él también estaba nervioso.

Beck negó con la cabeza:

—Por supuesto que sí. Pero estoy preocupado por mi padre, y sé que pondrán su mejor cara... en plan “está todo bien”. —Apretó la mandíbula y agregó—: Ya he pasado por eso antes con ellos, ¿sabes?

—¿Y esta vez no sabes si creerles o no? —Quiso tocarlo, cubrir su mano con la suya y hacerle saber que no estaba solo, pero Beck aferraba el volante con fuerza, marcando una evidente distancia—. No conozco a tus padres, pero eres adulto y no creo que te mientan. —Exhaló un suspiro—. ¿Mintieron sobre Whitney? ¿O las cosas tomaron un giro inesperado?

Sabía que no le gustaba hablar de su hermana, pero si quería ayudarlo no le quedaba otra que preguntar.

Beck encendió el intermitente derecho y tomó la salida:

—No creo que me hayan mentido. Quizá son más optimistas que yo, pero no me explico cómo, después de lo que pasó con Whitney.

—Lo entiendo. Pero estoy segura de que cualquier cosa que dijeran o hicieran es porque te quieren.

Chloe dudó un momento para luego entrar hasta el fondo del asunto. Por Beck, porque se preocupaba por él. Su pasado no había sido tan trágico pero podía establecer algún tipo de paralelismo, con la esperanza de hacerle reflexionar sobre su forma de ver la vida.

—Mis padres no se parecen en nada a los tuyos —comenzó a decir, nerviosa—. Quiero decir, en el buen sentido. Mi madre me quiere, pero ha vivido toda su vida en negación absoluta para no tener que afrontar que su matrimonio era un fiasco. Dice que lo hizo por sus hijos, pero seamos realistas: ¿qué niño puede ser feliz en una familia donde todos saben que el padre es infiel? Aunque, claro, no se compara con perder a un hermano. —Hizo una pausa y respiró hondo—: Lo que intento decir es que el amor que os tenéis es fuerte, pero también lo es el respeto. —Respeto que su familia no se había tenido. Sus padres, al menos—. Confía en que tus padres te dicen la verdad y saca fuerzas de su optimismo.

Beck aferró el volante con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos:

—Del dicho al hecho hay mucho trecho. Whitney falleció a pesar del optimismo y del pronóstico alentador.

Cerró los ojos y suspiró. Era un hombre testarudo con unos motivos muy válidos, y no se le ocurría otro modo de llegar a él.

Se giró hacia ella antes de volver la vista a la carretera:

—Chloe...

—¿Sí?

Se acercó y puso su mano sobre la de ella:

—Te agradezco que me hablaras de tus padres, sé que quieres ayudar.

Así era. Lástima que no le ayudaría a abrir su corazón en un futuro próximo.

Giró en dirección a la entrada de una gran casa de estilo colonial en un barrio moderno que parecía de construcción bastante reciente. Chloe sabía que Beck creció en el Bronx, por lo que dedujo que entre sus hermanos y él les habrían comprado la casa. Los hermanos Daniels eran

buenas personas.

Beck apagó el motor:

—¿Lista?

Ya tenía el bolso enganchado en el hombro, así que cogió la tarta y buscó su mirada:

—Vamos.

Beck le guiñó un ojo, y el corazón le dio un vuelco. Seguro que solo quería calmarla, pero en su lugar le recordó con qué facilidad estaba enamorándose de él. Se sacudió esa idea de la cabeza y salió del coche, dejando que la ayudara antes de seguirlo por la entrada para reunirse con sus padres.

Su madre, una guapa mujer con el pelo castaño claro ondulado y los mismos ojos verdes de Beck, los recibió en la puerta. Se presentaron mientras miraba a su hijo henchida de orgullo. Los condujo al interior de la casa, con una moderna decoración, y acabaron en la cocina, también muy moderna y con unos magníficos electrodomésticos de acero inoxidable.

La madre le quitó la tarta de las manos, la colocó sobre la encimera y la abrazó:

—Qué contenta estoy de que hayas podido venir a cenar con nosotros.

El fuerte sonido de un hombre aclarándose la garganta sobresaltó a Chloe, que se giró para ver a un hombre apuesto, una versión de Beck con algunos años más, que la estudiaba con detenimiento:

—Soy Kurt Daniels.

—Esta es Chloe, papá.

Asintió, con la mirada fija en su rostro.

—Kurt, deja de mirarla así. Eres un maleducado —le increpó su madre, que había insistido en que Chloe la llamara Audrey.

Kurt se encogió de hombros, sin ningún remordimiento:

—Es que me resulta familiar —explicó—. Chloe, ¿verdad?

—Chloe Kingston —respondió, asintiendo.

Los ojos de Audrey se abrieron de par en par:

—¿Eres la hermana de Linc Kingston? —Chloe volvió a asentir. A su lado, Beck se tensó—. Lo recuerdo de cuando ibas a la universidad —le dijo a Beck—. Fuisteis compañeros de habitación y, en algún momento, dejaste de hablar de él.

—Pasaron algunas cosas entre nosotros —murmuró Beck—. Papá, ¿por qué no vamos a ver la tele? —Estaba claro que le ponía nervioso el tema.

Chloe seguía sin saber nada de la historia de su hermano y Beck, algo que pensaba solucionar en cuanto tuviera tiempo a solas con Linc, y ya iba siendo hora de que lo hiciera.

De repente, Kurt chasqueó los dedos:

—Ya sé de qué me suena tu cara. ¡Eres la novia despechada! He visto las fotos en TMZ y Page Six.

Chloe sintió que se ponía roja de vergüenza. Conocía esos artículos, pero no creía que la gente reparase en ellos, y mucho menos que la reconocieran.

—¡Papá! —Beck lanzó a su padre una mirada molesta.

—Lo siento, cariño. —Audrey se dirigió a Chloe con pesar—: Kurt está jubilado y tiene tanto tiempo libre que se pasa el rato mirando cotilleos en Internet.

Chloe suspiró. No había forma de esquivar la verdad:

—Sí, soy yo. Beck me ayudó aquella primera noche y ha sido mi salvador desde entonces. —Le sonrió—. Ha criado a todo un caballero, señora... —Ante el ceño fruncido de la mujer, Chloe corrigió—: Quiero decir, Audrey.

—No ha sido mi intención incomodarte —dijo Kurt—. Mi esposa tiene razón. Paso demasiado tiempo navegando por Internet y viendo basura en la tele. Una parte de mí echa de menos el trabajo, pero la espalda ya no me deja trabajar. —Se puso una mano en las lumbares y se frotó la zona.

—¿Qué hacías antes de jubilarte? —preguntó. Beck nunca se lo había dicho.

—Era inspector de edificios en el ayuntamiento —proclamó, orgulloso de su profesión.

—Vaya, qué interesante. —Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, Beck anunció que su padre y él iban a la sala de estar, no sin antes lanzarle a Chloe una mirada interrogativa.

«¿Estás bien?». Ella pudo leerle la mente, y le contestó con una sonrisa y un gesto con la cabeza.

Chloe estaba bien, al igual que sus padres.

Acompañó a Audrey a la cocina. La cena estaba hecha y la mesa puesta y, aunque se ofreció a ayudar en lo que hiciera falta, no le quedó más remedio que sentarse en un taburete junto a la encimera y hablar con la madre de Beck.

—Así que mi hijo y tú... —Al parecer Audrey no se andaba con rodeos, cosa que Chloe admiró.

—Somos buenos amigos. Como dije, me rescató la noche de mi “no boda” y me ha ofrecido un lugar donde quedarme mientras vuelvo a levantarme. Ha sido muy generoso. —Y eso es todo lo que una madre necesitaba saber.

Audrey cogió la ensaladera y quitó el papel de aluminio que cubría la parte superior:

—Es interesante, porque no me consta que haya alojado a un desconocido antes. Y aunque sintiese el impulso de ayudarte en la noche de la boda, ofrecerte un sitio para vivir no es algo propio de él, si sabes por dónde voy.

Chloe entrecerró la mirada:

—Si temes que me esté aprovechando de tu hijo, puedo asegurarte que no es así. Yo... —Antes de que pudiera decirle a su madre que estaba ayudando con la cocina, la limpieza y a hacer las demás tareas del loft, Audrey sacudió la cabeza y se acercó a ella corriendo.

—Dios, no. No quería decir eso. Todo lo contrario, de hecho. Lo que digo es que si mi hijo te está ayudando, es que le importas. —Audrey sonreía al hacer esa observación.

Quería que su hijo sentara la cabeza y fuera feliz con una mujer, y obviamente no estaba al tanto de que él no compartía esos planes.

Si él no se lo había dicho, no le correspondía a Chloe decírselo a su madre.

—Como ya te dije, somos buenos amigos.

—Bueno, Beck no tiene muchos de esos, y nunca ha convivido antes con una mujer. —Ella se apresuró hacia el frigorífico y abrió la puerta—. ¿Te gusta el aliño italiano? —preguntó Audrey—. También tengo vinagreta francesa...

Tras pensarlo durante unos segundos, contestó:

—El aliño italiano está bien, gracias. —Optó por ignorar el otro comentario de su madre. Y como no hizo referencia al diagnóstico ni a los problemas de salud de su marido, Chloe tampoco lo sacó a colación.

Y en esos pocos minutos que compartió con la madre de Beck, Chloe pudo sacar algunas conclusiones. Audrey era una persona insistente, evidenciando por dónde le venía a su hijo ese afán por los negocios y ese duro empeño por conseguir lo que quería. Pudo entender cómo había logrado todo ese éxito tan rápido y por mérito propio.

También tenía facilidad para ignorar cosas importantes y hacerlas a un lado como si no estuvieran ocurriendo... como, por ejemplo, la enfermedad de su marido. Y Chloe no dudaba de

que, si le preguntaba, Audrey le aseguraría que Kurt estaba como una rosa. Y no aceptaría que nadie le dijera lo contrario. Lo que explicaba la frustración de Beck y lo mucho que le costaba descifrar la verdad bajo ese manto de confianza ciega.

Audrey tenía buenas intenciones, pero se negaba a ver la realidad que tenía frente a sus ojos, y Chloe estaba segura de que Kurt era igual que su mujer.

Luego estaba Beck. Además de ser más realista, siempre veía el vaso medio vacío. De esa manera, si ocurría lo peor, se habría protegido de antemano.

Consciente ahora de las fuerzas que habían moldeado su personalidad, Chloe estaba más convencida que nunca de que una vez que Beck tomaba una decisión, no había vuelta atrás. No permitía a Chloe entrar en su círculo más íntimo, y nunca lo permitiría.



—TUS PADRES SON increíbles —dijo Chloe en el trayecto de vuelta a la ciudad.

Beck no pudo evitar una sonrisa:

—Tengo debilidad por ellos. Y sé que les has gustado mucho. —Hasta podía afirmar que se enamoraron de Chloe a primera vista.

Lo supo por el brillo en los ojos de su madre, y la sonrisa con la que lo miró sin que Chloe se diera cuenta. Su padre se limitó a darle una palmadita en la espalda insinuando que había hecho bien al llevarla. Ese era el sello de aprobación de su padre. También ayudó que Chloe fuese la invitada perfecta, llevando el postre y ofreciéndose a ayudar en la cocina, lo que dio a su madre la oportunidad de interrogarla sobre su vida.

—Me alegro. —Estiró las piernas hacia delante y gimió, y ese sonido le caló directo a la polla—. He notado que tus padres cambiaban de tema cada vez que intentabas hablar de la operación.

Beck apretó la mandíbula:

—Sí —respondió tras rechinar los dientes y volver a relajar la boca—. Solo queda esperar a que lo operen y ver los resultados. —Y eso sería lo único que dijera al respecto—. Entonces... ¿tienes planes para mañana?

No se la imaginaba sentada en casa mirando las paredes o viendo la televisión.

Ella negó con la cabeza:

—La verdad es que no. Podría volver a trabajar con Linc hasta tener noticias del concurso o encontrar otra cosa. A decir verdad, es justo lo que debería hacer. —Pero su mohín le indicó lo poco que le apetecía ese plan.

Beck volvió a mirar a la carretera:

—Tengo una idea mejor. Ven a la oficina conmigo, quiero presentarte a alguien.

Chloe se giró hacia él y preguntó emocionada:

—¿A quién?

—A Natasha, la diseñadora de la empresa. —Tuvo la sensación de que se llevarían bien, y tal vez Natasha podría ayudarla a encontrar un nuevo rumbo.

—Me encantaría. Gracias.

—De nada.

Chloe se movió en el asiento del copiloto:

—Otra cosa. Le dije a mi amiga Amelia, la agente inmobiliaria, que me concertase un par de citas para ver los apartamentos que más me gustaron.

Se había olvidado de que planeaba mudarse. Más bien se lo había quitado completamente de la cabeza:

—Te acompañaré. —Lo menos que podía hacer era asegurarse de que eligiera un buen lugar, aunque tenía la sensación de que su hermano no la dejaría decidir en paz.

—No tienes por qué hacerlo —dijo ella, refiriéndose a su oferta.

—Pero yo quiero —respondió, agarrando el volante con más fuerza.

Chloe se encogió de hombros:

—De acuerdo entonces. En cuanto sepa el día y la hora te lo diré.

Después estuvieron en silencio hasta que llegaron al loft. Desde el momento en que entró, la conciencia de la situación se asentó sobre sus hombros. Estaba viviendo con la misma mujer con la que se acostaba. ¿Pensaría ella que dormirían juntos todas las noches? ¿Quería él hacerlo?

Había disfrutado de tenerla en su cama la noche anterior y despertarse a su lado esa mañana, razones de peso para no convertirlo en un hábito. Su principal preocupación esa noche era no ofender a Chloe al entrar solo en su dormitorio.

Beck estaba tenso mientras echaba el pestillo de la puerta, se dirigían por el pasillo a los dormitorios y se detuvo en su puerta, preparado para rechazarla con ternura. Pero ella giró a la izquierda y entró en su habitación.

—¿Beck? —preguntó, dándose la vuelta y encarándose con él.

—¿Sí? —Esperó a que le dijera que se cambiaría y que luego lo alcanzaría. O que después de bañarse iría a su habitación.

—Gracias por lo de esta noche. Me ha encantado conocer a tu familia —dijo regalándole una sonrisa genuina—. Buenas noches, Beck.

Sin dejar de sonreír, o tal vez más bien con una mueca, dio un paso atrás y cerró la puerta, cerrándole el paso a él y a sus arrogantes suposiciones.



CHLOE SE APOYÓ en la puerta y exhaló un enorme suspiro, consciente de que él estaba al otro lado, probablemente sorprendido. Desde el momento en que entraron en el loft se había mostrado muy tenso. Y como no tenía claro dónde dormiría esa noche, le bastó con mirarle a la cara para entender que él tampoco.

El hombre de negocios en Beck odiaría lo bien que lo había leído. No la quería en su cama, y sabía por qué. No quería sentar un precedente que le permitiese acercarse a él, a pesar del sexo espectacular que podrían tener si se rendía al deseo en vez de a sus miedos.

Ambos dormirían solos esa noche. Chloe rezaba para que no fuera en vano y que captase su mensaje. Mensajes, en realidad. Que no iba a pegarse como una lapa, que entendía las indirectas y que también tenía su orgullo.

Una vez solo en su cama, tal vez se daría cuenta de que había cometido un error. Esa era su esperanza. Con un suspiro se apartó de la puerta y se dirigió al cuarto de baño para lavarse y desvestirse.

Capítulo noveno

BECK SE DESPERTÓ con mal humor y una erección matutina en la inmensa cama vacía. Se había acostado solo, tal como quería, pero no estaba contento con el desenlace de la noche anterior. La culpa la tenía él, claro está. La deseaba y no quería permitirse tenerla.

Frustrado, se sacudió las sábanas y se dirigió a la ducha, encontrándose luego con Chloe en la cocina. Iba vestida con unas mallas negras, botines de tacón alto y una de esas camisas masculinas, esa vez de color rosa, que tanto le gustaban, y que le recordó a cuando unos días atrás se puso su camisa de vestir. Qué vulnerable, sensual y jodidamente atractiva estaba, todo al mismo tiempo.

Bebía su café con una cadera apoyada en la encimera, y había otra taza esperándolo. En cuanto lo vio se la tendió:

—¡Buenos días! —exclamó con alegría.

—Serán para ti —murmuró, dando un largo sorbo con la esperanza de que la cafeína mejorase su humor.

—¿Has dormido bien? —preguntó con un brillo burlón en los ojos.

Beck entornó la mirada. ¿Lo había puesto a prueba entrando sola en su habitación para ver si la invitaba a pasar? Había percibido sus inseguridades acerca de si dormir juntos o no era buena idea, y tomó el control de la situación. Qué lista era. Y no le extrañaría que ya supiera lo arrepentido que estaba de haberla dejado escapar.

—Tómate el café. Parece que lo necesitas —añadió con una sonrisilla en su linda cara.

Sí, sabía lo que hacía. Pero no era café lo que él deseaba. Respirando hondo, se recordó que había superado toda esa mierda de los conflictos internos y que podía tenerla si la deseaba. Y vaya si la deseaba.

Se acercó, le quitó la taza de la mano y la colocó sobre la encimera junto a su teléfono. La agarró por las caderas y tiró de ella hasta acomodarle su polla entre los muslos.

—¿Qué haces? —preguntó Chloe con voz trémula.

—Compensar lo que me perdí anoche —replicó, y acercó su boca a la suya.

Chloe le rodeó de inmediato el cuello con los brazos y le devolvió el beso, aceptándolo con avidez mientras él le pasaba la lengua por los labios. Saboreó su dulzura, y esa increíble conexión hizo desaparecer todos los motivos para no estar con ella.

Le pasó las manos por la espalda, le acarició el culo y ella gimió mientras su sexo se frotaba con fuerza contra su erección. «A tomar por saco el trabajo. Prefiero mil veces hacer esto», pensaba justo cuando el timbre del móvil de ella los interrumpió.

Chloe levantó la cabeza:

—Ignóralo.

No tuvo que decirlo dos veces. Bajó la cabeza y volvió a capturar sus labios. Sus dientes chocaron y sus lenguas se enredaron... y el maldito teléfono volvió a sonar.

—Qué pesados, mejor veo quién llama. —Se apartó de él y se giró hacia su móvil—. Es Linc.

Lanzó una mirada de disculpa a Beck y atendió la llamada:

—¿Qué pasa? —preguntó en lugar del *hola* habitual.

Beck respiró hondo y se ajustó el miembro en los pantalones, pero no dejó de escuchar su parte de la conversación.

—¿Que si he visto Page Six? No, no suelo leer esa página de cotilleos. ¿Por qué? —preguntó.

Beck entornó la mirada, sacó de inmediato su teléfono y entró en la página.

—Fuimos a cenar, pero no vi que nadie nos hiciera una foto. —Chloe se encontró con la mirada de Beck, pero él ya había ubicado la foto y el titular.

“¿*La novia despechada pasa página?*” rezaba sobre una imagen de Beck ayudando a Chloe a salir de la limusina en la puerta de un hotel, mirándose a los ojos. Y aunque él tampoco vio a nadie con el teléfono fuera para hacerles una foto, era obvio que los habían pillado. Dado que el club estaba situado en el último piso de un hotel, lo normal es que hubiese gente paseando fuera.

—Espera. Voy a mirar —dijo.

Sabiendo que no tenía elección, Beck giró la pantalla hacia ella.

Chloe cerró los ojos y suspiró:

—Acabo de verlo —le dijo a Linc—. Ignóralo. Es lo que voy a hacer yo. —Ella escuchó y sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Qué? ¡Haré como que no has dicho eso, y no me puedo creer que te importe lo que la gente piense! —dijo, alzando la voz.

«¿Qué coño le pasa ahora a Linc?», se preguntó Beck.

—Bueno, eso es lo que parecía. Es mi vida y veré a quien quiera cuando quiera, y viviré donde quiera.

Beck quería aplaudirle por mantenerse firme.

—¿Quieres que quedemos para comer? —preguntó Chloe a su hermano—. ¿Después del mal rato que acabas de hacerme pasar? —Puso los ojos en blanco—. Vale, sí. Vale. ¿Dónde? —Hizo una pausa—. ¿Ocean Prime? ¿Estás intentando camelarme con comida elegante y vino, hermanito mayor?

Beck estaba impaciente por saber por qué Linc le estaba dando el coñazo a su hermana, ignorando el nudo en el estómago por desear tener una hermana a la que cuidar, llevar a comer y preocuparse como Linc hacía con Chloe.

Ella sonrió:

—A la una está bien. Y sí, sé que me quieres, pero te pido que te tranquilices antes de saltarme a la yugular. Puedo ocuparme de mis propios asuntos. —Debió de gustarle lo que oyó, porque dijo—: Yo también te quiero, nos vemos en un rato —antes de cortar la llamada.

Ella lo miró con expresión de preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Beck.

Se humedeció el labio inferior:

—Bueno, para empezar el artículo te menciona con nombre y apellidos, y dice que estoy pasando página y encaminada hacia cosas más grandes y mejores. —Hizo una mueca—: No creo que estés contento con esa publicidad.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero no pasa nada. Ya me han mencionado alguna que otra vez. —Gracias a su rápido ascenso a la cima del mercado inmobiliario de Nueva York y al dinero que ganó—. Pero eso no ha sido lo que ha puesto nervioso a tu hermano, ¿verdad?

Se cruzó de brazos, a la defensiva sin saber siquiera qué había dicho Linc.

—Se enfadó por la foto —confesó—. Me dijo que qué cojones hacía metiéndome ya en una relación si acabo de salir de otra, que debo tomarme un tiempo... y bla, bla, bla. —Hizo un gesto con los dedos, imitando el movimiento de una boca.

Beck entornó la mirada:

—Eso no fue lo único que dijo. Debe estar cabreado porque fuera conmigo con quien te hicieron la foto.

Ella asintió lentamente:

—Linc pensaba que solo éramos amigos, y no se puede creer que esté contigo sabiendo la enemistad que existe entre vosotros. Aunque yo ni siquiera sé el motivo de vuestra pelea —murmuró en voz baja—. Pero créeme, lo averiguaré hoy en el almuerzo.

—¿Por eso olvidaste tu enfado tan rápido y aceptaste reunirse con él? —preguntó Beck.

Chloe asintió:

—Quiero entender esta locura de situación, y tú no me lo cuentas. —Esperó un momento, dejándole claro que quería que le diera una pista.

—Lo siento, princesa. —No le correspondía a él airear los trapos sucios de Linc y cambiar lo que ella pensaba de su hermano. Quedaba por ver qué diría Linc, y cuánta parte de la verdad le contaría.

—¿Estás lista para ir a la oficina? —preguntó.

Ella asintió:

—Déjame coger el bolso y el portátil.

Por mucho que le hubiera gustado seguir con lo habían empezado cuando los interrumpieron, el ambiente se había roto. Pero había aprendido algo: no volvería a desperdiciar otra noche a solas con ella y aprovecharía al máximo el tiempo que les quedaba antes de que se mudara.



CHLOE ESPERÓ A Linc en el restaurante. La camarera la acompañó a la mesa favorita de su hermano, se sentó y pidió una gaseosa con lima mientras esperaba. El local era enorme y más que una marisquería, como podría deducirse por su nombre. Célebre también por sus chuletones, Ocean Prime presumía de un ambiente elegante, con apliques circulares de bronce en el techo y el interior en tonos oscuros. Chloe no pudo evitar analizar la decoración. Escudriñar el diseño de un local era deformación profesional.

Pasó un par de horas en la oficina de Beck, donde conoció a su amiga y diseñadora, Natasha Banks, que estuvo encantada de tener a Chloe por allí. Estaban familiarizadas con el nombre y el trabajo de la otra y hablaron de decoración durante buena parte de la mañana.

Cuando fue al despacho de Beck para avisarle de que salía a comer, se dio cuenta enseguida de que su humor había cambiado. Le contó que su madre llamó para avisarle que la operación de su padre tendría lugar el jueves por la mañana. Chloe le dijo que lo acompañaría, quisiera o no. Él la había apoyado y quería devolverle el favor.

—Siento llegar tarde. —Linc la sacó de sus pensamientos aproximándose a la mesa. Se acercó y le besó la mejilla antes de sentarse frente a ella.

—No pasa nada. He llegado hace poco. —Observó el rostro relajado de su hermano y sonrió—. La vida de casi casado te sienta bien —dijo—. ¿Cuándo tenéis pensado celebrar la boda?

Linc se encogió de hombros, dejando la carta a un lado. Sin duda ya sabía qué pedir:

—Tenemos que ajustar el calendario. No queremos una boda pomposa y multitudinaria, pero mamá me mataría si nos casáramos a escondidas. Por no hablar de la madre de Jordan. —Hizo un gesto como fingiendo que temblaba de miedo.

La madre de Jordan era una mujer con carácter, que fue el ama de llaves de la familia durante años. No tenía pelos en la lengua aunque era cariñosa, y Linc tenía razón. No toleraría no estar presente en la boda de su hija.

Chloe se inclinó hacia delante:

—Sé que lo retrasasteis por mi boda. Por favor, no volváis a hacerlo por proteger mis sentimientos. Estoy bien —le aseguró—. Así que casaos antes de que nazca el bebé.

Su hermano asintió con la cabeza:

—Eso haremos, gracias.

El camarero se acercó y tomó sus pedidos: una ensalada de atún para Chloe y una hamburguesa con queso para Linc. Después de que el camarero recogiera las cartas, buscó a su hermano con la mirada:

—Tenemos que hablar —dijo.

Linc asintió:

—Lo sé. He sido prepotente y demasiado tajante, pero no sabes por qué.

Al menos le había dado el pie para preguntar:

—Entonces dime, Linc. ¿Por qué odias tanto a Beck? ¿Y por qué él no quiere decirme nada de lo que pasó entre vosotros? —preguntó.

Los ojos de su hermano se abrieron de par en par:

—¿Se lo has preguntado y se negó a decírtelo?

Ella asintió:

—Dijo que no le correspondía a él hacerlo, y que no quería influir en la opinión que tengo de ti. Así que aquí estoy, pidiéndote que me lo digas.

Linc respiró hondo y ella pudo ver cuán difícil le resultaba, lo que le hizo preguntarse qué sería eso que los dos le ocultaban.

—Vale, mira, te lo voy a resumir, pero no es agradable y Beck tiene razón. Después de oírlo no volverás a verme de la misma manera.

—Linc, eres mi hermano. No hay nada que puedas decir que cambie lo que siento por ti.

Hizo un gesto al camarero para que se acercara:

—He cambiado de opinión. ¿Me pones un Macallan con hielo? —preguntó, y cuando el camarero se marchó, Linc buscó la mirada de Chloe—. Beck y yo fuimos compañeros de habitación en el primer año de universidad. Los dos teníamos novia, y salíamos los cuatro juntos.

Abrió la boca para decirle que se acordaba de Lacey, pero él levantó una mano y ella comprendió que no debía interrumpirlo. Se recostó contra el respaldo y esperó a que continuara.

—Una noche, Lacey se fue a pasar el fin de semana a su pueblo y yo estaba en la fiesta de una fraternidad. Estaba tan borracho que apenas recuerdo cómo llegué a mi habitación. Beck estaba trabajando hasta tarde, como solía hacer, porque necesitaba dinero para pagar la universidad. Y a su novia, Jenna, le molestaba que él no pudiese salir tan a menudo. —Linc se pasó una mano por el pelo, más alterado de lo que Chloe estaba acostumbrada a verlo—. Como he dicho antes, no lo recuerdo bien, pero me desperté cuando Beck entró en la habitación. Nos encontró a Jenna y a mí desnudos en la cama.

—Oh, mierda.

Linc asintió con pesar:

—Tengo el leve recuerdo de que una mujer se metió en mi cama y me dijo que había vuelto. Juro por Dios que pensé que era Lacey. Ya sabes cuánto he sufrido por las infidelidades de papá. Nunca haría algo así de forma intencionada. Pero sucedió de todos modos, porque Jenna quería llamar su atención. Y vaya si lo consiguió.

Pero no de la forma que ella quería, Chloe podía dar fe, y tragó saliva antes de preguntar:

—¿Estás seguro de que vosotros dos...?

Asintió con la cabeza:

—Encontré un envoltorio de condón en el suelo. —Sacudió la cabeza—. Al menos pensó en

el futuro y se aseguró de no quedarse embarazada —dijo esquivando su mirada.

Chloe suspiró:

—Debió haber sido un palo muy grande para Beck —dijo con ternura—. Y para ti. ¡Esa zorra te utilizó! ¿Beck no se dio cuenta?

Linc negó con la cabeza:

—En aquel momento no, y tal y como han ido las cosas entre nosotros todos estos años, es probable que aún no me haya perdonado. Mientras tanto, me ha arrebatado varios acuerdos desde que estamos en este negocio. Y justo antes de morir, papá contactó con Beck para asociarse y comprar unas tierras. Y debido a su demencia puso una parte de la empresa como garantía en caso de impago.

A Chloe le temblaron las manos y volvió a dejar la bebida que acababa de coger sobre la mesa:

—¿Qué?

—Como puedes imaginarte, tras la muerte de papá quedé en una posición de mierda, y Beck, el muy gilipollas, no me lo puso fácil. Así que hay mucho resentimiento entre nosotros. —Linc se inclinó hacia delante, con los brazos sobre la mesa—. ¿Entiendes ahora por qué me preocupa que te esté utilizando para vengarse de mí? —preguntó justo cuando el camarero traía el whisky.

Chloe procesó la información mientras a Linc le servían su bebida. Cuando se quedaron solos, dio un sorbo a su gaseosa.

—Lamento que Beck y tú os dejarais engañar por los tejemanejes de esa chica y perdierais una amistad de años. Siento mucho que te utilizara de ese modo. —Frunció el ceño, y deseó estrangular a la mujer que había tenido relaciones no consentidas con su hermano. Pero no quería incomodar a Linc haciendo hincapié en ello—. Pero en cuanto a Beck y papá... —Miró a la mesa antes de volver a levantar la vista—. No me lo imagino aprovechándose de papá intencionadamente. ¿Beck estaba al tanto de su enfermedad? Porque acordamos mantenerlo en secreto.

Inclinando la cabeza, Linc gimió:

—En honor a la verdad, no, no lo sabía.

—Y tampoco me usaría a mí. —De eso estaba segura—. Nuestra amistad es genuina. Estaba allí la noche que Owen me dejó...

—Porque no permitiste que tu familia lo hiciera —le recordó Linc.

Ignorando esa parte de la verdad, prosiguió:

—No quería la compasión de nadie. —Y necesitaba estar sola para procesarlo todo—. Y Beck estuvo a mi lado cuando estaba deprimida. Incluso acudió a ti para ayudarme. Y me animó a luchar por mis sueños —dijo, alzando la voz. Al darse cuenta, bajó la voz—: ¿De verdad crees que todo eso puede formar parte de un oscuro tejemaneje?

—Aquí tienen su comida —dijo el camarero, acercándose a la mesa con una bandeja.

Dispuso los platos mientras Chloe y Linc observaban en silencio. Esperó a que se quedaran solos de nuevo para terminar su conversación privada.

Con la ensalada de atún y la hamburguesa frente a ellos, Chloe lo miró:

—Necesito una respuesta.

—Mi respuesta es no. Creo que Beck tiene buenas intenciones contigo —contestó, y ella fue consciente de lo mucho que le costó admitirlo—. Una cosa más. Sé que lo he dicho un millón de veces, pero déjame decirlo una vez más. Solo quiero lo mejor para ti. —Respiró hondo—. Y si resulta que es Beck, tendré que aceptarlo. Haré lo que pueda para arreglar las cosas con él. Por ti.

A Chloe se le hizo un nudo en la garganta. Echó la silla hacia atrás, se acercó a Linc y le

rodeó el cuello con los brazos.

—Gracias. Te quiero, Linc. Y que estés dispuesto a hacer eso significa mucho para mí.

Él le devolvió el abrazo:

—Yo también te quiero.

Volvió a sentarse y cogió el tenedor:

—De todos modos, dentro de poco podrás dejar de preocuparte por Beck. No tiene intención de enamorarse ni de casarse. Y yo tampoco tengo el matrimonio en mente —se apresuró a aclarar—. Lo nuestro es temporal. El tiempo dirá si más adelante podemos seguir siendo amigos. —Linc la estudió en silencio durante tanto tiempo que ella se retorció en el asiento—. ¿Qué?

—Su hermana murió cuando él tenía dieciocho años, justo antes de empezar la universidad. Sé que eso le jodió algo en la cabeza. Fue uno de los motivos por los que no pudo darle a Jenna lo que quería entonces, aunque dudo que fuera consciente de ello en ese momento.

Ella asintió:

—Ese es justo el problema. Se aferra tanto al dolor que no se permite abrirse a nadie que no sea su familia.

—Me parece que ya se ha abierto contigo. —Linc cogió su hamburguesa—. ¿Vas a dejar que te aleje?

—Dios mío, Linc, ¿en serio me estás convenciendo para que mantenga a Beck en mi vida? —Ella abrió y cerró la boca, en completo *shock*.

A Linc se le dibujó una sonrisa en los labios:

—Le prometí a Jordan que dejaría de mirarme el ombligo y de ser tan prepotente e idiota. De camino aquí, me di cuenta de que tiene razón. Quiero que seas feliz. —Se encogió de hombros—. Ahora vamos a comer. Podemos retomar la conversación en el postre.

Tras la larga charla con Linc y el recordatorio de lo poco que Beck quería de ella, Chloe apenas pudo probar su ensalada. Sin embargo, se dio el capricho de beber un *Salty Caramel*, un postre en forma de *cocktail* compuesto de vodka Ketel One, caramelo, nata y crema de vainilla de Madagascar.

Al final, Linc no insistió para seguir con la conversación, y ella lo agradeció. Había conseguido lo que necesitaba de su hermano: su apoyo y que aceptara su relación con Beck. Linc dio su brazo a torcer, y eso hizo que lo quisiera aún más.

La pregunta pendiente era si podría conseguir que Beck también diera a torcer el suyo. El tiempo lo diría.

Capítulo décimo

ESA MISMA NOCHE, tras el almuerzo con su hermano, Chloe aprovechó para tratar el tema con Beck. Tal y como ella lo veía, Linc se lo había contado todo acerca de la pelea, y hasta reconoció haberse acostado con su novia. Defendió a su hermano con orgullo, sobre todo porque reconociera su parte de responsabilidad en el fin de la amistad.

Por mucho que le irritara, Beck tenía que apreciar la franqueza de su otrora amigo, y que aceptara su error. También le habló acerca del negocio con su padre, y cuando le preguntó a su hermano si Beck tenía conocimiento de la demencia de su padre, Linc admitió que no estaba al tanto. Había sido una simple transacción comercial, con un poco de inquina por parte de Beck, aunque Chloe no pareció echárselo en cara.

Aunque Linc desaprobaba la amistad que se había forjado entre su hermana y Beck, al parecer le prometió que intentaría llevarlo lo mejor posible. «Otro tanto para su adorado Linc Kingston», pensó Beck con ironía. A pesar de sus recelos personales, que tenía que admitir que habían disminuido al ver lo mucho que se preocupaba por su hermana, estaba agradecido de que no hubiera hecho pasar un mal rato a Chloe. Y como no tendría que tratar con Linc en persona, dio el tema por zanjado.

El fantasma de la operación de su padre sobrevoló durante el resto de la semana, y Beck se centró en el trabajo para mantenerse ocupado. Desde que Chloe se mudó a su casa había descuidado la parte del negocio que requería su presencia y, aunque sus directivos podían encargarse, aprovechó ese tiempo para ponerse al día. Sí, ya no le prestaba a Chloe la misma atención de antes para enfocarse más en el trabajo, pero era necesario a muchos niveles.

El trabajo lo necesitaba.

Su familia lo necesitaba.

Y Chloe no debía acostumbrarse a tener su atención total.

Eso no significaba que la ignorase por las noches, y ella parecía aceptar e incluso comprender su evidente retraimiento. Beck necesitaba espacio mientras lidiaba con la inminente operación y los posibles resultados y Chloe se lo proporcionó, así como calor y afecto en la cama.

Ella se entregaba con tanta generosidad que él aceptaba egoístamente todo lo que le daba.

El miércoles por la mañana Chloe y Beck estaban entrando en su despacho privado cuando el móvil de ella sonó, y contestó de inmediato:

—Hola. ¿Qué tal?

Beck se sentó detrás del escritorio y esperó a que hablase:

—Gracias, Amelia. Sí. Te veré a las tres. Envíame un mensaje con la primera dirección. — Como de costumbre, la sonrisa de Chloe lo dejaba sin aliento y ejercía sobre él una atracción magnética, aun teniendo la cabeza ocupada con tantos problemas.

Tras colgar la llamada, levantó la vista y se encontró con la mirada de Beck:

—Amelia es tu amiga y agente inmobiliaria, ¿verdad? —Se le retorcieron las tripas con solo preguntar, y tuvo que respirar para deshacerse de la incómoda sensación.

Chloe asintió:

—Va a enseñarme hoy los tres apartamentos que más me gustaron. Hay dos que están muy cerca el uno del otro, así que aprovecharemos para verlos todos de un tirón.

Beck estudió su rostro, pero no pudo leer qué sentía ella con respecto a una inminente mudanza. Él, por su parte, odiaba los crecientes tirones en su estómago.

Cogió el ratón para encender el ordenador y echó un vistazo a la agenda en la pantalla.

—Pospondré una llamada y te acompañaré. —Quería asegurarse de que los apartamentos fueran adecuados para ella.

—Ya te he dicho que no hace falta que vengas conmigo.

Beck entornó la mirada:

—Iré contigo.

Su tono hizo que ella abriera los ojos:

—De acuerdo. Gracias.

—¿Dónde están situados los pisos? —Con suerte en el centro o en los alrededores, para poder quedar con ella para comer de vez en cuando.

—Dos al este de Central Park y el otro en pleno centro —respondió—. Me voy a la oficina de Natasha. Me pasaré a las dos y media cuando esté lista para salir. —Y con un ademán salió por la puerta, dejándolo con la mirada fija en el irresistible contoneo de su culo al caminar.

Apartando el pensamiento de que quizás Chloe se mudara lejos se puso a trabajar, y todos los que trataron con él esa mañana tuvieron que soportar el peor de sus temperamentos. Hasta que Ronnie, que llevaba tres años trabajando para él y no le tenía miedo, se le enfrentó y le pidió que dejara de ser un gilipollas con sus empleados. Aunque no con esas palabras.

Beck le tuvo que dar la razón. Aun así, tenía que hacerse a la idea de la inminente partida de Chloe y, en el fondo, asumir que esa separación era necesaria para ambos.



CHLOE DESEÓ QUE Beck no la hubiese acompañado. Comprendía que estuviera ansioso por la operación de su padre al día siguiente, pero estaba de un humor de perros. Teniendo en cuenta todo el tiempo que se había encerrado en su despacho esa semana, seguro que tenía cosas mucho más importantes que hacer que ir a ver pisos con ella. Ya era bastante duro mudarse, y necesitaba espacio para evaluar los apartamentos sin que su negatividad impregnara cada habitación de cada casa en la que entraron.

Empezaron por los que estaban al este de Central Park. El primero le pareció demasiado pequeño y no admitía mascotas, algo que no venía publicado en el anuncio y, como quizás adoptara un perro, ni se lo pensó.

El segundo tenía dos dormitorios, un baño, un aseo y el edificio tenía portero.

Beck adelantó a Amelia, recorrió en un segundo el apartamento y se cruzó de brazos:

—No te vale. Tendrás que compartir tu cuarto de baño cuando tengas invitados. —Hizo un gesto con la mano descartando el lugar, cuando ella ni siquiera había alcanzado a examinar la cocina ni apreciar las vistas.

Ignorándolo, atravesó el apartamento y se acercó a la ventana:

—Mira esto. —El apartamento estaba en el piso veintitrés y tenía unas preciosas vistas al río.

Beck gruñó a su espalda.

Después se fijó en la cocina y le encantaron las encimeras de granito oscuro, los armarios blancos y los electrodomésticos de acero inoxidable.

—Qué bonito.

—Es demasiado pequeño —insistió.

Chloe se dio la vuelta y vio cómo Amelia alternaba la mirada entre ellos dos, dando un paso atrás cuando sus ojos se posaron en el ceño fruncido de él.

—Os dejo para que podáis hablar tranquilos —dijo en voz baja antes de salir al pasillo.

—Estás de un humor de perros, y lo entiendo. Estás preocupado por lo de mañana. De verdad, lo comprendo. Pero soy yo quien tiene que elegir —le recordó.

Beck enarcó una ceja:

—¿Te ha gustado alguno de los apartamentos?

—Bueno, no, pero quería verlos y decidir por mi cuenta. —Él negó con la cabeza y una sonrisa irónica se dibujó en sus irresistibles labios—. Vale, tienes razón. Pero dame la oportunidad de que sea yo quien lo diga —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Es mi vida y quiero tener el control.

Beck asintió en señal de comprensión:

—Vale, lo entiendo. Como el próximo no sea mucho más grande tendremos un problema —refunfuñó.

Chloe puso los ojos en blanco, pasó por delante de él y se dirigió a Amelia para darle el veredicto final sobre el apartamento número dos.

El tercer piso era espectacular. Un moderno dúplex con menos de diez años de antigüedad, muy amplio, como había exigido Beck, con dos habitaciones contiguas, el dormitorio principal en la planta alta, un gran salón, una estupenda y moderna cocina y vistas a un parque. Chloe pensó que había dado con el piso ideal.

—¡Me encanta!

Amelia asintió:

—Me lo imaginaba. Pero por el tipo de edificio que es, hay que arreglar algunos papeles. Lo primero es presentar una oferta. Si es que ya lo tienes decidido.

—Tendrías que ver otras opciones antes de tomar una decisión, ¿no? —Era la primera vez que Beck hablaba en ese apartamento.

En honor a la verdad, le había dado el espacio que necesitaba, desde conocer al portero hasta hablar de las instalaciones y recorrer el apartamento.

—La verdad es que no. Antes de venir he hecho unas averiguaciones sobre los apartamentos y creo que este es perfecto. Es el único disponible en este edificio, y no creo que haya otros en breve —contestó, volviéndose hacia Beck.

Si no quería que se mudara, si quería que se quedara, era el momento de decirlo, y no se refería al apartamento en sí.

Esperó un poco, y luego un poco más. Como él no dijo nada, ignoró el ceño fruncido y le dio una cifra para que se la ofreciera al propietario.

—Es un precio razonable, y al propietario le gustará aunque quizás proponga una contraoferta —dijo Amelia—. También existe la posibilidad de que quiera venderlo. ¿Te interesaría comprar en vez de alquilar?

—Espera. Tienes que investigar mucho más antes de plantearte siquiera comprar nada —espetó Beck.

Chloe apretó la mandíbula:

—¿Crees que no lo sé? Prácticamente he nacido dentro de una inmobiliaria. —Suavizó el gesto para decirle a su amiga—: Me pondré en contacto contigo.

Amelia asintió en señal de comprensión:

—Fue algo que me comentó el propietario cuando le dije que hoy enseñaría el piso. Estamos en contacto y, mientras tanto, hablaré con él sobre el alquiler. —Sonrió a Chloe e ignoró a Beck.

—Me parece estupendo —respondió ella.

Salieron al rellano y Amelia cerró el apartamento. Bajaron en el ascensor antes de que Chloe

y Beck se separaran de la agente inmobiliaria en la calle.

Volviéndose hacia Beck, Chloe abrió la boca para reprocharle su actitud, pero él la detuvo estampando su boca contra la suya, deslizando la lengua por sus labios y enredándola con la de ella. Como de costumbre, su cuerpo se fundió con él y el beso provocó un cortocircuito en su cerebro.

Levantó la cabeza y la miró:

—No pretendía menospreciarte o subestimarte. Es que estoy estresado y abrumado por lo de mañana.

Su enfado desapareció con esa especie de disculpa y suspiró:

—Lo sé. Créeme, no voy a tirar millones en un apartamento sin antes examinarlo al milímetro. —Millones que tenía gracias a un fondo fiduciario creado por el padre de su padre.

—Lo sé. Solo quería cuidar de ti. —Le puso una mano en la espalda, paró un taxi y permaneció en silencio durante el trayecto de vuelta a su loft en el centro.



CHLOE ESTABA TUMBADA en la cama con Beck. Después de una increíble y satisfactoria sesión de sexo, se quedó profundamente dormido con ella en brazos. Chloe había llegado a aceptar que durante toda esa semana él la utilizase para espantar los demonios que lo atormentaban. Aunque *utilizar* tampoco era la palabra adecuada, porque a Beck no le daba igual ni le venía bien cualquier cuerpo. Sabía que solo la quería a ella, tanto como entendía que era algo temporal.

Él se había dado la vuelta, liberándola de sus brazos, y dormía plácidamente. Le alegraba que hubiera podido conciliar el sueño, ya que al día siguiente operarían a su padre. Por el contrario, ella no paraba de dar vueltas en la cama. Le agotaba haber tenido que lidiar toda la semana con su mal humor, pero en lugar de caer rendida como él se quedó mirando al techo, incapaz de apagar la mente.

Rememoró el almuerzo con Linc. Después de la charla se sentía muy optimista con respecto a la relación con Beck, y esperaba que se diera cuenta de que además de preocuparse por ella, también la quería en su vida. Y no solo en un papel secundario. Al fin y al cabo cuando bajaba la guardia se divertían, disfrutaban comiendo juntos y el día a día de la vida en común, y estaban sincronizados en muchos aspectos. Más de lo que nunca había estado con Owen.

Unas semanas atrás era para él una mera desconocida, y aún así la alentó a luchar por sus sueños y superar sus miedos. Ella se esforzó con denuedo por hacer lo mismo por él, pero no se mostró dispuesto a intentar superar sus problemas.

Lo de Linc era solo un ejemplo. Le contó cómo su hermano reconoció haberse acostado con su novia y que asumía la culpa por haber traicionado a su amigo. Esperaba que Beck se ablandara, en cambio se limitó a escucharla y decirle que se alegraba de que supiera toda la verdad y de que Linc se comprometiese a no insistir sobre su amistad. Como si él no tuviese nada que ver con esa historia, tal era la distancia que había marcado con su antiguo amigo que no tenía interés en ningún tipo de acercamiento. Y era una pena.

En cuanto a la propia Chloe, conforme se acercaba el día de la operación de su padre, más se alejaba de ella. Se le estrujaba el corazón mientras lo veía dormir. Era el único momento en que su expresión era suave, relajada y no atormentada. Quería brindarle mucho más de lo que él parecía dispuesto a aceptar o dar, y todo por su negativa a abrir el corazón a nadie que no fuese su núcleo familiar más íntimo. Temía a la pérdida, y sus miedos eran reales.

Le pasó una mano por la cara y le dio un beso en la mejilla antes de darse la vuelta, decidida a dormirse.



BECK SE LEVANTÓ temprano sin la ayuda del despertador, preparado para afrontar el día. Aunque le había dicho a Chloe que no tenía que acompañarlo al hospital, ella se había levantado y estaba preparada incluso antes que él. Se reunieron con sus hermanos en la sala de espera del hospital, donde se encontrarían con su madre una vez que su padre entrase al quirófano.

El tiempo pasaba y hasta sus hermanos, que solían bromear y reír, guardaban silencio. Chloe se quedó todo el rato que duró la cirugía, llevándoles café y aperitivos y, en general, haciendo lo que podía por su familia, pero sobre todo por él. Y cuando la cirujana entró en la sala de espera, le cogió la mano y se la apretó.

La mirada de la doctora se dirigió a su madre:

—¿Señora Daniels?

Audrey ya estaba de pie:

—Sí, doctora Skinner. ¿Cómo está?

Todos esperaban de pie.

La doctora sonrió:

—La cirugía ha salido bien. Pudimos entrar por laparoscopia tal como teníamos previsto. Pensábamos que estaba en estadio uno, pero parece que el cáncer ha crecido a través de la pared del colon aunque no...

A partir de ahí, Beck empezó a ver borroso, y un torrente le aturdió los oídos. Oyó las palabras *ganglios linfáticos, probable quimioterapia y prognosis*, y todo a su alrededor se derrumbó.

—¿Beck? ¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó su madre—. Aunque está en fase dos, son muy optimistas.

—Claro. Igual de optimistas que con Whitney. —Era como si las paredes fueran a aprisionarlo, necesitaba salir corriendo de allí—. Tengo que irme.

Sus hermanos lo miraron con cara de preocupación.

—Beck, espera. —Chloe se acercó—. Imagino que querrás ver a tu padre en cuanto lo permitan, así que sentémonos y hablemos.

Sacudió la cabeza. No quería derrumbarse delante de ella o, peor aún, sentirla aún más cercana mientras intentaba consolarlo, hazaña imposible en aquel momento.

Ella le puso la mano en el brazo, y él rechazó conscientemente su contacto, no quería su preocupación ni su compasión.

—Necesito estar solo.

Y con ese aviso se dio media vuelta para salir de la sala de espera y alejarse del hospital y de las palabras que le recordaron otro tiempo y lugar que tuvieron un desenlace fatal.



CHLOE LO VIO marchar e hizo lo posible por no tomarse su rechazo como algo personal. Lo estuvo observando mientras la doctora daba el parte médico y vio cómo se apagaba y su expresión se volvía inexpresiva. Estaba pálido, y ya estaba preocupada por él antes de que abriera la boca.

—Chloe, no dejes que te afecte. No lleva bien la enfermedad de nuestro padre porque le recuerda a otra cosa —dijo Tripp, que claramente desconocía cuánto sabía ella.

Miró a ese hombre que había perdido a su gemela y, sin embargo, parecía más entero que Beck. Cada persona vivía el duelo de forma diferente, y Tripp era médico. Tras la muerte de su hermana, había estado muchas veces más en contacto con la muerte. Chloe no tenía ninguna

duda de que la elección de Tripp había tenido mucho que ver con la enfermedad de Whitney.

—Te llevaré a casa y, cuando vuelva, quizá pueda ver a mi padre. —Drew la miró, y su cálida mirada la reconfortó.

Audrey se acercó a ella:

—Vamos, cariño. Será un día largo, y ya has hecho bastante por nosotros. —Dio a Chloe una palmadita en el brazo—. Gracias por estar aquí apoyando a mi hijo. Espero que no te tomes su reacción como algo personal. Le costó mucho procesar la muerte de Whitney. Aunque llevé a los chicos a terapia, no creo que Beck se abriese o escuchase nada. —Levantó los hombros y suspiró.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste —murmuró Chloe—. Al mismo tiempo que pasabas tu propio duelo. Beck tendrá que resolver las cosas por sí mismo. —Tenía la clara impresión de que tampoco dejaría que ella lo ayudara.

Drew enhebró su brazo:

—Vamos.

—¿Seguro? No me importa coger un Uber, y así puedes esperar aquí. —No quería añadirle más estrés al ya complicado día.

El hermano de Beck asintió:

—Por supuesto. Y así aprovecho para despejar un poco la cabeza en vez de estar sentado aquí esperando.

Lo miró con agradecimiento y se despidió. Tanto Tripp como Audrey prometieron avisarle si Beck se ponía en contacto con ellos, y esperaba que lo hiciera. Su familia ya tenía bastantes preocupaciones.

Drew la llevó en su coche al centro, a casa de Beck. Insistió en acompañarla hasta la puerta del loft y asegurarse de que llegaba sana y salva. Supuso que también quería ver si su hermano se encontraba allí, pero no estaba.

—¿Tienes idea de adónde puede haber ido? —preguntó mientras Drew se daba la vuelta para marcharse.

Sacudió la cabeza:

—Tarde o temprano acabará bebiendo y rumiando su pena en algún sitio. En cuanto veamos a mi padre, Tripp y yo saldremos a buscarlo. Se me ocurren un par de sitios donde empezar.

Chloe tragó saliva:

—Tráelo sano y salvo —pidió con la voz ronca por intentar contener el llanto.

Estaba preocupada, agobiada y muy inquieta por la reacción de Beck ante algo que a largo plazo no parecía tan grave. Estuvo en su mundo mientras la doctora daba el parte, y Chloe no sabía decir si llegó a escuchar con claridad la información o si le había entrado por un oído y salido por el otro, interpretándolo como le dio la gana.

—Lo haré, Chloe. —Drew la abrazó—. Me gusta que estés con mi hermano. Es un hueso duro de roer, pero no te rindas con él, ¿vale?

Ella le dedicó una tímida sonrisa:

—No creo que la decisión de estar juntos dependa de mí. Pero gracias. Sé que va a necesitar a su familia. Me alegro de que estéis así de unidos.

Drew le guiñó un ojo y se marchó, dejándola sola en el loft sin saber el paradero de Beck. Tenía un largo día por delante y, como ya llevaba ropa cómoda, se quitó los zapatos y los dejó junto a la puerta, cogió el iPad de su habitación y se sentó en el sofá del salón a esperar.

Para matar el tiempo y evitar preocupaciones se puso en contacto con sus amigos, que llevaban semanas llamándola, desde la “no boda”, para saber cómo estaba. Al principio se limitó

a decirles que estaba bien, pero ya le apetecía empezar a abrirse acerca de su vida y sus planes, pues se sentía cada vez más libre a medida que explicaba que dejaba su trabajo, se presentaba al concurso y se planteaba abrir su propio negocio.

Sin noticias de Beck ni de sus hermanos, sacó su teléfono y le envió algunos simples mensajes: *¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Quieres que nos veamos en algún sitio?* Los mensajes no fueron respondidos, ni siquiera leídos.

Se había quedado dormida leyendo en el sofá después de cenar cuando el ruido de la puerta del apartamento la despertó.

—Eso es. Vamos. Solo unos pasos más. —Parecía la voz de Tripp, y Chloe apartó el libro electrónico de la barriga y se levantó, corriendo a su encuentro.

Tripp sujetaba a Beck con el brazo, guiándolo al interior.

—Al dormitorio, ¿no? —preguntó Tripp a Chloe antes de que pudiera decir nada.

Ella asintió, siguiendo a un Beck muy borracho mientras su hermano lo llevaba a su habitación y lo dejaba sin más ceremonias sobre la cama.

Chloe frunció el ceño y se apresuró a levantarle los pies para que pudiese estirarse sobre el colchón. Le quitó los zapatos y los dejó en el suelo antes de volverse hacia Tripp.

—¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros:

—Drew y yo nos separamos para buscarlo. Él fue al club y yo al TEN29. Lo encontré como una cuba y pidiéndose otra copa. Como podrás comprobar, habría acabado inconsciente.

Ella entrecerró la mirada:

—¿Dónde está ese bar?

—No muy lejos de aquí. Conocemos a los dueños —contestó mirando a Beck, que estaba de espaldas y roncando.

Ella suspiró:

—Nunca lo había visto borracho.

—No suele hacerlo a menudo. Nunca, en realidad. Solo bebe una copa o dos para relajarse y ya está. Hoy quiso espantar sus demonios. Estará bien por la mañana. —Sacó un móvil del bolsillo y se lo dio—. Es el teléfono de Beck. Lo cogí de la barra, donde estaba sentado.

Ella asintió, cogiendo el móvil:

—Se lo daré mañana en cuanto despierte. Tripp, espera. ¿Cómo está tu padre? —preguntó tanto para sí misma como para Beck, que querría tener novedades en cuanto se le pasara la borrachera.

Se metió las manos en los bolsillos traseros:

—Mi padre es fuerte. Hace todo lo que dicen los médicos y las enfermeras, y está empeñado en salir de allí en unos días. No se sabrá si hará falta quimioterapia hasta tener el resultado de las biopsias, pero somos optimistas. Y los médicos también. Creo que mi hermano no ha oído ni una palabra de lo que han dicho —añadió, señalando a Beck con el pulgar.

Chloe tenía cara de preocupación:

—No lo ha superado.

—Lo de Whitney —dijo Tripp, tensándose—. Sí, lo sé. A todos nos afectó de diferente forma, pero Beck siempre ha sido muy protector, y por supuesto que asumió ese papel con mi gemela. Yo no pude soportarlo, y tengo que vivir con ello. Pero Beck —añadió sacudiendo la cabeza— tiene que dejar de vivir anclado en el pasado y mirar hacia adelante. Intenté decírselo esta noche, pero dudo que me escuchara en ese estado.

—Lo sé —dijo con tristeza.

—Oye, ¿estás segura de que puedes cuidar de él? Yo también puedo quedarme —ofreció, pero estaba claro que prefería no hacerlo. De hecho, ya tenía un pie fuera.

Chloe sonrió:

—Me las apañaré. Además, se lo debo.

Tripp se rió:

—Vale, si necesitas algo llama a cualquiera de nosotros. Apunta mi teléfono.

Ella asintió:

—Tengo el móvil en la sala de estar. Iré a cogerlo.

Tripp le dio su número y se marchó.

Chloe se dejó caer contra la puerta y suspiró. No sabía qué noche le esperaba, si Beck dormiría la mona o se despertaría en mitad de la madrugada. Pero sí sabía que él no haría el ridículo como ella en la noche de su “no boda”.

Después de poner el despertador, volvió al dormitorio para cuidarlo.

Capítulo undécimo

A BECK LE martilleaba la cabeza como si alguien estuviese tocando el bombo dentro de su cráneo. Se dio la vuelta refunfuñando y se arrepintió de inmediato de haberse movido. ¿Qué coño había pasado?

Parpadeó y cuando pudo enfocar la vista comprobó que estaba en su habitación. «Gracias a Dios». No estaba en una casa desconocida. Se consideró muy afortunado, teniendo en cuenta lo mal que se encontraba y lo poco que recordaba de la noche anterior.

Mientras sopesaba si sería capaz de levantarse a beber un vaso de agua y tomar un ibuprofeno, los acontecimientos del día anterior le volvieron a la mente y recordó la operación de su padre. Buscó en la mesita de noche, donde siempre guardaba el teléfono, pero el retumbar de su cabeza se lo impidió.

—Mierda.

—¿Estás despierto? —preguntó la familiar voz de Chloe.

—Apenas. —El martilleo en su cabeza no le dejaba ni abrir los ojos para mirarla.

—Toma. Encontré ibuprofeno en el baño y tengo un vaso de zumo de naranja. ¿Crees que podrás sentarte y beberlo?

—Sí. Me las apañaré. —Levantó poco a poco la cabeza y se incorporó hasta apoyarse en el cabecero. Abrió los ojos y encontró su mirada preocupada.

—Tripp te dejó anoche en la cama y no te has movido ni una sola vez —dijo, tendiéndole las pastillas y el vaso—. Toma.

Se dio cuenta de que llevaba la misma ropa del día anterior. Al ver a Chloe comprobó que ella también. Tomó la medicina junto con el zumo, bebiendo despacio porque se le revolvía el estómago y no quería vomitar.

—Gracias —respondió devolviéndole el vaso, que ella colocó sobre un pañuelo en su mesita de noche—. ¿Sabes algo de mi padre?

Aunque había necesitado tiempo a solas, emborracharse había sido una puta estupidez dado que no tenía ni idea de cómo se encontraba después de la operación. Estaba muy cabreado consigo mismo.

Ella tragó saliva, obviamente preocupada por su reacción.

—Dímelo —le preguntó de modo desabrido, y tras reparar en su tono agresivo y fuera de lugar moduló la voz—. Por favor.

—No sé con qué información te has quedado del parte de ayer, pero a pesar de estar en estadio dos, los médicos se muestran muy optimistas. Y antes de que digas nada, todos en tu familia se han quedado con el mismo mensaje. —Se agachó y se sentó a su lado—. Y todos quieren que tú sientas el mismo optimismo. Tu padre necesita tu apoyo, no que estés alterado por él.

Beck asintió:

—Lo sé. He sido un imbécil.

Chloe suspiró:

—No, estabas disgustado y es comprensible. Lo hecho, hecho está, recupérate y ve a visitarlo —dijo.

Beck soltó una carcajada al oír su tono serio:

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Hemos invertido los papeles. Tú estás cuidando de mí. —«Y ojalá no me gustara tanto», pensó él.

Ella lo miró con recelo:

—Es lo que se hace cuando amas a alguien, Beck.

Él la miró estupefacto, esperando a que se retractara, pero no lo hizo. Solo le sostuvo la mirada con esa funesta frase suspendida entre ellos.

—Chloe, no.

Pero ella levantó las cejas:

—¿No? ¿Tú también vas a decirme qué puedo sentir y qué no? Bastante tengo con mis hermanos.

Beck tragó con fuerza, pero su boca estaba seca como un desierto y los labios casi pegados:

—No es amor lo que sientes por mí, Chloe. —Si lo decía bastantes veces, tal vez la convenciera. Entonces ese pánico que corría por sus venas desaparecería y todo volvería a ser como antes.

—No puedes dictarme qué es lo que siento —repitió ella, poniéndose en pie. Cuando se encogió y se hizo una bolita pudo ver cuánto daño le había hecho, pero tenía que hacérselo entender.

—Chloe, te acogí después del plantón de tu exprometido. Lo hemos pasado muy bien juntos. He estado a tu lado alentándote para que empezaras a rehacer tu vida. Tan solo he sido el chico adecuado en el momento adecuado para hacerte sentir bien. Pero eso no es amor. Es despecho.

Lo miró fijamente con lágrimas en los ojos:

—Al menos ya sé lo que sientes por mí, Beck. Y sin entrar en si estás enamorado de mí o no, ¿te das cuenta de que si continuas apartando a todo el mundo te espera una vida muy solitaria? —Se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Le destrozó el corazón verla partir. En un intento de recordarse por qué acababa de hacerle tanto daño, y también a sí mismo, abrió el cajón superior de la mesita de noche y sacó el papel plastificado con la letra de su hermana.

Withney se había ido. Ese pronóstico optimista que tanto le auguraron nunca se cumplió. Su padre tenía cáncer en estadio dos, no en estadio uno como pensaron en primera instancia. Una vez más, los médicos se habían equivocado.

Miró la lista. *Enamorarse y casarse*. Pasó el dedo por las palabras y negó con la cabeza. No. No podía dejar entrar a Chloe. No podía añadirla al cerrado grupo de personas cuyo bienestar le preocupaba y por las que rezaba cada día por no perder.

Si pudiera hacerle ver que él tenía razón, seguiría siendo su amiga. Podrían seguir cuidándose el uno al otro, pero desde la distancia. Y estarían bien.

¿No?



CHLOE PASÓ VARIAS horas encerrada en su habitación. Desayunó una barrita de proteínas que llevaba en el bolso y aprovechó el tiempo para empaquetar todo lo que había comprado durante su estancia con Beck. Gracias a Dios también compró maletas para cuando se mudara. Se le partía el corazón, pero ella era la única responsable. Beck había sido honesto al cien por cien desde el primer día. Haberse enamorado de él era culpa suya.

Decirle *te amo* había sido un error, pero no iba a disculparse por sus sentimientos o, peor aún,

negarlos una vez expresados. Beck tenía demasiado miedo a perder a alguien como para ver la verdad frente a sus ojos. No sabía si él la amaba, y aunque no quería tener una relación lo cierto es que la habían tenido. Y no tenía derecho a decirle que ella no lo amaba ni a minimizar sus sentimientos.

—Despecho, ¡y una mierda! —murmuró, cerrando la cremallera de su estuche de maquillaje y terminando de hacer la maleta.

Lo último que quería era dejar a Beck y ese loft que se había convertido en su refugio. No quería mudarse con Jordan y Linc, pero necesitaba vivir en la ciudad, no a una hora de camino como estaba la casa de su madre. Así que llamó a Xander, quien aceptó de buena gana que se quedara en su apartamento del centro. Como de costumbre estaba en su casa de los Hamptons, pero prometió reunirse con ella en el apartamento sobre las diez con una copia de la llave.

Llamó a Linc, le pidió que evaluara el piso que le interesaba y le comunicó que hasta que no tuviera casa propia, se quedaría en la de Xander.

Esperó a que Beck se fuera a trabajar antes de salir de su habitación. Sus pasos resonaron por el pasillo así como los agudos pitidos de la alarma al ser desactivada.

Una vez estuvo sola, pidió un Uber y se dirigió al norte de Manhattan. Al menos se encontraría con Xander y no con Linc. Acababa de conseguir que su hermano mayor dejara de darle la brasa con Beck, y cuando se enterase del final de su amistad/relación/lo que demonios hubiera sido, perdería la medida que le había prometido. Chloe no quería irse, pero tenía demasiado orgullo para quedarse.

Había aguantado toda la noche y esa mañana. Aguantó mientras cargaban las maletas en el coche y cuando se sentó en el asiento trasero. Pero en cuanto cerró la puerta del Uber, las lágrimas empezaron a caer.



CHLOE SE REUNIÓ CON Xander en su apartamento. Sin hacer preguntas le dijo que se pusiera cómoda y la ayudó a llevar las maletas hasta el dormitorio de invitados. Tenía un armario espacioso, y no quiso ocupar el dormitorio principal por si su hermano quería quedarse a dormir algún día. La dejó sola para que deshiciera la maleta y al cabo de un rato oyó voces al otro lado del pasillo.

Salió de su habitación y se dirigió al salón, donde, como sospechaba, encontró a Linc y a Jordan.

—¿En serio? —le preguntó a Xander.

Se encogió de hombros:

—Da la casualidad de que Linc me llamó cuando venía de camino.

—Y tuviste que decírselo. —Miró a su hermano mayor—. ¿Has venido a regodearte? ¿A decir “te lo dije”?

La mirada compasiva de Linc se cruzó con la suya, y le sorprendió ver tanta bondad en sus ojos:

—No quería que te hicieran daño.

Ella parpadeó para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con volver a caer.

—A decir verdad, Beck me lo advirtió varias veces: que no quería ataduras, que no tenía intención de enamorarse y que nunca se casaría. Me lo dejó bien claro, es mi culpa haberme enamorado de él.

—No podemos controlar de quién nos enamoramos —dijo Jordan en voz baja mirando a Linc, que asintió con expresión sombría.

—A veces, ni teniendo los ojos bien abiertos se puede evitar la zancadilla —murmuró Xander.

«Sasha Keaton», pensó Chloe. La famosa actriz que aparecía en todas las alfombras rojas, revistas de moda y redes sociales. Se conocieron antes de que se convirtiera en la estrella del momento, y su hermano cayó rendido a sus pies.

Pero Sasha era más joven que él y ansiaba alcanzar el éxito y la fama, y aunque Xander estaba enamorado de ella le rompió el corazón. A pesar de su apariencia de duro *exmarine*, en el fondo era muy sensible y, si bien intentaron que la relación funcionara, la ambición y el estilo de vida nómada de Sasha pudo con ellos. La ruptura lo destrozó. Habían pasado años, y no había vuelto a tener una relación seria con ninguna mujer.

Por desgracia, las palabras de su hermano tenían mucho sentido.

—Sé lo que quieres decir —dijo Chloe—. Pero no puedo culpar a Beck por haberme enamorado de él. —Se le llenaron los ojos de lágrimas que se enjugó con el dorso de la mano.

—¿Estás segura de que es amor? —preguntó Linc—. Hace un par de semanas ibas a casarte con otra persona. Tal vez sea solamente...

—No te atrevas a decir la palabra despecho —espetó Chloe, invadiendo el espacio personal de su hermano—. Puede que con Owen haya tenido la cabeza metida en la tierra como un avestruz, lo admito, pero con el tiempo me he dado cuenta de que si quería casarme era solo porque creía que era una apuesta segura. Un hombre que no me engañaría como hizo papá con mamá. —No pudo contener la carcajada que se le escapó—. Está claro que me equivoqué. Al igual que me equivoqué viviendo mi vida sin arriesgar en nada ni luchar por mis sueños.

Miró a su familia, que la observaba con atención y se limitaba a escuchar, algo que agradecía enormemente.

—Desde que Owen me dejó plantada el día de mi boda, he hecho todo lo posible por entenderme a mí misma, tomar mis decisiones y elegir lo que quiero para el futuro. Y Beck ha estado ahí, ayudándome y animándome en todo momento. Sé muy bien lo que siento por él, y sé que es real. El único problema es que no me corresponde.

—¿Él te ha dicho eso? —preguntó Linc.

Ella respiró hondo y asintió.

—¿Dijo que no te amaba? —insistió su hermano mayor.

Ella negó con la cabeza:

—Dijo que nunca se enamoraría ni se casaría. Tiene miedo de perder a alguien más tras lo que ocurrió con su hermana, y no hay nada que pueda hacer al respecto. Dicho esto, en vez de seguir escarbando en mi humillación, saldré a dar un paseo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Xander.

Ella lo miró sorprendida. No le gustaban las calles de la ciudad, ni el ruido, ni las multitudes.

—Claro, me encantaría. —Con Xander podía caminar en silencio y pensar. Su hermano no era de esos que hablaban por miedo al silencio.

Se volvió hacia Linc y Jordan:

—Gracias por venir. Dadme un poco de tiempo, ¿vale? —Necesitaba lamerse las heridas en privado y, aunque Linc no quería presionarla, así era él.

—Siento no haberme dado cuenta de que estabas descontenta en el trabajo y no haberte dado espacio para desarrollar tu creatividad. —Linc tiró de ella para abrazarla—. Me siento en deuda con Beck por todo el apoyo que te brindó, pero a la vez quiero matarlo por hacerte daño.

Se echó a reír:

—Lo suyo es que volváis a mantener una distancia cordial. Creo que es mejor para todos a

que empecéis a relacionaros.

—Claro. —Dio un paso atrás y cogió la mano de Jordan—. ¿Lista?

Chloe asintió.

—Lláname si quieres hablar —dijo la futura cuñada de Chloe.

—Lo haré.

Pasó el día con su hermano, pero no pudo quitarse a Beck de la cabeza.



BECK ESTABA SENTADO en su escritorio mirando fijamente la puerta cerrada, con la certeza de que Chloe no la abriría ni asomaría la cabeza. Se había ido temprano del apartamento esa mañana para evitar un momento incómodo. Volver a casa esa noche tampoco sería fácil, pero en algún momento tendría que enfrentarse a ella.

Si conseguían superar el embarazoso hecho de haberse acostado y de que ella le confesara su amor, unos sentimientos para los que no estaba preparado, volverían a ser compañeros de piso y amigos.

Refunfuñó y se sumergió en el trabajo, llamadas, reuniones, lo que fuera con tal de no pensar. A las tres de la tarde se dirigió al hospital para ver a su padre en persona. Ya los había llamado por la mañana y a mediodía. A pesar de los dolores y dificultades normales de un postoperatorio, parecía de buen humor e intentaba recuperarse rápidamente siguiendo el consejo de los médicos al pie de la letra. Quería salir del hospital cuanto antes. Y Beck lo entendía.

La visita fue corta porque no quería agotar a su padre a pesar de que si pasaba el fin de semana sin complicaciones ni imprevistos, el lunes le darían el alta. Los resultados de la biopsia estarían a finales de la semana siguiente. Apartó ese pensamiento y se fue a casa.

Entró al vestíbulo del loft preparado para tener algún tipo de conversación, pero reinaba un extraño silencio. Todas las luces estaban apagadas, lo cual era raro teniendo en cuenta que a Chloe le gustaba sentarse en el gran salón con las lámparas encendidas para leer.

Rezó porque no se hubiera refugiado en su habitación, dejó el teléfono en el aparador y caminó por el pasillo. La puerta estaba abierta, pero las luces también estaban apagadas.

Se le revolvió el estómago y miró dentro. La habitación estaba vacía. Desprovista del perfume que guardaba en la cómoda, la botella de agua de la mesita de noche y otros enseres que se había acostumbrado a ver allí. Entró en lo que había llegado a considerar la habitación de Chloe y abrió todos los cajones de la cómoda, y uno tras otro los encontró vacíos. Y aunque no le hacía falta, también comprobó el armario. Todas sus pertenencias habían desaparecido.

—Joder. —Se tumbó en la cama y se pasó una mano por el pelo. ¿De verdad esperaba que se quedara después de haberla rechazado como lo hizo? Se había estado engañando a sí mismo todo el día porque no quería ni pensar en que se marchase sin decir una palabra.

Y lo peor de todo era que no podía culparla.

Le sonó el móvil, salió del dormitorio vacío y se dirigió a la entrada, donde había dejado el teléfono. Un número que no reconocía apareció en la pantalla y, aunque normalmente ignoraba ese tipo de llamadas, algo le dijo que contestara.

—¿Hola?

—Oye, imbécil. Nos vemos en el club en treinta minutos. Tenemos que hablar.

Beck cerró los ojos y gimió:

—Linc, ¿de verdad tiene que ser esta noche?

—No se me ocurre un mejor momento. Hasta ahora.

Se planteó no presentarse, consciente de que iba a machacarlo, pero ya había pasado

demasiado tiempo. Lo menos que podía hacer era escuchar a Linc.

Daba igual lo que tuviera que decirle.



BECK LLEGÓ TARDE adrede al club en el que estuvo por última vez con Chloe. Si Linc iba a echarle la bronca, no podía obedecer y ponerse a su disposición de forma inmediata. Esas pequeñas cosas ayudaban a mantener el poder.

Al llegar lo encontró sentado en una mesa privada en un rincón con una botella de Macallan y dos vasos bajos.

Beck se acomodó en el asiento vacío de enfrente. En silencio, se sirvió una copa y miró a Linc, que se limitó a asentir. Inclínó la botella y observó cómo se vertía el licor, y cuando terminó deslizó el vaso por la mesa.

Cada uno cogió su whisky y bebió un largo sorbo.

Linc lo estudió, haciendo rodar el vaso entre las palmas de las manos:

—Estaba borracho, pero no es excusa para lo que hice. Eras mi mejor amigo y te traicioné. —Beck parpadeó. Esperaba que le echara en cara que rechazase a Chloe, no recibir lo más parecido a una disculpa de lo que Linc era capaz—. Si te digo esto no es para negar mi responsabilidad, pero tengo el vago recuerdo de una mujer trepando a mi cama diciendo “He vuelto”. Estaba demasiado borracho para darme cuenta de que no era Lacey. —Linc agachó la cabeza, visiblemente arrepentido.

—Mierda. —Beck no sabía qué decir. No tenía ni idea de que Jenna hubiese fingido ser la novia de Linc. Se le encogió el estómago al pensar en lo que su antiguo amigo habría sufrido. Si hubiese sido al revés, Linc estaría en la cárcel. Había muchos apelativos para las mujeres como Jenna, pero se las sacudió de la cabeza.

Después de tantos años no solo aceptaría la disculpa, le dejaría claro que empatizaba con él:

—Jenna era una trepa que no daba puntada sin hilo, y pude ver de primera mano sus tejemanejes con otros compañeros de la universidad. Tenía un objetivo claro, que le prestara más atención, y te usó para conseguirlo. Como no logró que dejara mi trabajo, pasó a la siguiente conquista. —Beck se encogió de hombros—. No fue fácil superarlo y olvidar lo que pasó entonces. Después me pareció que había corrido demasiado agua bajo el puente. El tiempo y los tratos comerciales enquistaron la ira y el odio entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. Ahora respóndeme a una pregunta. ¿Has usado a mi hermana para vengarte de mí? —Linc bebió otro gran trago.

—Joder, no. —Beck levantó su vaso e hizo una pausa—. Aunque no voy a negar que aquella mañana en la *suite* del hotel disfruté viéndote perder los nervios.

Linc puso los ojos en blanco y Beck no pudo contener una sonrisa.

Sonrisa que se desvaneció en cuanto pensó en Chloe. Apartó la mano del vaso y la cerró en un puño:

—Nada de lo que pasó con tu hermana tuvo que ver contigo.

Tuvo que ver con esa triste mujer vestida de novia que intentaba arreglarlo todo con alcohol. Luego vio a la mujer real que se derrumbó en la *suite* del hotel, y algo en ella lo cautivó.

A menudo pensaba que le recordaba a como podría haber sido su hermana. Una mujer fuerte rodeada de hermanos, luchando por abrirse camino. Pero Whitney nunca tuvo esa oportunidad. Y él no iba a abrirse a nadie, ni siquiera a la hermosa y valiente Chloe Kingston.

—Sí, sé que no la usaste —dijo Linc. Eso le sorprendió. Pero antes de que pudiera responder, prosiguió—: He logrado entender que no la estabas utilizando. Cuando almorzamos juntos,

Chloe me contó lo mucho que la has apoyado, animado y acompañado de una forma que yo no pude... —Linc se pasó la mano por los ojos, mostrando su frustración consigo mismo—. No fui consciente de las necesidades de mi hermana. Ella ocultaba su infelicidad. No tenía ni idea de que su trabajo no le satisfacía. Y no importaba cuánta gente le dijera que estaba cometiendo un error con Owen, no quería dar el brazo a torcer con él.

«Maldita sea». Beck sintió lástima por su viejo amigo. Sentiría lo mismo si se tratara de su hermana y no hubiera percibido que lo estaba pasando mal.

—A veces es más fácil ver las cosas desde fuera —dijo, en un intento por hacer que Linc se sintiera mejor.

—Bueno, a pesar de todo, conseguiste que se abriese y que apostara por sus sueños. Y aunque me cueste hacerlo, tengo que darte las gracias. —Linc se inclinó hacia delante en su silla—. Pero lo que me enerva es que se haya ido de tu casa porque fuiste un puto gilipollas con ella.

—Ya tardaba en salir ese cabrón al que conozco. Bienvenido —murmuró Beck. Pero no pudo evitar preguntar—: ¿Cómo está? —Había pensado en ella sin parar, fustigándose por haberla herido, por ser un témpano incapaz de descongelarse y luchar por lo que realmente quería.

—Te lo puedes imaginar. Pero es dura. Se olvidará de ti —dijo Linc como si nada.

«Ouch». La idea de que Chloe pasara página le dio náuseas, pero se obligó a recordar sus motivos.

—Mira. Tú quieres lo mejor para Chloe y yo también. Y si en algo estamos de acuerdo es en que yo no lo soy. —No podía ser él.

—Por mucho que me fastidie admitirlo, te equivocas —dijo Linc—. Ella te quiere y cree que puedes hacerla feliz. Y por lo que he visto, tiene razón.

Que de entre todas las personas del mundo, fuese Linc quien lo estuviera empujando hacia Chloe era un *shock*. Aun así, Beck negó con la cabeza: no quería ahondar en su pasado y su dolor con nadie. Pero si servía para ayudar a Chloe a superarlo, se lo explicaría a él.

Apuró su bebida para darse fuerzas y apoyó el vaso sobre la mesa.

—Sabes lo de mi hermana.

Linc asintió:

—Y sé que por eso te has apartado de Chloe. Creo que tendrías que reconsiderarlo. El miedo te está arrebatando la posibilidad de ser feliz. Te lo digo por experiencia, el amor merece correr ese riesgo.

—Aún no has experimentado una pérdida tan grande. Y no se lo deseo a nadie. Ni siquiera a ti. —Volvió a llenar su vaso.

—Bueno, al menos lo intenté. —Linc se reclinó en su silla, con cara de disgusto—. Sigues siendo el mismo idiota testarudo de siempre —añadió, pero su sonrisa de satisfacción le decía que no hablaba en serio. Era evidente que no estaba de acuerdo con sus decisiones, pero las respetaba.

Beck levantó su vaso y le dedicó a Linc la misma sonrisa:

—Lo mismo digo, colega —respondió, y bebió otro trago antes de echar la silla hacia atrás y marcharse a casa.



CHLOE SOBREVIVió AL largo fin de semana en parte porque Xander se quedó en la ciudad en lugar de volver a su casa de la playa. No quería dejarla sola, y ella agradeció la compañía. Pasaron el rato juntos, vieron la televisión durante horas, pidieron pizza y helado y disfrutaron de un par de días de relax.

Echaba de menos a su hermano, y fue muy especial poder pasar tiempo a solas. Le contó hasta el último detalle de su próxima película. Chloe ya había leído el libro, por supuesto, pero disfrutaba escuchando los cambios en el guión y las razones para adaptar la novela. Pero por mucho que Xander intentase distraerla, no podía olvidar a Beck.

Después de hablar y verlo a diario, no sabía nada de él desde que se había mudado a casa de su hermano. Se moría por saber cómo fue volver al loft y descubrir que ya no estaba, si se sintió aliviado por no tener que pedirle que se fuera o triste por perder lo que habían compartido.

Era una locura cómo se compenetraron tan rápido en circunstancias tan insólitas, y deseaba que las cosas no hubieran terminado así. Pero no tenerlo en su vida no quería decir que no se preocupara por su familia, sobre todo por su padre. Tenía guardado el número de teléfono de Tripp y esa mañana a primera hora había llamado para pedirle el móvil de su madre. Le preguntó por su marido sin hacer referencia a Beck. Su madre tampoco preguntó, y Chloe tampoco explicó por qué no era el propio Beck quien la tenía al día.

A pesar de sentirse desdichada y echarlo de menos, Chloe se negaba a ceder a la misma melancolía que la había arrastrado después de que Owen la dejara plantada en el altar. Tenía objetivos en los que centrarse y un futuro para el que prepararse.

Ya había sobrevivido a la humillación pública de ser abandonada el día de su boda, seguro que encontraría el modo de superar la pérdida de Beck.



BECK PASÓ EL fin de semana a caballo entre el hospital y la oficina, evitando su apartamento vacío donde cada habitación le recordaba a Chloe.

Las palabras de Linc resonaban en sus oídos. La disculpa inesperada. El reconocimiento de lo bueno que había hecho por Chloe. Y el disgusto en su cara cuando se negó a ceder y ver las cosas de la misma manera.

El lunes por la tarde salió del trabajo y se dirigió a casa de su padre. Le habían dado el alta esa mañana y había pasado el día en cama descansando. No se quedaría mucho tiempo, pero necesitaba verlo y comprobar que estaba bien.

Entró y encontró a su madre en la cocina haciendo sopa de pollo. Se acercó y le dio un beso.

—Hola.

—Hola, Beck. Justo a tiempo. Tus hermanos han ido escalonando hoy las visitas, y tú eres el último de la tarde. Tu padre tiene muchas ganas de verte. —Ella sonrió—. ¿Quieres sopa?

—No, gracias. He comido algo de camino. No quería que tuvieras otra boca que alimentar. Ya tienes bastante de qué preocuparte.

Su madre desdeñó su preocupación con un movimiento de cucharón, y se echó a reír cuando algo de sopa cayó al suelo.

—Mi trabajo es darte de comer. Da igual la edad que tengas.

Beck cogió una servilleta de papel y limpió la sopa derramada.

—¿Dónde está tu preciosa chica? —preguntó—. No me puedo creer lo dulce que es y cómo estuvo pendiente de todos nosotros en el hospital.

Beck se encogió de hombros. No pensó que su madre le preguntaría por Chloe estando tan ocupada con su padre. Aunque pensó en ocultar la verdad, no podía mentirle:

—Se fue, y no he vuelto a hablar con ella desde entonces.

Su madre dejó de remover y se quedó quieta. Acto seguido dejó el cucharón sobre la encimera, apagó el fogón y se acercó a la mesa de la cocina.

Señaló las sillas y dijo: “Siéntate”. Sonó como una orden, y Beck la acató sin rechistar.

Se sentó frente a su madre y esperó a que le dijera lo que tuviera que decir.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué qué? —Se estaba haciendo el tonto mientras ganaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

Audrey puso los ojos en blanco:

—A mí no me vengas con esas, Beckett. ¿Por qué se ha ido Chloe?

«Maldita sea, mi nombre completo, ha sacado la artillería pesada».

Escrutó a su madre, una de las mujeres más fuertes que conocía. Había sobrevivido a la pérdida de una hija y conseguido mantener unida a su familia.

Beck juntó las manos sobre la mesa:

—Porque me dijo que me amaba y yo... no puedo decirle lo mismo.

Su madre entrecerró la mirada:

—¿Porque no la quieres? ¿O porque tienes miedo? —Como él guardó silencio, prosiguió—: Os he visto juntos, cómo os acariciabais y susurrabais, y esa conexión tan potente entre vosotros. —Se encogió de hombros—. ¿Os juzgué mal?

Tragó con fuerza y se obligó a enfrentarse a su madre y a la verdad:

—No. No te has equivocado.

Beck había estado tratando de no recordar su charla con Linc, pero una frase no dejaba de atormentarlo: *El miedo te está arrebatando la posibilidad de ser feliz.*

Tenía toda la razón. Y estaba muy cabreado consigo mismo por ello.

—Vale, cariño, escúchame. —Se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la de él—. Todos perdimos a tu hermana. —Le temblaba la voz, pero continuó—. Todos lloramos. Y todos seguimos adelante porque no teníamos elección. Pero tú... te has quedado atrapado en esa idea de que los médicos nos mintieron y de que toda persona que padezca un cáncer morirá. Ninguna de esas dos cosas es verdad.

Beck agachó la cabeza, incapaz de hablar porque su madre tenía razón.

—Nos han dicho que tu padre saldrá adelante, y elijo creerles. De lo contrario viviría aterrada, y me niego a hacerlo.

Beck levantó la cabeza y la miró:

—¿Cómo lo haces? ¿Para seguir siendo tan optimista? ¿Para seguir adelante?

Le apretó la mano con más fuerza:

—Porque los años que compartí con tu hermana fueron maravillosos. ¿Crees que renunciaría a ellos aun sabiendo el desenlace final? —Audrey negó con la cabeza—. Ambos sabemos que no. La disfruté durante dieciséis hermosos y valiosos años. —Comenzaron a rodar lágrimas por su rostro y se las secó con la mano que tenía libre—. Perderla me destrozó durante un tiempo, pero tenía mucho por lo que vivir. Tú, tus hermanos, tu padre.

Beck escuchó a su madre. Escuchó de verdad. Y de repente se dio cuenta de que, si no lo hacía, podría perder lo más preciado que tenía *en ese momento*.

«Diablos, tal vez ya lo haya perdido».

—Déjame preguntarte algo —le interpeló su madre. Beck la miró—. ¿Cómo te sientes desde que Chloe se fue?

—Vacío. Con dolor. He estado haciendo todo lo posible para no pensar en ello, porque la culpa es mía. Pero Whitney siempre está ahí, impidiendo que dé rienda suelta a mis sentimientos —confesó.

Su madre frunció los labios:

—Vale, déjame hacerte otra pregunta. Si Chloe muriera hoy, ¿te sentirías aliviado por

haberla dejado marchar y así evitar el dolor de su pérdida? ¿O estarías enfadado y lamentarías estos cuatro días en que podrías haber estado con ella?

Se removió en la silla cuando esas palabras al fin penetraron el muro de hielo que había construido. Del que había tratado de mantener a Chloe fuera. Pero que no funcionó, porque ella metió la mano en su interior y se apoderó de lo único que juró no entregar jamás.

Su corazón.

Beck se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre con una sonrisa cómplice.

Sonrió:

—A ver a papá. Mañana por la mañana tengo que hacer unos recados.

—¿Y después? —Se levantó, uniéndose a él.

—Voy a buscar a mi chica... si es que aún no se ha dado por vencida conmigo.

Su madre sonrió:

—Bien. Porque si de algo estoy segura es de que Whitney nunca habría querido que te quedaras solo. Y por cierto —añadió mientras Beck se volvía hacia ella—, creo que Chloe te perdonará que estuvieras anclado en el pasado.

Esperaba que su madre tuviera razón. Porque aunque se mereciese que Chloe le diera la espalda, no podría soportar perderla para siempre.

Capítulo duodécimo

BECK LLEGÓ HASTA la tumba de su hermana y se sentó junto a la lápida gris. El sol brillaba en lo alto, acorde con su actitud positiva. Ya no sentía ese peso en el pecho, y todo gracias a la conversación con su madre acerca del amor y la vida. Le habló de su hermana, y por primera vez la escuchó en vez de ignorarla o alejarse enfadado para no enfrentarse al dolor.

Tenía la lista plastificada y una cuchara en la mano. No era de esos que habla con los muertos, pero creía en que su hermana lo acompañaba y podría ver el cambio que las sabias palabras de su madre habían obrado en él.

Le hizo ver algunas verdades de las que nunca se habría dado cuenta por sí solo. Ya había sufrido perdiendo a Chloe. Fue un mazazo llegar al apartamento y descubrir que se marchó por su culpa, y lamentaba cada puñetero segundo desde que la rechazó. Daba igual que tuvieran o no una relación, si algo le pasaba a Chloe estaría igual de destrozado. Estaba perdiendo un tiempo valioso quedándose solo y haciéndole daño a la mujer que amaba.

Por mucho que le costara admitirlo, Linc también había dado en el clavo. El miedo le estaba arrebatando la posibilidad de ser feliz. Hizo falta que Chloe apareciese en su vida y se hiciera un lugar en su corazón para que él accediese a escuchar a su madre por primera vez y diera el primer paso para librarse de las cadenas de su pasado.

Cavó un pequeño hoyo en la hierba con la cuchara, lo bastante profundo como para enterrar la lista de cosas pendientes de su hermana, y la depositó en el hueco. Luego la cubrió con la tierra, haciendo presión con la mano.

—Siento haber estado posponiendo la lista. No quería terminarla porque lo sentía como un adiós definitivo —dijo—. Pero ahora estoy preparado, porque la he completado. Me he enamorado, como tú querías. —Respiró hondo y continuó—: En cuanto a casarnos, bueno, espero no haberla cagado del todo con Chloe. Y si consigo que eso ocurra, iremos juntos a cumplir el último punto de la lista.

Sonriendo, apoyó una mano en la fría piedra.

—Sé que tú también querías a Chloe. Igual que sé que esto no es un adiós porque siempre estarás conmigo. —Esperó unos segundos más, oyó el piar de un pájaro, asintió y se marchó con la cabeza y el corazón más ligeros que nunca.

Desde el cementerio, cerca de la casa de sus padres, Beck condujo de vuelta a la ciudad a la dirección que Linc le había dado. Para su sorpresa, su antiguo amigo no le hizo sufrir cuando lo llamó para preguntarle dónde se estaba quedando Chloe. Sin embargo, le advirtió que esa sería su única oportunidad para enmendar las cosas. Si volvía a hacerle daño, retomarían las hostilidades y volverían a ser enemigos. Beck lo entendió.

Encontró aparcamiento a la vuelta de la esquina, hazaña notable tratándose de Manhattan, y se dirigió al edificio. Linc había avisado a Xander, y el portero permitió que Beck subiera.

Mientras esperaba a que alguien respondiera, los nervios le hacían cambiar su peso de una pierna a otra porque si era Chloe quien le abría, se arrastraría de inmediato. Cualquier cosa para deshacer el dolor y el daño que había hecho.

La puerta se abrió y encontró a Xander Kingston plantado frente a él. Era más corpulento que Linc y una poblada barba le cubría la cara. Hasta su postura corporal rezaba *exmarine*. Al

parecer, convertirse en escritor de novelas de suspense no lo había ablandado ni un ápice.

—Beck —saludó, haciéndose a un lado para que pudiera entrar.

Entró, se giró y estrechó la mano del otro hombre:

—Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Seguro que ha sido Chloe. —Xander dejó caer el nombre de su hermana, y el brillo de sus ojos coincidía con la expresión de su cara.

Otro hermano Kingston listo para matarlo, y Beck tampoco podía culparlo.

—¿Está aquí?

Xander enarcó una ceja:

—Escuché la ducha hace unos minutos. Seguro que no tarda en salir.

—¿No le has avisado de que venía? —preguntó Beck.

Xander se encogió de hombros:

—Así tendremos unos minutos para hablar tú y yo a solas. Por aquí. —Inclinó la cabeza, indicando a Beck que lo siguiera.

Acabó sentado en la mesa redonda de una amplia cocina, con el hermano de Chloe mirándolo fijamente. Sin saber qué decir, Beck permaneció en silencio.

—¿Y bien? —preguntó al fin Xander.

—¿Y bien qué?

—¿A qué has venido? Si no es para disculparte y arrastrarte, te sugiero que te vayas antes de que Chloe te vea. —Xander se recostó en su silla, parecía cómodo y relajado.

Pero su tono indicaba todo lo contrario, y le resultaba extremadamente familiar.

—Te pareces mucho a Linc. Y por si sirve de algo, haré todo lo que haga falta para recuperarla.

Beck rechinó los dientes, lamentando tener que pasar por los hermanos de Chloe para llegar hasta ella. Pero acababa de visitar la tumba de Withney, respetaba a aquellos hombres y que fuesen leales a su familia.

—Espero que Chloe sea más indulgente de lo que yo fui.

A Beck se le retorció el estómago al pensar que Chloe podría no darle una segunda oportunidad. En lugar de centrarse en lo negativo, se aferró a algo que había dicho Xander:

—Más indulgente que tú. Deduzco que te ha puteado una ex.

No esperaba que Xander se explayara, pero el otro hombre se inclinó hacia delante en su silla y apoyó los codos sobre la mesa:

—Pasé un tiempo en Los Ángeles cuando obtuve mi primer contrato cinematográfico, y me lié con alguien que también estaba empezando en la industria. Una actriz.

—¿Es conocida?

Xander le miró, hizo una pausa y dijo:

—Sasha Keaton.

—¡Hostia puta! —murmuró Beck. Era una de las actrices más aclamadas del momento.

—Así es. La conocí cuando estaba dando sus primeros pasos, y me enamoré de una chica normal y corriente. Pero no resultó ser la persona que yo creía. —Se encogió de hombros como restándole importancia, pero un músculo le tintineó en la mandíbula, y Beck supo que a pesar de todo esa mujer había marcado a Xander Kingston.

—No volveré a hacerle daño a Chloe —dijo Beck.

—Más te vale. Linc y yo nos parecemos, pero mi gancho de derecha es mucho más fuerte. —Y no parecía estar bromeando.

—Entendido.

—¿Beck? —La voz de Chloe le hizo levantarse y girarse hacia ella.

Estaba de pie en la entrada de la cocina, mirándolo con los ojos muy abiertos, parpadeando como si no pudiera creer que estuviese allí y no fuera producto de su imaginación. Llevaba unas mallas y una enorme camiseta que le llegaba justo por encima de las rodillas. *Su* camiseta. Y como no podía leer su expresión, esa prenda fue como un destello de esperanza.

—Bueno, pues yo me voy. —Xander se levantó de la silla y miró a Beck—. Lo que te he dicho iba en serio.

—No tengo la menor duda —murmuró Beck, harto de las actitudes de los hermanos Kingston. Aunque Xander se había sincerado con él y podía entender su trasfondo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Chloe.

Xander le besó la mejilla:

—Tienes visita. Tengo la sensación de que ya no me necesitarás, así que recojo algunas cosas y vuelvo a los Hamptons. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero si te vas, quédate con la llave. —Miró a Beck—. Por si acaso.

Se marchó dejándolos a solas, con Beck sintiendo que su vida pendía de un hilo.



CHLOE DEJÓ QUE SU hermano se marchara y aprovechó el tiempo para reunir fuerzas antes de volverse y encontrarse con la mirada de Beck. Esa mañana le había despertado la luz del sol entrando a raudales por la ventana, pero su estado de ánimo no estaba a la altura de tan bello día. Estuvo pensando en si en el fondo no seguiría albergando la esperanza de tener noticias de Beck porque, por mucho que lo intentara, cada día lejos de él le resultaba más y más difícil. Se dijo a sí misma que debía pasar página.

Y ahí lo tenía, guapísimo con unos vaqueros y una camiseta negra, tentándola con algo que no podía tener. Y vaya si dolía.

—¿Podemos hablar? —preguntó él, rompiendo el silencio.

—Claro. —Chloe dio un paso hacia la cocina, con la idea de sentarse allí.

—¿Puede ser en algún lugar más cómodo?

Ella asintió y lo condujo al salón, donde había un sofá en U y dos grandes sillones con reposapiés. La distancia emocional entre Chloe y Beck era tangible, y pensó en sentarse en uno de los sillones para mantenerse a salvo. Por si Beck solo quería hablar y terminar las cosas de forma amistosa. Las náuseas la invadieron al pensarlo.

Apenas hubo dado el primer paso, Beck la cogió de la mano y tiró de ella hacia el sofá, apoyando las manos en sus hombros.

—Te necesito cerca. —Tragó con fuerza—. Para decir lo que tengo que decir, te necesito aquí.

Tras esa confesión, Chloe se dejó caer en el sofá y tomó asiento.

Beck respiró aliviado y se acomodó a su lado:

—La he cagado. Cuando me dijiste lo que sentías, cuando dijiste que me querías, me asusté y reaccioné atacándote. Te eché en cara cosas que sabía que te harían daño y minimicé tus sentimientos como si no fueran más que un estúpido error. —Extendió la mano, cogió la de Chloe y la acercó a su muslo—. Lo siento.

Qué maravilloso fue volver a sentir su tacto y escuchar su voz.

—¿Para eso has venido? ¿Para disculparte? Vale. Acepto tus disculpas, pero podrías haberlas pedido por mensaje o email. —Cualquier otro medio con el que no se hubiese hecho ilusiones. Intentó apartar la mano, pero él la sujetó con fuerza.

—¿Puedo terminar antes de que me despellejes? —preguntó.

Chloe se obligó a relajarse, escuchar y no sacar conclusiones precipitadas.

—Continúa.

—Te amo, Chloe.

Se quedó quieta, segura de que le había oído mal.

—Que me amas. ¿En qué sentido?

—Te amo en el sentido de “tacharlo de la lista de mi hermana”, sí —Le pasó el pulgar por el dorso de la mano—. Pero no podía asumirlo. Tenía miedo de admitirlo y me aterrorizaba la posibilidad de perderte a ti también algún día.

Cuando mencionó a su hermana, Chloe levantó la cabeza y se encontró con su hermosa mirada verde.

—¿Qué ha cambiado? —Quería entender, y necesitaba pruebas de que no se asustaría más tarde y la apartaría de nuevo.

—Anoche fui a visitar a mi padre, después del alta médica.

Ella asintió:

—Lo sé. Hablé con tu madre a la hora de comer.

—¿Sí? —preguntó, obviamente sorprendido.

Chloe no podía creer que Beck pensara que desaparecería sin más, tal como hizo él.

—Aunque ya no estemos juntos, sigo preocupándome por ellos. Quería saber cómo estaban.

—Gracias —respondió con una expresión tierna y llena de gratitud.

«Esta faceta de Beck es la que me enamora», pensó con el corazón a mil, lleno de súbita esperanza.

La miró fijamente a los ojos:

—Hablar con mi madre ha sido muy revelador. Me dijo cosas que debería haber escuchado hace años pero que yo... —Sacudió la cabeza—. No estaba preparado para oír.

—¿Y lo estás ahora?

—Lo estoy —dijo con firmeza.

Y esa firmeza mantuvo viva la esperanza en Chloe.

—He visto a tu hermano... Hicimos una especie de acuerdo de paz. Y también me ayudó a ver que te estaba apartando de mi vida por miedo.

A Chloe se le humedecieron los ojos. Nada le hacía más feliz que su hermano y Beck dándose una tregua.

—Mi madre me preguntó si estaba sufriendo por no tenerte a mi lado. —Y cogiendo sus manos entre las suyas, prosiguió—: Y si de verdad creía que, si algo malo te ocurriese, mi sufrimiento sería menor por no tenerte a mi lado. Fue entonces cuando lo vi todo muy claro. No puedo estar sin ti. Te amo y quiero que seas parte de mi vida.

Su explicación le pareció muy lógica, y las lágrimas nublaron los ojos de Chloe, consciente de cuánto dolor le causó la muerte de su hermana y de la importancia de que le abriera su corazón de ese modo.

—Yo también te amo, Beck. Con toda mi alma. —Se arrojó a sus brazos y estampó su boca contra la de él.

Beck la atrajo con fuerza contra su cuerpo y ella se acomodó en su regazo, con las rodillas a ambos lados de sus fuertes muslos y su sexo palpitando contra su dura erección. Y cuando su lengua atravesó la barrera de sus labios, Chloe por fin sintió que estaba donde tenía que estar.

—Eh, chicos. Dejad que me vaya primero, por favor.

Chloe se apartó de un salto, vio a su hermano pasar de largo con una bolsa de lona al hombro

y sonrió:

—Adiós, Xander. Gracias por todo.

—De nada, hermana. Para eso están los hermanos. —Hizo una pausa y se dirigió a Beck—. Cuídate. Supongo que nos volveremos a ver pronto.

—Cuenta con ello —dijo Beck, que se echó a reír.

Xander salió y la puerta se cerró tras él.

Beck empezó a besarle el cuello:

—¿Sabes lo que me muero por hacer?

—¿Qué? —preguntó, sabiendo que haría todo lo que él quisiera.

—Hacerte la maleta y llevarte de vuelta a casa, donde tienes que estar.

Se inclinó hacia él, respirando su familiar y excitante aroma:

—Yo también lo estoy deseando. Pero antes hay otra cosa que vamos a hacer. —Y sin más ceremonias, se bajó de su regazo y tiró de él para que se levantara.

Ya en su habitación quitándose la ropa, Chloe vio una alerta del buzón de voz del móvil. Algo le hizo coger el teléfono y acercárselo a la oreja para escuchar el mensaje.

Ya sin camisa, Beck se detuvo, observándola y esperando.

Se escuchaba una voz femenina, y las manos de Chloe temblaron durante unos segundos antes de que exclamara arrojando el teléfono sobre la cama:

—¡Dios mío! ¡He ganado! ¡He ganado el concurso de Elevate Designs! ¡Voy a coordinar la apertura de la oficina de Nueva York!

Antes de que pudiera parpadear, Beck la cogió en peso y comenzó a dar vueltas:

—Qué orgulloso estoy de ti. —La besó fuerte y rápido—. ¿Ves lo lejos que has llegado?

—Y tú estuviste a mi lado, apoyándome cuando más lo necesité y entendiendo mis necesidades incluso antes que yo. Y creíste en mí.

Le agarró las manos:

—Y tú has hecho lo mismo por mí, Chloe. Hacemos un equipo perfecto. —La cogió en brazos y la tumbó en la cama.

La ropa voló y en un segundo estuvieron desnudos, Beck recostado en la cama con las rodillas de Chloe a ambos lados mientras ella agarraba su gruesa erección. La colocó en su entrada e impulsó sus caderas hacia abajo, acogiéndolo muy adentro.

Beck le clavó la mirada, la cogió por las caderas y la sujetó con fuerza al tiempo que ella lo cabalgaba, manteniéndose fuertemente unidos. No pasó mucho tiempo antes de que Chloe sintiera esas inconfundibles oleadas en su interior.

—Dios, Beck, qué cerca estoy. —Estrelló sus caderas contra él, balanceándolas hacia delante antes de levantarse y repetir el movimiento.

—Pues córrete, princesa. Córrete para mí y te acompañaré.

Su provocadora orden funcionó, haciendo que todo su interior se disparara y estallase en un clímax. Y tal y como le había prometido, con una última embestida Beck llegó al orgasmo junto con ella. «Juntos para siempre», pensó Chloe.

Un rato después y en sus brazos, ella le recorría la piel con los dedos.

—Y hablando de los apartamentos que has visto. ¿Te gusta el loft? —preguntó.

—Me encanta. ¿Voy muy rápido si digo que es como un hogar para mí?

—Una vez que te mudes a mi habitación y la hagas *nuestra*, entonces será *nuestro* hogar.

Se dio la vuelta y apretó los labios contra el pecho de Beck:

—Creo que es el día más feliz de mi vida —murmuró—. Tenemos que darle la noticia a nuestras familias.

Beck se rió:

—Algo me dice que Xander ya se está ocupando de eso.

—Cierto.

—Más tarde visitaré a mi padre y podemos contárselo a mi familia, si quieres venir conmigo.

—Por supuesto que sí —contestó ella.

—Bien.

Sus dedos le rozaron el brazo. A Chloe se le puso la piel de gallina y volvió a excitarse, pero entonces se dio cuenta de algo importante:

—Beck, no hemos usado protección... pero estoy sana y tomo la píldora.

—Yo también estoy sano, nunca te pondría en peligro. —Hizo una pausa—. ¿Quieres tener hijos?

—Sí, me encantaría. Pero no ahora. Antes quiero dedicarme de lleno a mi carrera por un tiempo. —De pronto se paralizó al darse cuenta de que, tras perder a su hermana, tal vez él no querría tener hijos—. ¿Y tú?

Le dió la vuelta hasta quedar encima de ella:

—Quiero hacerte feliz, Chloe. Cuenta conmigo para tener todos los hijos que quieras.

Sonrió, preguntándose cómo de repente su vida había dado un giro tan espectacular. Y muy agradecida de que Beck la hubiese rescatado en sus horas más oscuras. Porque juntos podían sacar lo mejor de sí mismos.

Epílogo

Dos meses después – En verano

CHLOE DISFRUTABA VIENDO a Dash con los Original Kings tocar una canción que había escrito especialmente para Linc y Jordan en el día de su boda. Su famoso hermano, con su habitual desparpajo, no perdía una oportunidad para coquetear con las solteras cuando no estaba en el escenario.

—Al principio querían una boda pequeña e íntima, pero esto es un fiestón —dijo Chloe a Beck, de pie junto a ella con un brazo alrededor de su cintura.

—Pues sí. Tu madre puede ser muy persuasiva cuando quiere.

Chloe se rió porque su madre había sido la responsable de los cambios en la boda, que pasó en el último momento de una pequeña reunión familiar a un gran acontecimiento. Al fin y al cabo, la primera vez acabó no pudiendo celebrar la boda de su hija.

El grupo anunció un descanso. Los chicos se dispersaron en busca de bebidas para refrescarse, y Dash fue de cabeza a una mujer a la que llevaba toda la noche mirando descaradamente.

—Algún día se va a meter en un lío —dijo Chloe, con la mirada fija en su hermano.

Beck asintió:

—Espero que no tenga que aprender por las malas que en la variedad no está el gusto.

—Menos mal que tú ya lo has aprendido —contestó, golpeándole juguetonamente en las costillas y mirándolo con ojos enamorados.

—Solo tengo ojos para ti, princesa. —Bajó la cabeza y la besó en los labios—. ¿Seguro que no estás enfadada por ese artículo de Internet?

Chloe negó con la cabeza:

—Hablaba sobre todo de la boda de Linc y Jordan. Pero reconozco que me ha hecho mucha gracia que especulen con que si nosotros nos casáramos podría producirse una eventual fusión entre dos dinastías inmobiliarias de Manhattan. No tienen ni idea de nosotros.

Ni siquiera se habían comprometido y, con todo lo que estaba ocurriendo en sus vidas, a Chloe le parecía bien. Se estaban tomando su tiempo, disfrutando de estar juntos sin que el miedo se cerniera entre ellos. Incluso Beck y Linc estaban dando pasos hacia una reconciliación, detalle por el que Chloe les estaba muy agradecida.

—Bien. Porque lo único que me importa es que no te hagan daño —dijo Beck, con un brillo pícaro y protector en los ojos.

—Estoy bien. Te lo prometo.

Con una sonrisa, Beck le espetó:

—Pues entonces, vamos a bailar. —La condujo a la pista de baile y la estrechó contra su cuerpo embutido en un esmoquin.

—¿Te he dicho que hoy estás para comerte? —preguntó mirándolo fijamente, perdida en aquellos ojos verde esmeralda.

—Me encanta que me lo digas. Y tú estás tan irresistible que estoy contando los minutos para poder quitarte el vestido.

El corazón le dio un vuelco y la excitación se apoderó de su vientre:

—¿Podemos irnos pronto? —preguntó, deseosa de estar a solas con él.

Él negó con la cabeza:

—No hasta que los novios se vayan. No quiero darle a Linc motivos para enfadarse conmigo.

Le dedicó un mohín:

—Como si fuese a estar pendiente de qué invitados se quedan hasta el final. —Pero se apretujó aún más contra el cuerpo de Beck y disfrutó del resto de la fiesta.

Cuando le dijo que estaba bien, lo decía en serio. El padre de Beck se encontraba bien: la operación había eliminado todas las células cancerosas, no se había expandido a los ganglios linfáticos y, al final, no necesitó quimioterapia.

Chloe había empezado a trabajar en Elevate Designs y le habían dado toda la libertad y autonomía que necesitaba para contratar diseñadores, elegir clientes y montar la nueva oficina en el centro. Ocupada durante el día y en casa con Beck por la noche, estaba mejor que nunca.



BECK PENSÓ QUE la pareja de recién casados nunca se iría de la fiesta. Y que, conociendo a Linc, lo estaba aplazando a propósito para torturar a Beck una última vez. Pero al fin, Jordan se cambió y pasó de ser una hermosa novia a una mujer lista para embarcarse en su luna de miel. Estarían en las islas griegas mientras que el embarazo le permitiese viajar.

La flamante pareja de recién casados se detuvo junto a Chloe y le dieron un abrazo.

—Me alegro mucho por vosotros. Pasadlo bien, nos vemos a la vuelta.

—Quizá podamos quedar para cenar los cuatro —dijo Jordan, y Chloe y ella se echaron a reír.

Beck rompió el hielo:

—Me encantaría. —Esperaba que Linc y él pudieran volver a ser lo que una vez fueron. Algo bastante plausible dado que habían hecho borrón y cuenta nueva y aclarado los problemas que tuvieron, además de contar con la bendición de Linc para lo que Beck estaba a punto de hacer.

Linc gruñó y Beck se rió:

—Lo tomaré como un sí. Pasadlo bien.

La pareja se despidió y se marchó en un Rolls Royce Touring blanco descapotable de los años treinta que habían alquilado, y los invitados a la boda volvieron a entrar.

La banda subió al escenario, buscaron a Beck con la mirada y él les hizo un gesto de asentimiento.

Se volvió hacia Chloe:

—Vuelvo en un segundo. No te muevas de aquí, ¿vale? —No quería que fuese al cuarto de baño y no estuviese cuando la necesitara.

Ella asintió y se sentó en una silla.

Beck se dirigió a las bambalinas donde le esperaban Dash y Xander. Aurora y Melly, la madre de Chloe, estaban al tanto y aguardaban en sus asientos cerca del escenario.

Linc tuvo una gran idea al proponer que invitase a sus padres y hermanos para cuando los novios se hubieran marchado. Si hubiesen sido invitados a la ceremonia, Chloe sospecharía algo, y Beck quería que ese momento fuera una sorpresa total. Maldita Page Six por hacer referencia al compromiso, aunque no creía que Chloe tuviera la menor idea.

Dash sacó la caja, que había guardado en un lugar seguro, y se la entregó a Beck:

—Buena suerte —le dijo, dándole una palmada en la espalda—. Y cuida de mi hermana.

A su lado, la expresión de Xander era muy elocuente. Al más solitario de sus hermanos le llevaría algún tiempo confiar en él.

Miró hacia el público y vio a su familia de pie en la parte de atrás. Era el momento justo. No quería que Chloe los viera aún.

—Listo —le dijo a Dash.

El cantante subió al escenario y cogió el micrófono:

—Gracias a todos por venir esta noche. Antes de tocar las últimas canciones y poner el broche de oro al convite, tenemos algo especial para vosotros. —Señaló hacia un lado del escenario, donde Beck reprimía los nervios antes de salir al escenario.

Cogió el micrófono de Dash y miró a los asistentes, centrando su mirada en una atónita Chloe, cuyos ojos como platos demostraban que no tenía ni idea de lo que estaba a punto de suceder.

—Hoy era la boda de Linc y Jordan y no quería robarles el protagonismo. Pero necesitaba la bendición del mayor de los Kingston, y la he obtenido.

—Sí, pero ¡con una condición!—dijo una voz familiar desde el fondo de la sala—: Si la tratas bien, tendrás nuestro apoyo. —Beck entrecerró los ojos, sorprendido. No esperaba que Linc volviera—. ¿En serio creíste que nos perderíamos esto? Dimos la vuelta y nos colamos. Y no, no nos estás robando el protagonismo. Ahora sigue con lo tuyo.

Chloe se puso en pie:

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con las mejillas rojas como tomates.

Beck le pasó el micrófono a Dash y dio unos pasos desde el escenario hasta la pista de baile.

—Chloe, solo se me ocurre una manera de demostrarte que eres la mujer de mi vida. Y nuestras familias están aquí presentes para verlo.

Chloe ahogó un grito y recorrió con la vista la sala antes de volver a mirar a Beck con los ojos muy abiertos.

Se acercó a ella y se arrodilló. Ya había esperado bastante y fue directo al grano, sin esas palabras rimbombantes que tan ajenas le eran.

—Chloe Kingston, te amo y siempre te amaré. —Abrió la cajita de terciopelo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ni siquiera miró el anillo que había encargado a medida para ella, se limitó a arrojarle a sus brazos y decir “sí” una y otra vez, mientras él la abrazaba con fuerza.

Cuando no pudo esperar ni un momento más, Beck le susurró al oído:

—¿No quieres ver el anillo?

Ella se apartó, con lágrimas en los ojos:

—Ya tengo lo único que deseo. —Lo miró a los ojos, los dos pletóricos de felicidad—. Pero claro que quiero verlo. —Miró dentro de la caja y chilló de alegría— ¡Es un talla princesa!

Beck sonrió:

—Por supuesto. Porque tú eres mi princesa. —Sacó el anillo y se lo puso en el dedo—. Dicen que es la talla que más brillo le saca a los diamantes, y te lo mereces. Y cada vez que lo mires, sabrás que eres mía.

Los asistentes prorrumpieron en aplausos, y Beck se puso de pie. Entonces se vieron rodeados de familiares y amigos que les transmitían sus mejores deseos.

Los hermanos de Beck se abrieron paso a empujones para dar la bienvenida a su nueva *hermana* a la familia.

—Lo que me faltaba. ¡Más hermanos! —exclamó Chloe, abrazando a esos dos hombres con los que ya había estrechado lazos.

Los padres de Beck fueron los siguientes, luego la madre y la hermana de Chloe, con su bebé en brazos. Una vez recibidas todas las preceptivas felicitaciones y de que volvieran a advertir a

Beck de que no hiciera daño a la mujer que amaba, todos se dispersaron por fin, dejándolo a solas con su prometida.

Le encantaba el sonido de esa palabra.

Atrayéndola a sus brazos, dijo:

—Estoy deseando convertirte en Chloe Daniels.

Sonrió:

—Tal vez nosotros sí logremos tener una ceremonia más pequeña e íntima. —Miraron a sus respectivas madres, una al lado de la otra, sin duda hablando ya de los preparativos—. O tal vez no —murmuró, pero manteniendo la sonrisa.

El único que estaba solo era Xander, y Beck no pudo evitar preguntarse si algún día podría superar el dolor y pasar página. Tal como él había hecho.

—Vayamos a casa y hagamos nuestra propia celebración privada —dijo Chloe.

La cogió en brazos y la sacó de la sala. Como una princesa merecía.



¡Gracias por leer la novela! Xander Kingston y Sasha Keaton son los siguientes, en TAN SOLO UNA OPORTUNIDAD.

[Haz clic AQUÍ para leerla.](#)



Para obtener información sobre nuevos libros, SUSCRÍBETE al boletín informativo de Carly:

[¡HAZ CLIC AQUÍ!](#)

Extracto de Tan solo una oportunidad

XANDER KINGSTON SE despertó al escuchar voces en su jardín. En la piscina vallada y bien asegurada de su refugio, donde conseguía esa privacidad que tan importante era para él. «¿Qué día es?». Se había acostado tarde escribiendo. «Martes», recordó. Y no tenía motivos para estar despierto tan temprano.

Con un gruñido apartó las sábanas y se dirigió a la puerta corredera de cristal en el salón, poniéndose unos bóxer de camino pero sin tomarse la molestia de coger pantalones o calzonas. Si esos niñatos creciditos que invadían su piscina iban a interrumpir su soledad, tendrían que joderse con la estampa.

Su golden retriever, Bella, se levantó a la vez que él, y Xander se tomó un momento para acariciarle la cabeza:

—Aguanta, chica. Deja que me encargue de un asunto, y luego iremos un rato a correr.

Abrió la puerta y salió a la piscina, dejando que Bella corriera hasta el césped, donde hizo sus necesidades.

—¡Hey! ¡Marchaos a vuestra casa! —gritó Xander a sus visitantes.

Tal como imaginaba, su hermano Dash y el resto de miembros de The Original Kings, su laureado grupo de rock, amado y admirado en todo el mundo, estaban pasando el rato en su piscina. En cuanto a Xander, que se había acostado tarde trabajando en su próxima novela de intriga, no se podía decir que sintiera la misma adoración. Sobre todo cuando Dash tenía una casa tan enorme como la suya, con piscina y la misma privacidad, a poco más de un kilómetro de distancia.

—Necesitábamos un cambio de aires para conectar con las musas —gritó Jagger, el guitarra solista, desde su tumbona junto a la piscina

—Lo siento, tío. No era nuestra intención despertarte —se disculpó Dash—. Pero he tenido una idea, y tenía que cantársela a los chicos. Escucha.

Cogió su guitarra y tocó un *riff* mientras cantaba a voz en grito un estribillo que lo acompañaba. Xander tuvo que admitir que era pegadizo. Pero también podría haberlo cantado en su casa.

—Me gusta. Ya puedo sentir el ritmo —dijo Mac, el bajista, moviendo las manos en el aire como si estuviera tocando su instrumento.

—¿Dónde está Dominic? —Xander se extrañó de no ver al batería.

Los chicos se miraron entre ellos, pero ninguno contestó.

Xander hizo un gesto de desesperación. El grupo no era su problema. Al menos ese día no habían llevado *groupies* ni alcohol.

—Espero que por lo menos hayáis traído vuestras propias toallas —murmuró antes de volver a entrar.

Se puso rápidamente unas calzonas deportivas, una camiseta de tirantes y unos calcetines, para a continuación atarse las zapatillas. Tras lavarse la cara y las manos y usar el excusado fue a la cocina, donde encontró a su hermano sirviéndole un zumo de naranja, el desayuno favorito de Xander. Para él ya se había preparado una taza de té helado.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Xander antes de coger el zumo y bebérselo de un trago, pues estaba sediento. Bella demostró que también lo estaba propinándole a su cuenco de

agua unos lametones que resonaron por toda la cocina.

Dash hizo un gesto con el pulgar:

—Se han vuelto a mi casa. —Dio un sorbo a su bebida—. Bueno, ¿por qué parece que tienes un palo metido en el culo esta mañana?

Xander se apoyó en la encimera y miró a su hermano:

—Me quedé despierto hasta tarde. No puse un despertador, y no esperaba que tú y tu grupo me despertárais.

—¿No te ha gustado nuestra serenata? —dijo Dash con una carcajada—. Lo siento. Pero tú mejor que nadie deberías saber que cambiar de aires ayuda con el proceso creativo.

—Y también sé que hay veces que vienes porque prefieres que me encargue yo de limpiar. —Su hermano era incorregible. Xander siempre pensó que se debía a que su madre le permitió cultivar sus talentos artísticos en lugar de hacerle seguir unas reglas y un orden.

Dash nunca se lo negó.

—Oye, ¿sigue en pie lo de la barbacoa familiar?

—Sí. Aquí, el sábado por la noche.

Solían quedar los domingos, pero habían cambiado la fecha porque el rodaje de la película de Xander comenzaría el lunes en Nueva York.

Su familia estaba muy unida: cuidaban los unos de los otros, y se aseguraban de verse con frecuencia. A Linc, el mayor, le gustaba pensar que era una figura paternal para ellos, ya que el mujeriego de su padre no les había hecho mucho caso; pero los tres hermanos Kingston, junto a su hermana Chloe y su recién descubierta medio hermana, Aurora, se guardaban las espaldas. Siempre.

Xander se impulsó lejos de la encimera:

—Salgo un rato a correr. ¿Te vas a quedar un rato más?

Dash negó con la cabeza:

—Qué va. Creo que volveré con los chicos. A ver si podemos hacer algo en el estudio.

Antes de que Xander pudiese responder, sonó su móvil y lo cogió del bolsillo. El nombre de su agente parpadeaba en la pantalla.

—Es Raye —murmuró a su hermano.

Raye Douglas, socia del Douglas Talent Management Group, era su representante desde que Dash convenció a su *mánager*, de la misma empresa, para que su mejor agente literario leyera un manuscrito de Xander cinco años atrás. A Raye, hija de dicho agente, le picó la curiosidad, le robó el manuscrito a su padre y quedó impresionada.

Por su parte, a Xander también le impresionó que no aceptase un no por respuesta y no dejara de insistirle. Peleó como una jabata para conseguirle contratos, y Xander terminó envuelto en una subasta por quién publicaría sus novelas y adquiriría los derechos para el cine, convirtiéndose en una rutilante estrella de la noche a la mañana. Después de cuatro penosos años en los *marines*, eso sí.

Aceptó la llamada:

—¡Hola, Raye!

—Buenas noticias. Tenemos a la actriz que interpretará a Amanda —dijo, refiriéndose al personaje del que se enamoraría el protagonista de la película.

Sus novelas ambientadas en el ejército tenían como protagonista a un personaje ficticio, Gavin Steele, *marine* en una unidad especial. En un libro anterior, Xander había matado a la esposa de Steele, y en la novela y guión actuales el nuevo personaje de Amanda comenzaría siendo su adversaria, pero luego Steele trataría de cortejarla. Xander tenía la idea de que

gradualmente tuviese más presencia en pantalla.

La actriz seleccionada en un principio para interpretar a Amanda los dejó tirados en el último momento y, con el rodaje programado para una semana después, se había armado un buen revuelo en la productora. No querían tener que bajar el listón, pero eran conscientes de que sería difícil contratar a una gran estrella. Además, Xander estaría en el rodaje para ayudarla a meterse en el personaje.

—¿A quién hemos conseguido? —buscó con la mirada a Dash, que alzaba una ceja, compartiendo su evidente expectación.

—Sasha Keaton —respondió la agente.

Y esas dos palabras bastaron para crear un cortocircuito en el cerebro de Xander, y conforme procesaba la información el corazón comenzó a galoparle en el pecho.

—Ni de puta coña.

No tenía la última palabra ni podía vetar actores, pero su opinión se tomaba muy en cuenta, y no quería que la mujer que había puesto su carrera por delante de su relación y que le rompió el corazón trabajase en su película.

—¿A quién han elegido? —preguntó Dash. Sabía que Xander estaba muy pendiente de esa decisión.

Este levantó un dedo, ganando un poco de tiempo antes de contestar a su hermano.

—Perdona que te lo diga —respondió Raye—, pero, ¿me estás diciendo que no quieres que la actriz más aclamada del país... qué digo... del mundo interprete el papel por algo que pasó hace años?

La pregunta de su agente era bastante racional.

Pero Xander no podía darle una respuesta tan racional. La ruptura con Sasha puso su vida del revés, tanto como esa bomba que le explotó demasiado cerca en Afganistán y que acabó con su carrera en el ejército.

—Necesito que reflexiones sobre ello —añadió Raye, ante el silencio de Xander—. Sasha es un fichaje de primer nivel, y contratarla aumentará el tirón de la película. No te olvides que estamos negociando un contrato para emitir la nueva saga en las plataformas de *streaming*. Si quieres conseguir la mayor recaudación posible con este proyecto necesitas a los actores de moda. Y su cara vende. Entradas, suscripciones a las plataformas, todo.

Xander murmuró entre dientes. No le gustaba un pelo, pero Raye tenía razón. Antes de que pudiera dársela, ella volvió a hablar:

—No permitas que tu ego herido se interponga en tu camino.

La película se rodaría en Manhattan y, dado que Xander trabajaría como asesor, debería pasar bastante tiempo en el rodaje. «Mierda». Se pasó una mano por el pelo, cortado al rape, y gruñó. A pesar de sus problemas con Sasha, sabía comportarse como un profesional.

—Vale —murmuró.

Raye dejó escapar un sonoro suspiro de alivio:

—¿Almorzamos un día de estos y nos ponemos al día?

—Sí.

—Estupendo. Tómalo con calma. Recuerda, esta es una buena noticia —concluyó la agente antes de colgar sin despedirse.

Típico de Raye.

Xander puso el teléfono en la encimera, cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez y luego hacia atrás, la técnica que usaba para relajarse cuando estaba nervioso. Cuando abrió los ojos, Dash lo miraba preocupado:

—¿Estás bien?

Xander se encogió de hombros:

—Cabreado.

—Eso ya lo veo. Por tu reacción, deduzco que quieren contratar a Sasha para el papel.

Xander se pasó una mano por la nuca y asintió:

—Raye me ha recordado que ficharla para el proyecto tendría muchas ventajas, incluyendo los acuerdos que estamos negociando. —La simple idea de volver a verla le hizo un nudo en el estómago—. Pero no pienso tener el más mínimo contacto con ella en el rodaje.

Sería cordial y profesional, pero nada más. No tenía por qué ser amigo de los actores. Se ceñiría a asegurarse de que fuera fiel al personaje que había creado.

Dash se lo quedó mirando, con cara de no tenerlas todas consigo:

—Bueno, coincido en lo que tu instinto te dice acerca de mantener las distancias. Cuando la conociste, su carrera artística era su mayor prioridad, y nada de lo que hemos visto estos últimos dos años nos hace pensar que haya cambiado.

Xander asintió. Le había resultado imposible no saber nada de la vida de Sasha. A cada momento aparecía en la prensa del corazón, las redes sociales y las noticias. Se preguntó si habría madurado, cambiado y reevaluado sus prioridades, pero Dash tenía razón.

Todas las fotos la mostraban saliendo por ahí con su contrapartida masculina de cada película y cada artículo dejaba caer que picaba de flor en flor hasta que, con el tiempo, Xander dejó de prestarles atención.

Dash le puso una mano en el hombro antes de dejarla caer:

—Solo quiero que no vuelva a hacerte daño.

—Para eso tendría que dejar que se me acercara. —Aunque agradecía que su hermano se preocupara—. Ahora sí que necesito ir a correr.

Deslizó el teléfono en el brazalete sobre la encimera y cerró el velcro en torno a su bíceps. Luego se puso sus auriculares Bose.

—Seguro que te sientes mejor después de soltar toda esa frustración en el asfalto. —Dash le dio una palmadita en la espalda—. Oye, si quieres poner celosa a Sasha, puedo presentarte a alguien para que vaya contigo al rodaje.

—¿Una *groupie*? —Xander puso mala cara, la idea no le atraía. El estilo de vida de estrella del rock que llevaba su hermano no era para él, y algún día le pasaría factura—. Muchas gracias, pero paso —contestó, dejando a su hermano con cara extrañada, como si realmente esperase que Xander dijera que sí.

Dash se encogió de hombros:

—Lo que tú digas. Bueno, pues yo también me piro. Pega un grito si quieres algo de mí.

—Eso haré —contestó Xander antes de salir junto a su hermano, con Bella trotando a su lado.



SASHA KEATON DOBLÓ su camiseta favorita para dormir y la colocó en la maleta, seguida una a una de todas las prendas dispuestas sobre su cama. A su lado Cassidy Forrester, su mejor amiga y asistente personal, se sentaba en la silla del tocador de Sasha, con el iPad en la mano, mientras revisaban los detalles de su viaje a Nueva York.

Sasha cerró la cremallera de la maleta, tratando de ignorar el nudo que se le formaba en el estómago cada vez que pensaba en el hombre para cuya película había aceptado un papel.

—Bueno, salimos mañana a las nueve y veinte de la mañana, y aterrizaremos en Nueva York

sobre las seis —dijo Cassidy, leyéndole el plan de viaje—. Nos alojaremos en el Gansevoort, tú en una *suite* de un dormitorio con terraza exterior, y yo en una habitación grande justo al lado.

—Excelente. Tendrás un lugar privado para dormir, y podemos pasar el rato en la *suite*.

Sasha conoció a Cassidy cuando contestó a un anuncio buscando compañera de piso en un apartamento de dos dormitorios tras un rodaje en Francia. Había vuelto a Los Ángeles justo después de una ruptura en la que no quería pensar, pero a la que tendría que enfrentarse muy pronto. Sasha encontró en Cassidy algo más que una compañera de piso: una amiga en la que apoyarse en un mal momento de su vida.

Y luego, cuando su carrera cogió impulso, Cassidy siguió a su lado, empleando las habilidades que aprendió como asistente de su hermano Axel, batería y que también vivía en Los Ángeles, para organizar la vida privada y profesional de Sasha. Pero a pesar de la relación profesional entre las dos mujeres, su amistad estaba por delante de todo, y sentía que conocía a Cassidy de toda la vida.

Esta dejó el iPad en la mesa y se sentó en la cama junto a Sasha, enroscando una pierna bajo su cuerpo:

—¿Cuándo vamos a hablar de ello?

—¿Hablar de qué? —Sasha se hizo la tonta, pero su amiga no consentiría que pasara mucho más tiempo guardando silencio con respecto a Xander.

Cassidy le clavó una mirada llena de intención:

—Cuando te conocí, estabas hecha polvo por ese tío. Y de repente vas a protagonizar una película basada en un libro suyo, y él estará en el rodaje como asesor. No has dicho ni una palabra sobre él desde que aceptaste el papel. Pensé esperar hasta que estuvieras preparada, pero nos vamos mañana por la mañana, así que... se te acabó el tiempo.

Sasha se agitó en el colchón y se acercó a su amiga, echando a un lado la maleta y resignándose a tener esa conversación que estaba evitando. Cuando se mudó con Cassidy su estado emocional era desastroso, y no podía culpar a nadie salvo a ella misma. Sasha frunció el ceño por el dolor que el recuerdo le provocó. En esa época no hacía más que llorar y atiborrarse de helado y Cassidy, aun siendo una amiga reciente, estuvo a su lado apoyándola.

Le contó todo sobre su relación y la ruptura, y ella fue comprensiva. No la juzgó entonces, y nunca la juzgaría. Ya que Sasha quería ver a Xander antes de comenzar el rodaje, necesitaba un plan y bastantes buenos consejos.

Respiró hondo y aplanó con la palma de la mano las arrugas del edredón:

—Ya sabes que cuando conocí a Xander, no estaba emocionalmente preparada para una relación. Tenía metas que quería cumplir a toda costa. Y ni por asomo imaginaba que alguien como él fuese a entrar en mi vida.

Recordó que estaba en una fiesta en casa de Raye Douglas. La persona que invitó a Sasha ocupaba un lugar tan bajo en el escalafón de la industria que estaba convencida de que no le dejarían entrar, o le pedirían que se marchara. La casa era enorme, el sueño de cualquier decorador. Nunca había visto nada parecido en su vida, y los invitados eran caras conocidas en el mundo entero.

Se sentía tan fuera de lugar que cuando un chico guapo con porte de militar se acercó a charlar con ella, sintió un gran alivio por tener al fin algo de compañía. Las chispas saltaron desde el momento en que sus miradas se cruzaron. Acabaron pasando casi toda la noche sentados en una esquina, charlando. Mientras se iban conociendo, Sasha bebió una copa de champán tras otra, prácticamente cada vez que un camarero pasaba por su lado con una bandeja.

Sin saber muy bien cómo, acabaron teniendo una relación, y para Sasha fue un *shock*: tenía

proyectos, el mayor de los cuales era no renunciar a su carrera, como hizo su madre para seguir a su padre músico donde fuera que tuviera un concierto.

Pero entonces llegó Xander.

Se dio cuenta de que se había perdido en sus recuerdos, y miró a Cassidy:

—Tengo que verlo antes de que empiece el rodaje. Aunque sea para pasar lo antes posible ese momento tan duro. No puedo aparecer el primer día que tengo que estar metida en un nuevo personaje con la presión encima de tener que lidiar con él. —Aunque solo pensar en verlo cara a cara por primera vez desde su ruptura le revolvía el estómago—. Además, sabes que me gusta recibir indicaciones sobre el personaje siempre que el escritor de la historia está en el plató como asesor. Me hace más fácil meterse en su pellejo.

La expresión de Cassidy se tornó seria:

—¿Has superado ya lo vuestro? Porque esto puede acabar en desastre. Me preocupé cuando aceptaste el papel y...

—Adoro a Isaac Reynolds —dijo Sasha, refiriéndose al director—. La última vez que trabajé con él fue como un sueño. Les ha fallado la actriz protagonista, y la película es un taquillazo asegurado. Todas las películas de Steele lo son.

Pero Cassidy frunció los labios, escrutando atentamente a Sasha:

—No has mencionado a Xander en tu lista de motivos, y no conseguirás que me crea que verlo de nuevo no ha tenido nada que ver con tu decisión.

Las manos de Sasha se crisparon:

—¿Y pasa algo si es así? —Nunca llegó a olvidarlo, y siempre había deseado tener una oportunidad para enmendar su error.

—Habrás más películas de Steele después de esta. El personaje requiere un compromiso a largo plazo —le recordó Cassidy.

A Sasha se le hizo un nudo en el estómago:

—Soy consciente de ello.

—Entonces, ¿quieres verlo otra vez? ¿Y otra, y otra?

Sasha cogió una almohada y se la tiró a su amiga:

—¡Para! Solo necesito saber que no me odia.

Y quizás también ansiaba que él sintiese aún algo por ella.

No sabía si era el caso, y hasta que no lo viese cara a cara no saldría de dudas. Aunque tampoco es que importase. Él no querría saber nada de ella más allá de lo estrictamente profesional. Le había hecho muchísimo daño, en muchos aspectos.

A decir verdad, tenía diecinueve años, era nueva en Hollywood y quería llegar al estrellato, y tanto su agente como el protagonista masculino la presionaron para que hiciera cosas que mantuvieran a los medios de comunicación pendientes de ellos. Para hacerles parecer importantes. Para ayudarles a estar en el candelero y ser más taquilleros.

Le costaba una barbaridad decir que no a esas ideas y planes. La mantenían tan ocupada que no tenía tiempo de pensar mucho sus decisiones, ni siquiera para ver a Xander con la frecuencia necesaria para que la relación funcionase. Y para colmo tenía en su cabeza la voz de su madre, que le decía que no cometiese los mismos errores que ella. Que le recordaba que siguiera sus sueños, que el amor era pasajero. Y que después le enumeraba todas las canalladas que le hizo su padre.

Y su vida en ese momento no era tan diferente. Sus días eran frenéticos y ajetreados, y estaba en perpetuo movimiento.

—¡Oye! ¿Qué te pasa? —preguntó Cassidy, interrumpiendo las divagaciones de Sasha—.

¿Acaso Xander ha despertado viejos recuerdos que te tienen aturdida?

Sasha se puso en pie y comenzó a deambular por el dormitorio:

—No. Bueno, solo en parte, pero es que acabo de terminar una película y esperaba tener algo de tiempo libre cuando apareció este papel y tuve que cogerlo al vuelo. —La perspectiva de ver a Xander, de trabajar con él, había sido irresistible—. Pero si hubiese sido otro proyecto... —Miró al cielo e hizo con la cabeza un gesto desesperado—. Estoy cansada, Cass.

De ir de una película a la siguiente, cambiando de ciudad, de país, de no estar casi nunca en la finca que había comprado y decorado. Su madre vivía en la casa de invitados, por lo que podía verla cuando estaba en casa, pero no ocurría a menudo.

Cassidy estaba al día de esos sentimientos y sentía que su amiga necesitaba desahogarse, así que la dejó hablar. Cuando llegaba el momento de dar su opinión siempre estaba dispuesta a hacerlo, aunque fuese algo que Sasha no quisiera oír.

—Es como si estuviese viviendo una vida que casi todos envidiarían pero aun así, aunque me cueste decirlo, me siento... vacía. Y eso me hace sentir culpable y una desagradecida, porque mira todo lo que tengo.

Hizo un gesto que abarcaba su enorme dormitorio, con la cama más cómoda que el dinero podía comprar y la decoración de sus sueños, en crema y blanco con toques de rosa pálido. No es que fuese la vida que siempre había soñado: había sobrepasado sus fantasías.

Cassidy se levantó y se puso justo frente a ella:

—Has fundado una ONG para ayudar a niños de barrios desfavorecidos. Dotas de ordenadores a las escuelas, y de ropa a gente que no puede permitirse vestir a sus hijos. Haces el bien con todo lo que tienes. Basta de culpabilidad. Pero todo lo que dices me preocupa. Si no eres feliz...

Sasha se encogió de hombros y exhaló un profundo suspiro:

—Me motiva mucho este papel. Y ya iremos viendo lo que ocurre después. Quizás eche un poco el freno, me tome un descanso o me replantee algunas cosas.

—A tu agente no le va a sentar nada bien que eches el freno. Y a tu madre tampoco.

Cassidy tenía razón. La madre de Sasha ya le había armado una buena por aceptar un papel en el que estaría cerca de Xander, advirtiéndole que no tuviera nada con él y que no dejase que un hombre echase a perder su carrera y todo por lo que tanto había trabajado. Y Rebecca Burton, su agente, le repetía hasta la extenuación que no parase de trabajar mientras durase su tirón en taquilla.

Sasha gruñó, pues tampoco quería que empezaran a atosigarla:

—Ya me preocuparé por ellas cuando llegue el momento. ¿Y tú qué? ¿A ti te importaría que no me lanzara a una nueva película en cuanto acabase esta?

—¡Claro que no! Yo voy con el equipo Sasha hasta la muerte. —Le dedicó una sonrisa cómplice—. Y ahora hablemos sobre eso de ver a Xander. ¿Cuál es tu plan?

Sasha expuso su calendario:

—El rodaje empieza la semana que viene.

Solo tendría que rodar durante dos semanas, porque esa película suponía la presentación de su personaje en la saga. Con cada película se iría incrementando la cantidad de escenas. Al menos eso es lo que le habían dicho cuando le vendieron el papel.

Miró a Cassidy, que esperaba a que siguiese hablando:

—Llegaremos antes de tiempo, como siempre antes de un rodaje, para empaparnos de la atmósfera de la ciudad y del equipo con el que vamos a trabajar en el estudio. Y en este caso en el que tenemos tan poco tiempo, me gustaría que el creador del personaje me diera cierta

perspectiva acerca de cómo piensa y de quién es.

Una sonrisa elevó despacio los labios de Cassidy:

—Xander.

Sasha asintió:

—Xander. Pero antes tengo que romper el hielo. Tenemos que hablar, y llegar a un punto en el que podamos trabajar juntos. Así que tendré que darle una sorpresa y cruzar los dedos por que no me eche con viento fresco. —Le atacaron los nervios ante el mero pensamiento de acercarse a él por primera vez en años.

—¿Tienes su dirección?

—Pues en efecto, la tengo. —Xander y ella no compartían agente porque se dedicaban a campos diferentes del espectáculo. Pero sí pertenecían a la misma agencia de representantes, por lo que le fue fácil mover algunos hilos y enterarse del domicilio de Xander y de en cuál de sus casas estaba en ese momento.

Solo le faltaba armarse de coraje y aparecer en su puerta.

Lee Tan solo una oportunidad haciendo click [AQUÍ](#)

¿Quieres aún más libros de Carly?

LISTA DE LIBROS DE CARLY ordenados por serie – visita:

<https://www.carlyphillips.com/CPBooklist>

Suscríbete al boletín informativo de Carly:

<https://www.carlyphillips.com/CPNewsletter>

Carly en Facebook:

<https://www.carlyphillips.com/CPFanpage>

Carly en Instagram:

<https://www.carlyphillips.com/CPInstagram>

Lista de libros de Carly traducidos al español

La familia Kingston:

[Libro 1: Tan solo una noche \(Linc Kingston y Jordan Greene\)](#)

[Libro 2: Tan solo un escándalo \(Chloe Kingston y Beck Daniels\)](#)

[Libro 3: Tan solo una oportunidad \(Xander Kingston y Sasha Keaton\)](#)

[Libro 4: Tan solo una chispa \(Dash Kingston y Cassidy Forrester\)](#)

[Libro 5: Tan solo un desafío \(Aurora Kingston y Nick Dare\)](#)

[Libro 6: Tan solo un beso \(Jade Dare y Knox Sinclair\)](#)

[Libro 7: Tan solo una prueba \(Asher Dare y Nicolette Bettencourt\)](#)

[Libro 8: Tan solo una chispa más \(Dash Kingston y Cassidy Forrester\)](#)

[Libro 9: Tan solo una aventura \(Harrison Dare y Winter Capwell\)](#)

[Libro 10: Tan solo una tentación \(Zach Dare y Hadley Stevens\)](#)

La familia Sterling:

[Libro 1: Tan solo un momento más \(Remy Sterling y Raven Walsh\)](#)

[Libro 2: Tan solo un desafío más \(Dex Sterling y Samantha Dare\)](#)

[Libro 3: Tan solo un beso bajo el muérdago más \(Brandy Bloom y Maxwell Corbin\)](#)

Sobre la autora



Autora superventas según el New York Times, Wall Street Journal y USA Today, Carly Phillips es la reina de los libros con protagonistas dominantes, según el The Harlequin Junkie Reviewer. Carly está casada con su novio de la universidad, con el que vive en Purchase, Nueva York, junto a los chiflados de sus perros, que se dejan ver a menudo en su cuenta de Facebook o Instagram. Autora de más de setenta y cinco novelas románticas, ha criado a dos hijas fantásticas y ahora sufre del síndrome del nido vacío. Su libro *The Bachelor* fue elegido por Kelly Ripa para la primera entrega de su club de novelas románticas. A Carly le encantan las redes sociales, e interactuar con sus lectores. ¿Quieres estar al día sobre Carly? Apúntate al boletín de noticias y recibe DOS libros GRATIS en www.carlyphillips.com.